

HISTORIAS DEL MÁS ALLÁ II

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
RESURRECCIÓN FALLIDA	3
ADELANTOS TÉCNICOS	7
ESCEPTICISMO	13
CONTACTO CON EL MÁS ALLÁ	15
BIENVENIDOS AL INFIERNO	18
PLAN B	22
TRIBULACIONES ANGÉLICAS	24
BIENVENIDO AL PARAÍSO	30
MENSAJES DEL MÁS ALLÁ	47
PRECARIEDAD LABORAL	64
LA ÚLTIMA OPOSICIÓN	68
CRÓNICAS DEL MÁS ALLÁ	74
EL FUTURO ESTÁ AQUÍ	81
EN TODAS PARTES CUECEN HABAS	87
ESOTERISMO 2.0	91
QUIEN A HIERRO MATA...	100
INFIERNO TERRENAL	104
LAS APARIENCIAS ENGAÑAN	107

PRESENTACIÓN

La muerte es algo que siempre ha fascinado al hombre, y ya desde los mismos albores de la civilización nuestros más remotos antepasados desarrollaron rituales funerarios destinados a facilitar el tránsito del alma del difunto al Más Allá. Posteriormente todas las grandes religiones, entre ellas la cristiana, desarrollarían todo un corpus teológico intentando explicar, cada una a su manera, lo que ocurre después de la muerte.

Yo evidentemente no soy una excepción, y al menos en el plano literario he intentado especular con diferentes variantes del tránsito de una a la otra vida, la mayoría de ellas rotundamente heterodoxas.

Les presento el segundo volumen de los relatos pertenecientes a esta temática.

José Carlos Canalda

RESURRECCIÓN FALLIDA

Siendo fieles a la verdad, es forzoso convenir que a Auspicio Fuentelhaba no le había sonreído la vida. Para empezar estaba su pintoresco nombre, del que era único responsable su padre; del apellido por su herencia, y del nombre por su empeño en bautizarle con el nombre del santo del día de su nacimiento. Y si bien no era el homónimo obispo de Tréveris el único santo que la Iglesia veneraba el 8 de julio, dadas las otras posibles alternativas de Abdas, Abundio, Agresto, Alicia, Ampelio, Apolonio, Aquila o Colomano - su padre desdeñaba los nombres *vulgares* como Adrián o Alberto-, casi podía darse por contento por la elección paterna.

Pero no era éste el mayor de sus problemas. Auspicio era... digámoslo con delicadeza, poco agraciado. O, con mayor sinceridad, rematadamente feo. Tanto, que en lugar de tener que ir describiendo uno por uno sus atributos físicos, bastará con decir que encajaba a la perfección con el Quasimodo descrito por Víctor Hugo en su celeberrima novela *Nuestra Señora de París*, y aun sería probable que venciera en fealdad al desdichado campanero.

Y como tampoco era rico, sino más bien lo contrario, ni siquiera le quedaba el consuelo de intentar compensar con dinero lo que la naturaleza y su padre le habían negado.

Esto no quiere decir que no intentara sacarle cuanto provecho pudo a la vida, lo cual, en sus circunstancias, no dejaba de ser un loable mérito. Para su suerte -o su desgracia- su inteligencia era aguda, lo que le permitió buscarse un hueco en la sociedad, si no cómodo, cuanto menos aceptable.

Asimismo era un ferviente creyente, lo cual resultaba una innegable ayuda dado que la fe en la vida futura le permitía esperar que ésta fuera, en compensación, más satisfactoria que la terrena; al fin y al cabo eran las propias Escrituras las que consideraban bienaventurados a los que lloraban, porque ellos recibirían consuelo.

Así pues, suspiró mansamente en este valle de lágrimas hasta que llegó su hora, en circunstancias que no es necesario reflejar aquí. Lo que sí resulta importante es resaltar que exhaló su último suspiro convencido de encontrarse en el Más Allá con esas oportunidades de las que no había podido disfrutar en el más acá.

Y despertó, sintiéndose mejor que se hubiera sentido nunca... cosa que era de esperar puesto que, según había leído, la resurrección de los muertos abarcaría no sólo a las almas sino también a los cuerpos, idénticos en todo a sus desaparecidas envolturas carnales aunque modelados en un material incorruptible destinado a perdurar por toda la eternidad.

Mirando curioso a su alrededor, pudo comprobar que se encontraba en un lugar indefinible, aunque plácido y luminoso, y que se encontraba solo. Se incorporó sin esfuerzo y sin acordarse del contumaz reuma que tanto le agobiara en sus últimos años... y de repente tuvo la sensación de que algo andaba mal.

Sí, ciertamente habían desaparecido por completo todos aquellos achaques con los que se había acostumbrado mal que bien a convivir, y se sentía mejor que nunca... pero para su sorpresa, estas innegables mejoras no se habían extendido a su aspecto físico. Porque, aunque ni allí había un espejo ni nada que pudiera servir como tal, le bastó con echar una mirada a su tronchado cuerpo y a palparse allá donde la vista no alcanzaba, para descubrir que seguía estando tan deforme como antes. De hecho ni siquiera habían tenido el detalle de reponerle los dientes que le faltaban, por no hablar ya de la joroba ni de las piernas torcidas.

Sintiendo en su interior una mezcla indefinible de sorpresa e indignación, miró hacia un lado y otro en busca de alguien en quien verter su ira... descubriendo la figura de un ángel que, juraría, un instante antes no estaba allí. Bien, supuso que sería un ángel, ya que aunque éste carecía de alas, de túnica blanca y de cabellera dorada, era sin lugar a dudas un ser de naturaleza sobrenatural cuyos extraños, pero tranquilizadores rasgos, aparecían envueltos en un aura de triunfante luminosidad.

-¿Eres un arcángel? -le espetó a modo de saludo.

-¡Oh, no! -respondió el interpelado con un melodioso tono de voz-. Tal sólo soy un ángel de tercera clase; pero bueno, soy joven y tengo toda una carrera por delante. Me llamo Chapardiel, mi número de licencia es $17.405 \times 10^{47} e^{42}$, y estoy aquí para darte la bienvenida al Paraíso e informarte sobre los principales detalles de tu nueva residencia. Si me lo permites...

Y empezó a recitar en tono monótono una serie de datos, en su mayor parte completamente incomprensibles, que recordaban al ritual de las azafatas en el interior de los aviones antes de que éstos despeguen.

Pero Auspicio le interrumpió con un gesto de impaciencia que provocó a su vez un nada angelical fruncimiento de ceño en el rubicundo rostro de su interlocutor.

-¡Escucha! -gimió-. Estoy muy contento de estar aquí, te lo aseguro; pero...

-¿Pero qué? -fue la adusta respuesta del etéreo visitante; la amabilidad del serafín, o querubín, el bueno de Auspicio no estaba demasiado ducho en estos detalles, había desaparecido como por ensalmo.

-Yo... os agradezco mucho, por supuesto, que además de resucitarme me hayáis proporcionado un nuevo cuerpo libre de todos los achaques y enfermedades que el viejo

tenía; pero ya puestos, no os hubiera costado demasiado esfuerzo haber seguido un poquito más lejos... -concluyó con un hilo de voz.

-¿A qué te refieres? -preguntó de nuevo Chopardiel, en tono un tanto suspicaz-. ¿Qué tiene de malo éste? Están elaborados con materiales de la mejor calidad, y antes de entregarlos se comprueba que no tengan ningún defecto.

-No, si de eso no tengo la menor queja, pero... -al resurrecto le estaba costando un ímprobo esfuerzo encontrar las palabras más adecuadas-. Ya que me arreglabais el reuma, el enfisema, la próstata y ese dolorcillo del costado que no se me quitaba nunca, quizá también podríais haber aprovechado para mejorar un poquito mi aspecto físico, cuanto menos la joroba...

-¡Ah, es eso! -exclamó despreocupadamente el ángel mirándole de arriba a abajo-. Sí, supongo que se te aplicaría el protocolo 37.4-55A, que es el que se suele usar por defecto... déjame un momento que lo mire.

Ante el rostro de Chopardiel surgió de la nada una intrincada filigrana luminosa, evidentemente algún tipo de registro de inextricable significado. Tras unos segundos de atenta lectura, el ángel hizo un leve gesto con la mano y el ideograma, o lo que fuese, desapareció de forma tan súbita como había aparecido.

-En efecto -le explicó-. Se te ha aplicado el protocolo 37.4-55A, que no contempla modificaciones estéticas, en lugar del 37.4-55B como hubiera sido más adecuado en tu caso... como la mayor parte de la gente suele preferir mantener el aspecto que tuvo en vida, salvo un discreto rejuvenecimiento, solemos aplicar el otro sólo en los casos en los que una mejora externa está justificada.

Y contemplándole con esa candorosa mirada que sólo son capaces de exhibir los seres angelicales, añadió:

-Es evidente que se ha tratado de un error, por el cual te ruego que aceptes mis disculpas; pero con todo este follón de la Parusía estamos completamente desbordados de trabajo, y entre tantos miles de millones de resurrectos que nos vemos obligados a atender resulta inevitable que hasta a nosotros se nos acabe colando algún que otro fallo.

-Está bien, lo comprendo -respondió Auspicio en tono conciliador-; esto es algo que le puede pasar a cualquiera. Pero supongo que habrá alguna manera de arreglarlo, pienso que no debería ser demasiado complicado...

-En condiciones normales no, por supuesto -suspiró, o su equivalente angélico, el ser sobrenatural-. Bastaría con ir al Servicio de Atención a las Almas, rellenar un impreso y esperar a ser llamado para reemplazar el cuerpo equivocado por el correcto... no hubiera

llevado más de unas cuantas décadas, apenas nada teniendo en cuenta que tienes por delante toda una eternidad.

-Pero eso podré hacerlo también ahora... -insinuó Auspicio con la mosca detrás de la oreja.

-Como te he dicho estamos en plena Parusía, lo que supone una sobrecarga brutal de trabajo incluso para unos seres tan versátiles como nosotros; de hecho, además de a ti ahora mismo estoy atendiendo a otros trescientos cuarenta y dos mil ochocientos diecisiete nuevos resurrectos. Y no será porque los sindicatos no se hayan desgañitado pidiendo un aumento de plantilla; pero chico, ni por esas. Créeme que, por mucho que nos esforcemos, no podemos hacer más.

-Supongo que ese servicio de atención seguirá estando abierto.

-Estar, lo que se dice estar, sí que sigue estando abierto... pero como hemos tenido que recurrir a todos los funcionarios de ésta y de otras secciones con competencias menos prioritarias para que nos echen una mano, tan sólo ha quedado a su cargo un subángel conserje encargado de recoger las instancias; pero hasta que no se normalice todo, no podrá empezarse a tramitarlas. Lo siento, pero me temo que tendrás que armarte de paciencia.

-En fin, qué se le va a hacer... -se resignó el bueno de Fuentelhaba-. Llevo tanto tiempo con estos *adornos* -señaló a su chepa-, que no creo que me vaya a resultar demasiado insoportable.

-Me alegra que lo veas así -sonrió el ángel-. Además no creo que se tarde mucho en solucionar el atasco, apenas uno o dos eones, y estoy seguro de que se atenderá tu solicitud ya que si una cosa gusta aquí, es la belleza. Y ahora -añadió sin dejar hablar-, te pido que me disculpes, pero mientras he estado hablando contigo el número de almas en espera de ser atendidas se ha incrementado en treinta y cinco mil setecientos cuarenta y siete, y como se entere el supervisor me va a caer una buena bronca. Amor y paz, querido Auspicio.

Y desapareció, dejándole con la boca abierta.

-¡Será ca...! -exclamó, interrumpiendo el exabrupto en consideración al lugar en el que se hallaba-. ¡Si se ha ido el muy... sin llegar a decirme qué demonios tengo que hacer ahora!

Y tras mirar en todas direcciones sin encontrar nada que le pudiera servir de referencia, se respondió a sí mismo encogiéndose de hombros:

-Bueno, será cuestión de empezar a andar; tarde o temprano encontraré a alguien a quien poder preguntar. Total, si algo me sobra es tiempo.

ADELANTOS TÉCNICOS

Doña Virtudes era una respetable viuda que todos los días, salvo por causa de fuerza mayor, acostumbraba a visitar la capilla de san Lupericio, del que era ferviente y casi única devota. Una vez en ella depositaba su ofrenda en el lampadario y, dirigiendo su mirada a la hierática efigie del santo, le ofrecía sus oraciones y sus peticiones en el convencimiento de que el egregio mártir sería su valedor ante las altas instancias del ámbito celestial.

Anclada en su rutina, doña Virtudes se quedó bloqueada el día en el que se encontró con que el lampadario había sido sustituido por un extraño artilugio que recordaba a un cajero automático salvo en el detalle de que, en el lugar donde debería haber estado la ranura para introducir la tarjeta, estaba colocado el cepillo de las limosnas, único elemento que le resultaba familiar de todo el tinglado.

Desconcertada y sin saber qué hacer, tras mirar de un lado a otro en busca infructuosamente de ayuda -a tan temprana hora la iglesia se encontraba vacía y, como era de suponer, la talla de san Lupericio se negó a colaborar-, pensó dirigirse a la sacristía en busca del párroco o de alguno de los coadjutores, suponiendo que cualquiera de ellos podría explicarle las razones de tan insólito cambio.

Sin embargo no tuvo necesidad alguna de hacerlo ya que el artilugio, provisto de algún tipo de sensor de movimiento, detectó su presencia y de forma automática conectó la pantalla de la que estaba provisto.

Doña Virtudes no estaba familiarizada con este tipo de aparatos, de hecho se negaba a usar los cajeros automáticos e incluso seguía aferrada a un vetusto teléfono móvil de teclado, pero tenía cierta idea intuitiva de como funcionaban. Así pues, dirigió la vista hacia la pantalla y leyó el mensaje que afortunadamente -había dejado las gafas de leer en casa- estaba escrito en letras suficientemente grandes que podían ser leídas sin dificultad:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
POR FAVOR, DEPOSITE SU OFRENDA EN EL CEPILLO
(SISTEMA EN PRUEBAS. DISCULPEN LAS MOLESTIAS)**

Tras dudar unos instantes, la anciana abrió el monedero e introdujo su donativo en el cepillo; al menos, esto no había cambiado. Las monedas hicieron el ruido habitual al caer por la ranura y, automáticamente, la pantalla cambió el rótulo por una imagen en color que reproducía una batería de velas, varias de las cuales se encendieron.

Murmurando algo -no demasiado, pues le hubiera tocado volver a confesarse- acerca de la manía de complicar siempre las cosas, doña Virtudes procedió a abordar la siguiente fase de su ritual cotidiano, consistente en arrodillarse en uno de los reclinatorios para rezar unas oraciones a san Lupericio antes de hacerle las peticiones correspondientes. Pero le interrumpió un parpadeo de la pantalla al tiempo que comenzaba a sonar una suave música y un tenue aroma a incienso se expandía por el interior de la capilla.

Cada vez más perpleja, volvió a centrar su atención en ésta comprobando que la imagen había cambiado de nuevo. Ahora aparecía en ella un rostro sonriente que se le antojó angelical.

Y eso no fue todo ya que, sonriendo, éste le saludó con afabilidad.

-Bienvenida, hermana Virtudes, me alegra verte aquí.

-¡Quién es usted? -le preguntó la interpelada con alarma-. ¿Dónde está el señor cura?

-Soy el agente celestial Chafardael -respondió éste con melodiosa voz-, tu asistente personal en todo lo relacionado con plegarias, rogativas y peticiones.

-Yo... yo no entiendo nada -exclamó la perpleja viuda-. Siempre había usado el lampadario sin problemas, pero esto...

-Lo comprendo, hermana, y para eso estoy yo aquí, para ayudarte a aprender a manejar el oraciómetro, el prototipo de un nuevo servicio que ha sido instalado en esta capilla a modo de prueba, aunque andando el tiempo se extenderá su implantación a la totalidad de nuestros centros de oración.

-Pero si el lampadario antiguo funcionaba bien...

-Sí, pero los tiempos adelantan que es una barbaridad, y la necesidad de usar las nuevas tecnologías resultaba cada vez más acuciante. Comprendo que el nuevo sistema pueda resultarte a priori sorprendente e incluso dificultoso de utilizar, pero has de tener en cuenta que, tras dos mil años de existencia, el sistema tradicional no daba ya más de sí, y por más que se incrementaba el número de operadores el servicio de atención a los fieles estaba cada vez más desbordado. Era esta opción o la de desatender cada vez más peticiones por falta de capacidad material para hacerlo.

-Lo entiendo -musitó doña Virtudes aunque la realidad era la contraria-, pero mucho me temo que esto me ha llegado demasiado tarde; ni siquiera uso los cajeros automáticos, y este aparato se parece bastante a ellos.

-Eso es cierto -reconoció el angélico ser-, si se eligió este diseño fue por su similitud de uso con los cajeros, dado que la mayor parte de los usuarios potenciales están

acostumbrados a utilizarlos. Pero, claro está, también queda gente como tú, a la que no podemos dejar de lado sobre todo teniendo en cuenta que soléis ser nuestros fieles más constantes.

-¿Y no se podría haber buscado una fórmula más sencilla para nosotros? -preguntó la viuda.

Bien -reconoció Chafardael-, de hecho se barajó la posibilidad de recurrir a hologramas interactivos que incluso pudieran sustituir a las imágenes de los santos invocados; además, así entre nosotros, san Lupercio podrá ser muy venerable, pero su talla es espantosa. Sin embargo, se acabó desestimando esta posibilidad ante el temor de que algunos creyentes excesivamente ingenuos pudieran llegar a confundir los hologramas con apariciones de los verdaderos santos, incurriendo así en un indeseado error. Pero no te preocupes -le tranquilizó-, yo voy a enseñarte a manejar el oraciómetro, verás que en el fondo es muy sencillo.

-Eso espero... -concedió la pobre mujer sin demasiado convencimiento.

-Verás -explicó Chafardael ignorando su tono dubitativo-. En primer lugar, tras depositar tu óbolo en el cepillo, por cierto está previsto incluir más adelante una ranura para poder hacerlo con la tarjeta de crédito, aparecerá en pantalla este menú.

La efigie del ángel, o lo que fuera, desapareció, siendo sustituida por el siguiente texto:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
POR FAVOR, PULSE SOBRE LA OPCIÓN DESEADA**

1. ORACIONES Y PLEGARIAS

2. ROGATIVAS

3. PETICIONES

4. OTRAS OPCIONES

5. SALIR

Aunque no su voz, que siguió dándole explicaciones:

-Como ves, no puede ser más sencillo. Elige una cualquiera de las opciones.

Reluctante, doña Virtudes acercó el índice a la pantalla y, no sin un difuso temor, rozó con la yema del dedo la primera opción, abriéndose un nuevo menú:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED HA PULSADO LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS
¿ES CORRECTO?**

SÍ / NO

Ya más animada, y sin necesidad de que el agente celestial interviniera de nuevo, pulsó SÍ. Y, como esperaba, se encontró frente a otro mensaje:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS**

**POR FAVOR, ESCRIBA EL NOMBRE DEL SANTO/A
A QUIEN DESEA INVOCAR O REZAR**

Bajo el cual aparecía una caja de texto, en ese momento vacía, acompañada por un teclado digital.

Doña Virtudes titubeó ante la inesperada dificultad, ante lo cual el ahora invisible Chafardael intervino de nuevo.

-Venga Virtudes, que lo estás haciendo muy bien. Escribe, letra a letra y sin equivocarte (si lo haces puedes borrarlo con la tecla que tiene una flecha a la izquierda con un aspa dentro), el nombre de san Lupericio, o el de cualquier otro bienaventurado que prefieras.

Temblorosa, escribió el nombre del mártir leonés de forma correcta, aunque olvidándose de la mayúscula inicial. No obstante, el sistema lo entendió reproduciendo en la pantalla una imagen del santo similar en sus atributos a la del vecino retablo. Junto a ella, aparecieron las pertinentes instrucciones:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS
HA SELECCIONADO A SAN LUPERICIO MÁRTIR
¿ES CORRECTO?**

SÍ / NO

No sin sentir cierta sensación pecaminosa aunque, se dijo, nada podía haber de malo en algo promovido por los propios ángeles, doña Virtudes pulsó con decisión, con la aprobación implícita de su ahora silencioso interlocutor, la opción SÍ, enfrentándose al consabido nuevo mensaje:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS
A SAN LUPERCIO MÁRTIR
POR FAVOR, PROCEDA A REALIZAR SUS ORACIONES
UNA VEZ HAYA TERMINADO, PULSE**

RETROCEDER

-Adelante, Virtudes, reza como siempre lo has hecho -le animó su mentor-. Puedes hacerlo frente a la imagen del retablo o frente al oraciómetro, como desees, ambas alternativas son igual de válidas.

La anciana optó por la primera de ellas por resultarle más familiar, y tras rezar su letanía habitual se quedó parada durante unos segundos antes de recordar que tenía que pulsar en RETROCEDER, lo cual hizo sin necesidad alguna de que se lo recordara Chafardael.

-¡Perfecto! -le felicitó éste-. ¿Ves cómo no es difícil? Sigue ahora las instrucciones.

La pantalla había vuelto al menú inicial, lo que le hizo dudar.

-Elige ahora alguna otra opción, la que prefieras -le sugirió el ángel.

Ella pulsó entonces la correspondiente a las peticiones y, tras confirmar que era la opción correcta y que éstas irían dirigidas también a san Lupericio, se encontró frente a un menú similar al anterior y, por lo tanto, fácil de entender:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN PETICIONES
A SAN LUPERCIO MÁRTIR
POR FAVOR, PROCEDA AHORA A REALIZAR SUS PETICIONES
UNA VEZ HAYA TERMINADO, PULSE**

RETROCEDER

-Hazlas -sugirió Chafardael-. Puesto que yo estoy sujeto al secreto profesional puedes decir las en voz alta, pero si lo prefieres basta con que las musites o incluso sólo las pienses.

-Da igual -respondió ella-. No es ningún secreto. En primer lugar, quería pedirle al santo que me aliviara el reuma, ya que de un tiempo a esta parte lo estoy pasando fatal con las rodillas. Ah, se me olvidaba, también quisiera que intercediera para que mi nieto mayor consiga aprobar el curso, porque lo lleva bastante mal y corre el riesgo de repetir, y su padre le ha advertido que como suspenda le saca del colegio y le pone a trabajar de albañil. Es un poco bruto, ¿sabes?

-Bien, pues ya están hechas -replicó el agente sin preguntarle si el calificativo se refería al padre o al hijo-. ¿Ves que sencillo? ¿Quieres hacer otra?

-Ya puestos... -se animó-. A ver si pudiera hacer que mi sobrino encontrara trabajo, que buena falta le hace al pobre.

-Estupendo. El sistema ha tomado nota y remitirá tanto tus oraciones como tus peticiones a su destinatario. ¿Nada más? -y ante su mudo asentimiento añadió-. Pues entonces, pulsa RETROCEDER y luego SALIR. A partir de ahora serás capaz de usar el sistema sin ayuda, pero si te surgiera alguna dificultad bastará con que pulses, en el menú general, OTRAS OPCIONES y a continuación DESEO HABLAR CON UN OPERADOR. Y con esto hemos terminado.

Aliviada, doña Virtudes pronunció una convencional frase de despedida intentando escabullirse de allí lo antes posible, pero el ángel reclamó su atención con una fanfarria perteneciente a *El Mesías* de Haendel.

-Espera un momento, Virtudes; disculpa la molestia, pero antes de que te vayas te agradecería que respondieras a una pequeña encuesta para evaluar el grado de satisfacción con el servicio de atención a los fieles; apenas te llevará un minuto. Son tan sólo unas pocas preguntas que deberás puntuar de cero a diez, correspondiendo el diez a la máxima satisfacción y el cero a la mínima. ¿Te importaría acercarte de nuevo a la pantalla del oraciómetro?

ESCEPTICISMO

-Oye, ¿tú crees en el Más Allá?

La pregunta de mi compañero me cogió de improviso. Molesto, dejé de comer y, volviendo la cabeza hacia él, le pregunté a mi vez:

-¿Qué si yo creo en el qué...?

-En el Más Allá... en la otra vida después de la muerte -explicó éste entre confuso e incómodo.

-¡Ah, ya! -y seguí comiendo.

-¿He de entender que tu respuesta es negativa? -ante mi indiferencia comenzó a mostrarse insolente.

-Bueno, no exactamente... -contemporicé, temiendo que me amargara el resto de la comida con un sermón- en realidad, ni siquiera me lo he planteado. Prefiero disfrutar de esta vida todo lo que pueda, y después... ya veremos.

Para mi desgracia, no captó la indirecta y siguió insistiendo.

-¿Pero nunca te has llegado a plantear la necesidad de que sí la hubiera? ¿De que nuestra vida no concluya de forma definitiva?

-¿Y por qué habría de hacerlo? -estaba claro que no me iba a dejar comer en paz-. Es más sencillo pensar que cuando llegue el momento todo habrá acabado y ya está.

-Eres un cretino materialista -me espetó furioso-. Ni tan siquiera eso -se corrigió-, sino tan sólo un simple materialista al que le da igual todo lo que no sea la mera satisfacción inmediata.

-Si tú lo dices... -porfié cachazudo mientras volvía tranquilamente a lo mío.

-¿Ni siquiera eres consciente de que nuestra existencia no tendría el menor sentido si se limitara tan sólo a esta vida tan monótona que llevamos, si no existiera un Más Allá en el que pudiéramos gozar de otra más... -vacilé buscando la palabra precisa- etérea?

-Mira -le interrumpí, harto ya de sus admoniciones-. Yo sólo sé que estoy aquí, y mi única certeza es que cuando llegue el momento dejaré de estar. Eso es todo, y cualquier otra cosa no será sino pura elucubración sin la menor base racional, por lo que me niego a perder el tiempo con ello. Si realmente hubiera algo, ya tendremos tiempo de saberlo en su momento. Y ahora, déjame terminar de comer en paz.

Eso fue todo. El individuo se apartó de mí y no volví a verlo más, lo cual no me supuso el menor trauma ya que me disgustaban enormemente esos pelmazos con ínfulas de predicador. Y yo seguí a lo mío.

Pasó el tiempo, envejecí y olvidé por completo esa conversación... hasta hoy. Sí, sé que mi hora ha llegado incluso antes de lo que yo esperara, y conforme a mi actitud racional debería considerarlo el final sin hacer una tragedia de ello. Pero, a pesar de todas mis prevenciones, en estos momentos postreros de mi vida no puedo evitar que me vengan a la memoria sus absurdas teorías. Porque si bien mis creencias me indican que una vez consumado éste todo habrá acabado para mí, mis instintos más atávicos pugnan por imbuirme de lo contrario; y, por primera vez en toda mi existencia, he empezado a dudar.

Dudo, ahora que veo que muchos de mis compañeros yacen inermes dentro de sus capullos. Dudo, cada vez que veo pasar sobre mí la sombra de esas gráciles figuras aladas que ese cretino pretendía identificar con nuestros espíritus... como si una oruga que tan sólo es capaz de arrastrarse pudiera metamorfosearse en un ser capaz de volar de una a otra flor sin rozar siquiera el suelo.

Pero no, definitivamente no. Yo nací oruga, y moriré oruga una vez me haya enterrado en el capullo que muy pronto comenzaré a tejer. Nunca me podría convertir en una de esas... ¿cómo las denominaba, mariposas? que veo revolotear sobre mi cabeza, igual que nunca me podría convertir en un escarabajo, un saltamontes o una abeja. Menudo absurdo era esa historia del Más Allá con la que pretendió convencerme.

CONTACTO CON EL MÁS ALLÁ

Visitación, octogenaria y viuda desde hacía varias décadas, jamás había podido superar la pérdida de su marido. Tras atravesar por las diferentes etapas del duelo y acabar resignándose, no por ello dejó de lamentar su muerte a la par que, ferviente creyente, confiaba firmemente en poderse reunir con él cuando le llegara la hora.

Pero llevaba esperando tanto tiempo... y como según su médico gozaba de buena salud y el suicidio era algo que ni siquiera le pasaba por la imaginación, la impaciencia le corroía cada vez más. Así pues, tras meditarlo mucho decidió recurrir a métodos alternativos y decididamente heterodoxos. Dicho con otras palabras, incitada por unas amigas suyas intentó probar suerte consultando a una vidente que prometía, además de otras muchas cosas, poner en contacto a los deudos con las almas de los difuntos.

Y allí se encontraba, sentada en la antesala de la consulta de la vidente, por un lado esperanzada ante la posibilidad de poder contactar con el alma de su marido, y por otro contrita tras la bronca que le habían echado sus hijos cuando les comunicó su pretensión, los cuales no habían dudado en tildar de estafadora a la presunta vidente y de ingenua - aunque seguramente pensaban algo bastante peor- a su madre, advirtiéndole además de los peligros de acabar dejando una parte importante de su exigua pensión en las garras de semejante embaucadora.

Aunque tras muchas dudas y cavilaciones había optado finalmente por hacer caso omiso a sus admoniciones, el hecho de que hubiera tenido que ir a escondidas y, sobre todo, el temor a un nuevo rapapolvo si sus hijos se llegaban a enterar le incomodaban sobremanera, hasta el punto de estar hecha un manojo de nervios. Confiaba, eso sí, en no tener que contárselo también a su confesor, dado que sospechaba no sin razón que los sacerdotes tampoco eran demasiado partidarios de algo que consideraban una superstición... pero bueno, si no mediaba pecado, y no tenía por qué haberlo, no estaría obligada a decírselo.

Continuaba sumida en sus reflexiones cuando fue llamada por la vidente una vez que ésta hubo despachado al anterior visitante. Entró cohibida en su cubil, una pequeña habitación lúgubrementemente iluminada y decorada, como cabía esperar, con la tradicional parafernalia pensada para no dejar indiferentes a sus crédulos clientes. La anfitriona, una mujer de edad indefinida y atavíos barrocos, se atrincheraba tras una mesita en la que reposaban diversas *herramientas* entre las que destacaban una baraja de tarot, una bola de cristal, unos candelabros cuyas velas negras proporcionaban la única luz del zaquizamí y una sonriente calavera falsa que no habría soportado el examen del estudiante de medicina más lerdo. Eso sin contar, claro está, con el mareante aroma a incienso que se desprendía de un pequeño pebetero.

Pero impresionaba, vaya si impresionaba. Aunque Visitación no fuera consciente de ello, no se podía negar que la vidente, a la par que embaucadora, sabía perfectamente como organizar una puesta en escena adecuada.

-Bienvenida, Visitación -le saludó con afabilidad tras leer su nombre en el listado de clientes que tenía oculto tras el faldón del tapete que cubría la mesa-. Siéntate y cuéntame tu problema; estoy segura de que podré ayudarte.

La viuda obedeció sentándose maquinalmente en el borde de la silla al tiempo que apretaba el bolso con fuerza contra su regazo.

-Bien, ¿qué te trae por aquí? -preguntó su anfitriona con un estudiado acento meloso. Confía en mí, hija mía.

A trompicones, luchando contra el bloqueo que le invadía y hábilmente ayudada por la vidente, Visitación logró contarle mejor o peor sus cuitas y el deseo que le embargaba de poder contactar con el espíritu de su esposo. Una vez hubo terminado la astuta embaucadora guardó un estudiado silencio simulando meditar y, con acento teatral, le prometió que su deseo se vería cumplido.

Adoptando su mejor pose de médium apartó el *instrumental* depositando sobre la mesa un historiado grimorio que abrió por una página repleta de extraños jeroglíficos. Apoyó a continuación los dedos en determinados lugares y comenzó a recitar una ininteligible letanía al tiempo que, con expresión ausente, ponía los ojos en blanco simulando entrar en trance.

Visitación, por su parte, se veía presa de una indefinible mezcla de excitación y pavor ante lo desconocido, luchando entre las compulsiones contrapuestas de permanecer sentada o salir huyendo. Aunque ella no lo sabía el peligro de que ocurriera lo segundo era remoto, por la cuenta que le traía a la presunta vidente que sabía perfectamente como mantener amarrados a sus clientes. Así pues, aguardó en su asiento a que el espíritu de su esposo respondiera a la llamada.

Algo ocurrió, o al menos eso le pareció a ella, cuando la vidente, cambiando teatralmente de expresión, cambió de la indescifrable letanía al román paladino comenzando a invocar al difunto por su nombre -no se trataba de una adivinación, Visitación se lo había dicho- mientras sus manos se crispaban sobre el grimorio.

Tras repetir varias veces la invocación la médium volvió a cambiar de expresión, adoptando en esta ocasión un genuino gesto de estupor que nada tenía que ver con su fingimiento anterior. Con semblante lívido dirigió su mirada a la viuda, que aguardaba expectante, y musitó con voz entrecortada:

-Yo... esto no me había pasado nunca... no sé... no le cobraré nada... por favor, entiéndalo...

La pobre Visitación, que no entendía absolutamente nada, tan sólo acertó a decir:

-¿Acaso no ha podido encontrar a mi marido? -en el fondo comenzaba a sospechar que los celos de sus hijos pudieran estar fundados.

-No, eso no... por supuesto que he podido entrar en contacto con él. El problema...

-¿Cuál ha sido el problema? -preguntó impaciente la viuda-. ¡Por favor, dígamelo!

-Ha saltado el buzón de voz -suspiró la vidente-. Decía que su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, y no hay manera de saber cuando volverá a estar disponible. Si quiere que le dejemos un mensaje... pero le advierto que en la eternidad se acaba perdiendo la noción del tiempo. A saber cuando contestará.

BIENVENIDOS AL INFIERNO

La inesperada venida de los primeros aparecidos resultó bastante desapercibida ya que tuvo lugar en las grandes urbes, donde el anonimato protege a la par que margina. Tampoco era que ellos llamaran demasiado la atención, pero cuando también empezaron a surgir en núcleos de población más pequeños, donde todos o casi todos se conocían, las cosas cambiaron e incluso sirvió de acicate para que se comenzara a descubrir a los primeros.

La conmoción, como cabe suponer, fue completa. Nadie sabía quienes eran ni de donde venían, y ni tan siquiera ellos mismos pudieron dar la menor pista al estar afectados por una profunda amnesia que les impedía recordar su pasado e incluso hablar, pese a que su aspecto era completamente normal a excepción de sus vestimentas, que reflejaban un sorprendente recorrido por la moda de los últimos siglos, si no de los últimos milenios.

Sometidos a análisis médicos la perplejidad resultó ser todavía mayor: todos ellos, tanto hombres como mujeres, aparentaban tener la misma edad, entre los treinta y los treinta y cinco años, y su salud era perfecta salvo en un esclarecedor detalle: no respiraban, sus corazones no latían y tampoco precisaban comer ni beber. Consecuentemente, tampoco enfermaban.

Alguien los definió como muertos vivientes, y quizá no anduviera demasiado lejos de la verdad; en cualquier caso el término hizo fortuna y comenzaron a ser conocidos como tales. Esto provocó un inicial movimiento de pánico cuando algunos mentecatos tuvieron la poco afortunada ocurrencia de compararlos con los zombis, los vampiros, los fantasmas o cualquier otro ser de ultratumba identificado en el imaginario popular, por culpa sobre todo al cine de consumo, como un ser peligroso capaz de extraer la sangre, e incluso las entrañas, al primer incauto que se cruzara en su camino; pero pronto se descubrió que eran completamente inofensivos.

Otra particularidad que mostraron los aparecidos consistía en que, cuando uno de ellos “moría” bien por causas accidentales -hubo atropellos, caídas al vacío e incidentes similares-, bien víctima de la violencia irracional de quienes le rodeaban - eran incapaces de defenderse de las agresiones-, su cuerpo se desvanecía sin dejar rastro. Más tarde se descubrió que volvían a “renacer” en algún otro lugar del planeta aparentemente elegido al azar, pero por el momento estas desapariciones tan sólo sirvieron para desconcertar todavía más a los humanos normales y, en algunos lugares, para incitar a los pogromos hasta que cayeron en la cuenta de que de poco servían tan radicales medidas cuando nuevos muertos vivientes reemplazaban a los desaparecidos a un ritmo superior al de los linchamientos.

Así pues, las masas acabaron aceptando lo inevitable. Por otro lado los aparecidos no causaban el menor problema, limitándose a deambular de un sitio para otro sin objetivo fijo

y dejándose llevar dócilmente a los recintos en los que se intentó recluirlos para que no entorpecieran, todos los cuales acababan quedándose tarde o temprano pequeños.

También fracasaron cuantos intentos se hicieron por comunicarse con ellos. No era que, como insinuaron algunos, tuvieran la mente en blanco; según los expertos que los examinaron todo parecía indicar que su capacidad intelectual permanecía incólume, pero por la razón que fuera su capacidad de interactuar con los mortales era nula. Tampoco se sabía si entre ellos se comunicaban; no con palabras, evidentemente, puesto que no hablaban, pero sí quizá de otra manera -¿telepatía?- dado que en ocasiones parecían actuar de manera coordinada.

Pero nada se pudo averiguar en concreto, salvo la certeza de que su número seguía incrementándose de forma continua.

No fue sino hasta transcurridos varios meses cuando un descubrimiento casual dio la voz de alarma. Un historiador creyó identificar, en un centro de alojamiento -eufemismo con el que se conocía a los lugares de reclusión de los aparecidos- del estado norteamericano de Arkansas, a un visitante cuya apariencia le recordó al joven Hitler que tuviera un significado protagonismo en el *Putsch* de Munich del 8 de noviembre de 1923.

El presunto Hitler se parecía, ciertamente, al futuro führer, y su indumentaria correspondía a la habitual en la época de la República de Weimar. Pero la noticia era tan impactante, que su descubridor evitó hacerla pública hasta poder asegurarse de su veracidad. Así pues, de manera discreta se tomaron muestras de ADN del cadáver de su hermana Paula, fallecida en 1960 en Hamburgo y enterrada en Berchtesgaden, y se compararon con las pertenecientes al anónimo aparecido... comprobándose que, en efecto, éstas alcanzaban el grado de coincidencia que cabía esperar entre dos hermanos.

Se procedió entonces a realizar idéntico estudio con muestras genéticas procedentes de otros familiares cercanos suyos, las cuales no hicieron sino corroborar lo que ya era bastante más que una sospecha. En efecto, se trataba de Hitler o, como puntualizó alguien, de un clon suyo sin el menor margen de duda. Y aunque el redivivo führer, al igual que el resto de sus compañeros, no mostró signos de la menor agresividad, quienes lo custodiaban optaron por recluirlo discretamente silenciando su existencia.

No obstante todas estas precauciones, no tardó en conocerse en todo el planeta la relación de algunos de los aparecidos con personajes históricos más bien tirando a siniestros. Apenas dos semanas más tarde, las autoridades camboyanas comunicaban que tenían bajo su custodia a un aparecido que presentaba una asombrosa similitud con Fernando VII, en esta ocasión fácilmente constatable -incluso sus ropas eran iguales- gracias a los conocidos retratos pintados por Francisco de Goya y Vicente López, por lo que no fue necesario recurrir a los análisis de ADN. Puesto que el gobierno español declinó

hacerse cargo de él acabó recluido con el resto de sus compañeros anónimos, lo que no pareció importarle demasiado.

Y aunque no fueron los únicos -también se descubrieron, entre otros, sosias de Stalin, Enrique VIII de Inglaterra, Leopoldo II de Bélgica, Benito Mussolini Mao Tse-Tung, Idi Amin, Pol Pot o Slobodan Milosevic-, el caso más sonado fue sin duda el de Calígula, identificado no sólo por sus ropajes imperiales sino también gracias a la minuciosidad de los escultores romanos, los cuales nos legaron varios bustos suyos de indiscutible fidelidad con el original.

Dadas las circunstancias, comenzó a sospecharse que entre los aparecidos anónimos, que eran la inmensa mayoría, pudieran encontrarse otros siniestros personajes antiguos de los cuales no se contaba con retratos suficientemente fidedignos, razón por la que no era posible identificarlos con certeza; algo que sí pudo hacerse, gracias a las fichas policiales o a otros documentos, con un nutrido grupo de criminales entre los que se encontraban Landru, Al Capone, Josef Mengele, Osama Bin Laden y Charles Manson.

Por último un tercer grupo de gobernantes difuntos, entre los que se contaba lo más granado de la política mundial de los dos últimos siglos, dio también bastante que pensar acerca de su verdadera moralidad; porque para sorpresa de todos, no fue posible descubrir, entre todos los aparecidos, a ninguna reencarnación de personajes virtuosos o que, al menos, no hubieran resultado cuanto menos controvertidos. Y eso que el número de aparecidos seguía incrementándose de forma continua.

Pese a que todos ellos, incluso las réplicas de los más sanguinarios, seguían mostrando una docilidad absoluta, los gobernantes de las distintas naciones comenzaron a preocuparse cada vez más, no sólo porque no sabían que hacer con ellos -aunque carecían de necesidades, incluso de las más básicas, cada vez ocupaban más espacio-, sino también porque, según todas las evidencias, aun en su aparentemente inofensivo estado actual constituían una representación de la peor hez de la historia de la humanidad.

Y por encima de todo, nadie lograba averiguar los motivos que originaban su aparición, al tiempo que ellos seguían siendo incapaces de explicarlo incluso cuando se logró que aprendieran a hablar; aunque su inteligencia era completamente normal, cuando no superior a la media, parecía como si a todos ellos les hubieran borrado la totalidad de sus recuerdos dejándoles la memoria completamente en blanco.

Por supuesto fueron muchas las especulaciones que se barajaron, algunas sensatas aunque imposibles de comprobar y otras rematadamente disparatadas; pero fue un anónimo profesor de enseñanza secundaria quien probablemente se acercó más a la verdad. Este profesor, profundo conocedor de la historia y la cultura clásicas a la par que escéptico en todo lo relativo a la religión, planteó la siguiente interrogante, que lamentablemente no llegó a alcanzar la difusión que se merecía:

-¿No será -cuestionó- que todos los seres malvados de la historia, condenados justamente por sus pecados, hayan comenzado a llegar uno a uno al infierno?

Como cabe suponer, nadie se atrevió a admitir que en realidad el infierno pudiera estar ubicado justo aquí.

PLAN B

El Gran Lama Tengsin Rampa agonizaba. Rodeado por sus discípulos, agotaba los últimos instantes de su vida mientras éstos comenzaban los preparativos para la búsqueda del niño en quien habría de reencarnarse su alma. Sería una tarea larga y laboriosa, pero finalmente lo encontrarían como había sucedido desde los albores del budismo y podrían gozar de nuevo de su sabiduría.

* * *

-¡Vaya! Ya se ha vuelto a fastidiar otro disco duro. A la porra con todo lo que había dentro.

-¿No tenías copia de seguridad? -preguntó su compañero.

-Ésta era la copia de seguridad -rezongó el interpelado.

-Pero tendrás los datos originales en el disco duro interno...

-Debería tenerlos... pero la última actualización del sistema operativo, por variar, descuajaringó todo y no tuve más remedio que formatearlo. Había reinstalado ya los programas, y me disponía a volcar los ficheros de datos... y resulta que no hay manera de arrancar el externo, se ha debido de romper el cabezal y ha rayado las pistas. Kaput...

-También es mala suerte...

-¡Y un cuerno! Lo que pasa es que tenemos que trabajar con chatarra informática y con un sistema operativo que es peor que un virus, eso es lo que pasa. Y claro, tarde o temprano se acaba jorobando todo.

-En eso tienes razón, yo estoy harto de pedir que nos renueven los equipos, y que nos instalen un sistema de copias automáticas con un nivel de redundancia múltiple que evite que puedan pasar estos accidentes; pero no hay manera, siempre me responden que no hay presupuesto y que de momento nos apañemos con lo que tenemos. Y así llevamos ni se sabe...

-Y lo seguiremos llevando. Lo más sangrante, es que para lo que ellos quieren sí tienen dinero: viajes presuntamente de trabajo, comilonas, equipos de último modelo presuntamente para uso profesional pero que se llevan a casa porque según ellos allí siguen trabajando... pero a mí que no me fastidien, porque no pienso responsabilizarme ni de esta pérdida de datos ni de cualquier otra que pueda venir más adelante. Lo siento, pero por muy buenos informáticos que seamos no podemos hacer milagros. Y si pudiera, tampoco querría hacerlos.

-Entonces, la información que tenías en el disco duro ¿se ha perdido irremisiblemente?

-Por completo. Por más que lo he intentado, tan sólo he podido recuperar algunos ficheros dañados completamente ilegibles, tanto en el disco interno como en el externo. Y estaban llenitos.

-Pues sí que es mala suerte... ¿eran importantes?

-La mayoría no, por fortuna, hubieran sido borrados de todas formas por el servicio de Evaluación. Pero dio la mala pata de que a última hora llegó el de un santón muy venerado que tampoco he conseguido salvarlo. Mucho me temo que sus acólitos se van a volver locos intentando encontrar a su reencarnación.

-Bueno, eso puede tener arreglo -sonrió su compañero guiñándole un ojo-. Por fortuna, tengo la costumbre de guardar algunos de los ficheros que devuelven de Evaluación para destruirlos... considéralos una reserva para salvar problemas como éste.

-Vaya, yo no sabía eso...

-Ni nadie, si se enteraran los de arriba me echarían un buen chorro; pero no se tienen por qué enterar, y ahora nos va a venir muy bien poder echar mano de alguno de ellos.

-Uf, me das una alegría... pero ¿no se darán cuenta del cambiazo?

-¿Quiénes, los de arriba, o los de abajo?

-Los de abajo, evidentemente; los de arriba están tan a lo suyo que ni gritándoselo al oído se enterarían, y no creo que ni siquiera les importe mucho con tal de que no les incordiemos y les cuadren las cuentas. Pero a los de abajo mucho me temo que sea bastante más difícil darles el cambiazo, ya que tengo entendido que son muy minuciosos a la hora de buscar un sucesor.

-¡Bah!... como sabemos lo que quieren, no será difícil maquillar al sustituto, y a la hora de la verdad, ¿qué más dará uno que otro? Estoy convencido de que ni se van a enterar.

TRIBULACIONES ANGÉLICAS

-¡Serafín Abimael, acuda inmediatamente a mi despacho!

Un sobresalto sacudió al aludido, sobre el que confluyeron los ojos de sus compañeros reflejándose en ellos, a partes iguales, un gesto de conmiseración hacia la víctima con la satisfacción de no haber sido elegidos como víctima propiciatoria.

El arcángel Remiel, jefe del negociado, era famoso por su endiablado genio y por sus expeditivos métodos a la hora de castigar a sus subordinados cuando a su juicio éstos habían incurrido en una negligencia o un fallo, razón por la que el atribulado Abimael tenía motivos más que sobrados para temer lo peor.

Temblando hasta la última pluma de sus alas, Abimael se presentó ante su superior sin atreverse siquiera a llamar su atención mientras éste aparentaba estar enfrascado con la información que le mostraba la para él invisible pantalla del monitor. Finalmente, tras haberle hecho esperar a pie firme durante casi media hora, el arcángel le fulminó con la más feroz de sus miradas.

-Serafín Abimael, estoy sumamente descontento con usted -fue su particular saludo. Y sin indicarle que se sentara en la tentadora silla que estaba a su lado, continuó en tono fingidamente meloso:- Pero vamos a empezar por el principio. ¿Conoce usted razonablemente bien cuáles son las tareas inherentes a su puesto de trabajo?

Mal iba la cosa, se dijo el desdichado Abimael, cuando su iracundo interlocutor comenzaba la reprimenda regodeándose de semejante manera, como si no las conociera más que de sobra.

-Estoy esperando que me responda... -le azuzó éste ahondando todavía más en la herida.

-Yo... -titubeó el reo sudando cuanto podía sudar un espíritu celestial-. Yo recibo en mi ordenador un listado con las almas de todos los recién fallecidos, las de los cristianos se entiende, y las selecciono conforme a la calificación que se les ha asignado, enviándolas a las correspondientes secciones del cielo, el purgatorio o el infierno.

-Aunque rutinario, parece un trabajo sencillo, ¿no? Tan sólo tiene que separarlas en tres montones.

-Bueno, hay que tener cuidado para evitar posibles errores, aunque los responsables de las secciones verifican que no se haya cometido ninguno... y -se atrevió a añadir con un hilo de voz-, hace mucho que no cometo ninguno.

-Eso es cierto, exactamente desde que hace trescientos quince años y siete meses terrestres envió equivocadamente al infierno a un alma bendita que ni siquiera tenía necesidad de pasar por el purgatorio.

La memoria de Remiel era legendaria, sobre todo cuando la utilizaba para fustigar a sus subordinados. Pero Abimael ya había sido sancionado por ello, por lo que resultaba innecesaria esta humillación. No obstante se cuidó mucho de recordárselo, aunque sí se atrevió a defenderse débilmente.

-El alma a la que hace usted alusión tenía un nombre y unos apellidos muy comunes que compartía con más de cuatrocientas del mismo lote, y por si fuera poco coincidía también en otros datos secundarios con la de un criminal condenado al fuego eterno. El tribunal que me expedientó lo consideró un eximente.

-Cierto también... aunque si yo hubiera formado parte del tribunal probablemente el veredicto no habría sido tan benévolo. Y menos mal que no mandó al criminal al cielo, porque se podría haber liado parda -esto era un brindis al sol, puesto que existían suficientes medios de control para evitarlo; no obstante, Abimael optó por no rebatirle-. Pero vamos a centrarnos en el presente, que es lo que de verdad importa.

El cerco se estrechaba y Remiel se divertía jugando con el indefenso serafín igual que lo haría un gato con un ratón antes de devorarlo.

-Así pues -porfió imperturbable-, continúe explicándome su método de trabajo.

-Bien -Abimael realizó el equivalente angélico a tragar saliva-, como acabo de decir selecciono las almas en función del destino que les corresponde...

-¿Pero cómo lo hace? ¿Arrastra, o copia y pega?

-Copio y pego, no sólo en la carpeta de destino sino también en la copia de respaldo, para evitar pérdidas accidentales de ficheros durante el proceso.

-Loable precaución... -fingió alabar el arcángel mientras jugaba distraído con las plumas de sus alas-. Una vez hecho esto supongo que borrará el fichero original.

-Sí, claro, tras asegurarme de que los ficheros se han copiados -el pobre reo estaba cada vez más desconcertado.

-¿Cómo lo hace? ¿Con un borrado normal, o con el seguro?

-Con el normal, para así poder recuperar el fichero borrado en caso de error.

-Otra loable precaución... -el tenaz inquisidor cambió sutilmente de entonación- siempre, claro está, que venga acompañada del vaciado de la papelera una vez comprobado que las copias están salvadas. ¿Lo hace así?

La trampa se cerraba y Abimael comenzó a sentir una imaginaria, pero no por ello menos gélida sensación de frío.

-No... no es necesario. El programa de limpieza y mantenimiento del disco duro se activa automáticamente y vacía la papelera de forma periódica.

-Un programa muy útil, sin duda alguna, ya que le libera de todo ese aburrido y rutinario proceso... -su tono de voz recordaba ahora al silbar de una serpiente-. ¿Podría usted decirme cuánto tiempo transcurre entre dos limpiezas consecutivas? Pero mejor no se moleste en hacer memoria, se lo puedo decir yo ya que acabo de monitorizar su ordenador. Exactamente diez años terrestres.

Y haciendo una pausa teatral continuó:

-¿No le parece demasiado?

Luchando contra las imaginarias tenazas que sentía en torno a la garganta impidiéndole articular palabras, el pobre reo logró musitar finalmente:

-Era la pauta que venía establecida por defecto en el programa, yo no la cambié.

-Sin apercibirse, me temo, de que ésta podría resultar excesiva pese a lo evidente que resultaba un período tan amplio de tiempo. Por cierto; creo recordar que se les prohibió instalar en sus ordenadores programas ajenos a los paquetes corporativos, incluso los gratuitos. Sí, ya sé que los corporativos no son siempre los mejores y entiendo que en ocasiones los externos ofrecen mejores prestaciones, pero instalarlos supone un posible riesgo de infección por virus y otras cosas por el estilo que pululan por ahí... pero este tema es mejor dejarlo para otro día, prefiero que nos centremos ahora en el tema del borrado de los ficheros obsoletos.

Y observando que el serafín había comenzado a temblar como un azogado, le espetó hipócritamente:

-¿Pero qué hace usted ahí de pie? Siéntese, que estará más cómodo.

Más que sentarse, se derrumbó en la silla mientras su superior seguía hablándole.

-Verá, lo de usar estos programas de utilidades, aunque irregular, no deja de ser una negligencia menor... o lo hubiera sido en caso de que usted hubiera personalizado los parámetros fijando unos ciclos de limpiado razonables, digamos por ejemplo de un día terrestre. O, por supuesto, si hubiera vaciado la papelera de forma manual tal como

figuraba en sus instrucciones. Lamentablemente no lo hizo así, lo que acarrió unas consecuencias digamos... desafortunadas.

Había terminado la diversión y comenzaba a restallar la tormenta.

-¿Sabe usted lo que ocurre cuando se manda un fichero a la papelera? Supongo que sí, pero se lo voy a recordar: en realidad no se borra, simplemente se queda... -el inquisidor fingió buscar el adjetivo más adecuado- apartado, digámoslo así. Se trata de una medida precautoria para que en caso de un borrado accidental, tal como usted ha dicho, se pueda recuperar el archivo; aunque una vez guardada la copia o, todavía mejor, las copias, pierde su utilidad, por lo que lo más recomendable es proceder a su borrado definitivo de forma inmediata. ¿Me sigue?

Cómo no le iba a seguir, por la cuenta que le traía... aunque dentro de su obnubilación Abimael no alcanzaba a comprender la razón de que le restregara unos conceptos tan básicos... salvo, probablemente, para humillarle todavía más.

-Bien -continuó el verdugo-, vayamos al grano. Aunque en teoría los ficheros enviados a la papelera están confinados en ella y no pueden salir de allí salvo que sean restaurados o, en su caso, borrados de forma definitiva, lo cierto es que en la práctica no siempre ocurre así, de modo que en ocasiones quedan vestigios pululando de forma incontrolada.

-No... no le comprendo -balbuceó al fin el serafín.

-Lo comprenderá en cuanto se lo termine de explicar. ¿Ha oído hablar de los fantasmas y los aparecidos? ¿No? No me extraña, esto es algo que no se suele estudiar en la academia ni publicar en los libros; de hecho, oficialmente no existen. Pero es así como los programadores expertos -otra pulla- denominan a los restos de ficheros mal borrados que consiguen escapar de su confinamiento desparramándose por la red.

-¿Una especie de virus informático? -se atrevió a aventurar.

-No exactamente, puesto que en sí mismo no son dañinos. Pero sí se trata de elementos molestos que interfieren en nuestro trabajo, por lo que se les considera indeseables y se los procura erradicar aunque no siempre se consigue por completo, dado que su escasa entidad los hace casi invisibles frente a los rastreadores.

-¿Qué mal hay entonces?

El superior del querubín le silenció con una mirada furibunda y continuó:

-El problema no estriba en las molestias que puedan causar a los programadores, sino en que logren atravesar los cortafuegos infiltrándose hasta el nivel de los vivos. Y eso, le aseguro, no tiene ninguna gracia.

»Además -continuó- de la tajante prohibición de devolver una sola alma al mundo de los mortales, ya que éstos podrían interpretarlo erróneamente como una resurrección milagrosa previa al Fin del Mundo, nos encontramos con el problema de que estos... -vaciló, buscando la palabra más adecuada- parásitos alteran la tranquilidad de los mortales infundiéndoles pensamientos ajenos a la ortodoxia religiosa, a la par que les crean falsas esperanzas sobre la posibilidad de entrar en comunicación con los muertos. Eso sin contar con que estas prácticas fomentan la aparición de charlatanes de todo tipo que con sus pseudo creencias ponen en entredicho nuestra doctrina a la par que desvían almas hacia el lado oscuro. ¿Le parece irrelevante? -concluyó endureciendo la voz.

-No, claro que no...

-¡Pues entonces dígame por qué razón no puso más cuidado en su trabajo! -estalló el arcángel, sin molestarse ya en fingir una falsa amabilidad-. ¡Por culpa de su negligencia todo el disco duro se ha contaminado con basura que está trayendo de cabeza a los programadores de la mitad de las secciones, mientras usted sigue tan tranquilo rascándose las plumas de las alas!

-Yo... lo siento -musitó cabizbajo.

-¡Eso no soluciona nada! Aunque tiempo tendrá de sobra para sentirlo, le aseguro que de eso me encargaré yo. Pero ahora lo urgente es solucionarlo, por lo que a partir de este momento cesa en su confortable puesto y pasa a formar parte del equipo que está intentando reparar el desaguisado. Por supuesto sin categoría y ocupándose de cuantas tareas le encarguen, que espero sean las más penosas. ¿Lo ha entendido bien, ex serafín Abimael?

Por supuesto que lo había entendido. Así pues, pidió humildemente permiso para retirarse.

-¡Ya está aquí de más, no quiero volver a verle hasta que no hayan terminado con la de limpieza! -concluyó su furioso superior a modo de despedida-. Entonces nos veremos de nuevo, y me encargaré de que no se olvide jamás de ello. ¡No se le olvide entregar las alas antes de salir!

Abimael se apresuró a esfumarse, permónese la expresión, como alma que lleva el diablo.

* * *

Han pasado varios años -terrestres, se entiende- y comienza a remitir la inopinada invasión de fantasmas que tanto desconcertó a todo el mundo a la par que alentaba a

espiritistas, místicos y embaucadores de toda laya que se apresuraron a hacer negocio o a alcanzar su momento de gloria con ello. Y aunque fueron muchos y muy variados los avistamientos de presuntos espíritus, el más redundante de todos ellos fue con diferencia el de quienes aseguraron ver una figura angélica, incongruentemente privada de alas, persiguiendo a los demás para atraparlos con una especie de red etérea, tras lo cual ambos se desvanecían sin dejar rastro hasta que el misterioso y áptero ángel volvía a aparecer en cualquier otro punto del planeta continuando con su infatigable labor.

Claro está que se trataba tan sólo de alucinaciones ya que, como es de sobra sabido, no existen los fantasmas.

BIENVENIDO AL PARAÍSO

Despertó plácidamente, como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo. Su cuerpo, agradecido, se negaba a abandonar tan plácido estado de relajación, al tiempo que su desconcertada mente, todavía velada por las brumas que suelen acompañar a la transición entre la vigilia y el sueño, trataba de desvelar lo que ocurría.

Finalmente la explicación le llegó a modo de foganazo: no le dolía nada, algo excepcional considerando la amplitud del catálogo de sus achaques.

La rodilla, el hígado -aunque el médico insistía en que se trataba de gases él no acababa de creérselo-, el maldito callo del pie derecho, el pecho -sesenta años de fumador empedernido habían dejado su firma-... él, bromeando, solía decir que cuando le preguntaban qué tal estaba tardaba bastante menos en enumerar las partes de su cuerpo que no le dolían, y esos órganos díscolos acostumbraban a hacerse notar ya desde las primeras horas de la mañana, si no incluso desde antes; pero en ese momento, para su sorpresa, todas ellas estaban calmadas.

Bien, se dijo, no se iba a preocupar por ello, amén de que a buen seguro se trataría tan sólo de una breve tregua temporal, para desgracia suya. Así pues, abrió los ojos y...

Segunda sorpresa. ¿Dónde demonios estaba? Desde luego no en su casa, y tampoco recordaba haber sido llevado al hospital... aunque bien pensado, el lugar donde había despertado no tenía la menor apariencia de tratarse de una habitación de hospital, sino más bien de un hotel de peculiar y minimalista decoración.

Tan sólo había una posible manera de averiguarlo, por lo que procedió a hacerlo incorporándose del blando lecho.

Tercera sorpresa. Su mano. No era una mano de anciano, tal como habría cabido esperar, sino el nervudo miembro de un hombre joven. No podía ser, él tenía ochenta años cumplidos, y desde luego no se había sometido a ningún tipo de intervención de cirugía estética, si es que esta actividad hubiera sido capaz, cosa de la que dudaba, de provocar tan radical transmutación.

Al ponerse en pie pudo comprobar, como cabía esperar, que el inexplicable rejuvenecimiento no se había limitado a la mano sino que, por el contrario, se extendía a la totalidad de su cuerpo, un cuerpo que ahora parecía estar en la flor de la juventud tras haberse quitado de encima no menos de cincuenta años.

Presas de una súbita inquietud, abrió la puerta que le separaba del baño. La imagen que le devolvió el espejo era la de su propio rostro, pero un rostro ya olvidado entre las brumas

del tiempo y en el que todavía no habían comenzado a hacerse sentir los estragos de la edad.

Estaba sumido en un mar de pensamientos contradictorios, cuando un discreto golpeteo en la puerta de entrada tuvo la virtud de sacarle de su ensimismamiento... percatándose por vez primera de que se encontraba tal como su madre le trajera al mundo.

Azorado se enrolló una toalla a las caderas, al tiempo que autorizaba al desconocido a traspasar el umbral.

El visitante era una muchacha joven y agraciada, que llevaba en sus manos una bandeja con un copioso almuerzo... y apetitoso, tal como se apresuró a recordarle su vacío estómago.

-¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? ¿Quién es usted? -preguntó atropelladamente.

-Cálmese, señor Aguirre, le aseguro que habrá tiempo para todo -respondió la chica exhibiendo una luminosa sonrisa-. De momento lo más urgente es que usted recobre fuerzas, una vez que haya terminado de comer habrá ocasión de satisfacer su curiosidad. ¡Ah! -añadió, señalando divertida a su improvisado taparrabos-. Aunque aquí no solemos ser demasiado pudorosos, si lo desea puede elegir el atavío que le resulte más de su agrado en el ropero.

Y se marchó, tras depositar las viandas sobre la mesa.

Arturo Aguirre, pues en efecto de él se trataba, se abalanzó literalmente sobre la comida, devorándola tal como no recordaba haberlo hecho en mucho, mucho tiempo... y sin acordarse ni de la diabetes ni del colesterol, ayudado eso sí por su dentadura que, como cabía suponer, había recuperado en su totalidad. No sería sino hasta bastante después cuando cayó en la cuenta de que sus misteriosos anfitriones, al parecer, le conocían.

Una vez hubo saciado el apetito, siguió la sugerencia de la ¿enfermera? descubriendo con sorpresa que el aludido ropero no era un simple armario empotrado tal como él supusiera, sino un amplio vestidor repleto de todo tipo de trajes y vestimentas... todos, por cierto, de su talla. Tras dudarlo en un principio, optó finalmente por un atavío informal, aunque discreto, más acorde con su apariencia actual que los austeros trajes que vistiera en sus últimos años.

No habrían pasado más allá de unos minutos cuando su gentil anfitriona volvió de nuevo a la habitación, en esta ocasión para preguntarle si ya estaba listo. Tras su respuesta afirmativa, le pidió que le acompañara para conducirlo ante un tal doctor Fulcanelli que, según dijo, sería quien le explicara las circunstancias de su presencia allí.

Fulcanelli le recibió en un amplio y luminoso despacho cuyas ventanas se abrían a un cuidado jardín. Aparentaba tener unos treinta, o treinta y tantos, años de edad, era bien parecido y, por variar, su sonrisa parecía formar parte indeleble del rostro.

-“No, si al final va a resultar que es igual que en *La fuga de Logan*”... -se dijo, medio en broma medio en serio-. “¿Es que en este endiablado sitio no hay un solo viejo?”

Adivinándole los pensamientos, Fulcanelli se anticipó a sus preguntas.

-Bienvenido, señor Aguirre, es un verdadero placer tenerle entre nosotros. Siéntese, por favor -invitó señalándole un cómodo sillón situado frente al suyo-. ¿Le apetece tomar algo? -y ante su muda negativa continuó- No se preocupe, estoy aquí para aclararle todas sus dudas. ¿Por dónde prefiere que empiece?

-Yo... -en realidad el recién llegado no sabía por donde hacerlo.

-Está bien -sonrió Fulcanelli condescendiente-. Sé lo que siente, puesto que antes que a usted he recibido a otras muchas personas en sus mismas circunstancias, e incluso yo mismo pasé en su momento por idéntica experiencia... es normal que se sienta confuso.

-¿Por qué me han... rejuvenecido? -logró articular al fin-. ¿Quién les dio permiso para hacerlo?

-Se equivoca usted, señor Aguirre -respondió con suavidad su interlocutor-. No le hemos rejuvenecido, le hemos resucitado... o, mejor dicho, le hemos reencarnado. Y como no nos resultaba posible pedirle permiso a un difunto, nos tomamos la libertad de hacerlo bajo nuestra propia responsabilidad; espero que esto no le disguste demasiado.

-¿Cómo dice? -el resurrecto se habría esperado cualquier respuesta menos ésta.

-Usted murió, señor Aguirre, aunque por razones que le expondré más adelante en estos momentos es incapaz de recordarlo; si lo desea le podría explicar las circunstancias concretas de su óbito, aunque sinceramente no creo que sea necesario recordar algo tan escabroso.

-Pero...

-Permítame que se lo explique. Tras su fallecimiento nosotros procedimos a recuperar su mente, o su alma si así lo prefiere, proporcionándole un nuevo cuerpo; idéntico al suyo, por supuesto, pero libre de los estragos producidos por la edad, que en su caso eran bastantes. Es lógico, ¿no? Puestos a elegir, no íbamos a ponerle de nuevo en un cuerpo achacoso, ¿no le parece?

Aunque en realidad él no veía la lógica por ninguna parte, tal como estaba desbordado por los acontecimientos, asintió dócilmente.

-Claro está que, ya puestos -continuó Fulcanelli-, aprovechamos la ocasión para introducir algunas mejoras... su nuevo cuerpo está limpio por completo de genes defectuosos que pudieran darle guerra en un futuro -Aguirre recordó de forma involuntaria el cáncer de colon del que había sido operado algunos años antes-, su metabolismo ha sido optimizado librándole entre otras cosas esa molesta tendencia suya a engordar, se le ha potenciado el sistema inmunológico para dejarle a salvo de cualquier posible enfermedad infecciosa y, lo más importante de todo, se han suprimido los indeseables efectos del envejecimiento celular, por lo que a partir de ahora podría decirse que no sólo vuelve usted a ser joven, sino que lo seguirá siendo de forma indefinida... en resumen, se ha convertido en un ser virtualmente inmortal -concluyó triunfante.

-Y eso... ¿por qué? -Arturo Aguirre estaba tan abrumado que era incapaz de calibrar las consecuencias de tan pasmosa revelación.

-Porque usted se lo merecía, sólo por eso. Digamos que, debido a su gran valía, en su momento fue seleccionado para perpetuarse, evitando que la muerte truncara de forma irreversible su brillante trayectoria vital.

-¿Qué me lo merecía? ¡Usted bromea! Durante toda mi vida no pasé de ser uno de tantos ciudadanos anónimos, y jamás llegué a hacer nada que me permitiera significarme sobre el resto de la sociedad.

-Se equivoca de nuevo. Nuestros criterios no tienen por qué coincidir, y de hecho casi nunca coinciden, con los caprichos de una sociedad tan voluble que acostumbra a encumbrar a todo tipo de mediocres y advenedizos al tiempo que margina a quienes son realmente válidos. ¿Se puede imaginar siquiera el ingente potencial humano desperdiciado estúpidamente a lo largo de la historia? Nuestra labor consiste precisamente en evitar que se pierda, recuperándolo y dándole una nueva oportunidad. Y si usted está aquí, es porque así se decidió, no por casualidad ni por accidente. Si me permite la presunción, no solemos equivocarnos.

-Sí, pero...

-No hay excusas que valgan. Nos consta que usted, durante toda su vida, se ha lamentado amargamente por no haber alcanzado el reconocimiento social que creía merecer, y le puedo asegurar que estaba en lo cierto. Puesto que todo ese potencial quedó truncado en su anterior vida, ahora dispone de una segunda oportunidad para aprovecharlo íntegramente, y le aseguro que en esta ocasión sí se le reconocería su valía. Ésta, y no otra, es la razón por la que se encuentra usted aquí.

-¿Acaso son ustedes dioses, puesto que se arrogan el derecho de disponer libremente de la vida de los demás, incluso después de su muerte? -preguntó, asustado, Aguirre.

-¡Oh, no! Le aseguro que nosotros somos tan mortales, bueno, es un decir, como usted, simplemente disponemos de una tecnología superior que nos permite acceder a estos pequeños milagros, pero nada de sobrenatural hay en ello.

-No tan pequeños, me temo...

-No tan pequeños, en efecto. Pero cuando la ciencia se convierte en algo rutinario, acaba perdiendo todo su halo de misterio.

-Está bien, dejemos esta discusión. Dígame, ¿cómo lo hicieron?

-Esto es fácil de explicar siempre que no entremos en profundidades técnicas, aparte de que no sería capaz de hacerlo. En esencia, todo arranca de un muestreo que se hace a todos los humanos vivos a partir de que éstos alcanzan la madurez intelectual; no se asuste, se trata de unos sistemas automáticos que funcionan por sí solos. Éstos discriminan a la población evaluada en función de determinados parámetros y, al tiempo que descartan a los que no cumplen con las expectativas esperadas, aproximadamente un noventa y cinco por cien del total, inician un seguimiento sistemático del resto. Por cierto, ¿tiene usted algún tipo de creencias religiosas?

Ante la displicente respuesta del recién llegado, continuó:

-Bien -suspiró-, esto nos hará más fácil la explicación al no correr el riesgo de tropezar con posibles interferencias de índole sobrenatural. Si me permite utilizar un símil informático, el segundo paso consiste en realizar copias de seguridad periódicas de las mentes de todas las personas seleccionadas. Tras la muerte de éstas o, en su caso, cuando el cerebro y, por lo tanto, la capacidad intelectual, comienzan a degradarse, se utiliza la copia más reciente introduciéndola en un cuerpo que previamente se ha creado y que podríamos denominar clónico del original... aunque, como ya le expliqué antes, libre del desgaste producido por la edad y asimismo mejorado.

-¿Y... los otros? -preguntó Aguirre con timidez.

-¿Esos qué importan? -zanjó Fulcanelli encogiéndose elocuentemente de hombros-. Tan sólo rescatamos a aquéllos que verdaderamente resultan ser valiosos. El resto...

-Está bien -suspiró Aguirre con resignación, al tiempo que pensaba en la suerte que pudieran haber corrido los miembros de su familia, o sus cada vez más escasos amigos-. Supongo que usted también tendrá razón en eso.

-Me satisface que lo comprenda, a veces esta responsabilidad no resulta nada fácil de asumir. ¿Qué más desea saber?

-¿Dónde estamos? Porque me figuro que ésta no será la Tierra...

-Pues sí que lo es; el resto del cosmos resulta ser demasiado hostil para que la frágil criatura humana pueda prosperar fuera de su mundo natal -y viendo el gesto de extrañeza de su interlocutor, explicó-. Pero no se trata de la Tierra donde usted nació y vivió, sino de otra idéntica... digamos que perteneciente a un universo paralelo, similar en todo a nuestro viejo planeta excepto en un detalle fundamental: aquí, por azares del destino, nunca llegó a surgir la especie humana, razón por la que los resucitados, denominémoslos así para entendernos, disponemos de todo un planeta virgen para nosotros solos... intacto además frente a cualquier tipo de agresión que hubiera podido sufrir de manos de nuestros poco civilizados congéneres. Y le aseguro que se trata de un hogar extremadamente cómodo y agradable -sonrió de oreja a oreja.

-¡Vaya! -ironizó Aguirre sin pretenderlo-. Me veo como Adán en el Paraíso. ¿Habrá también una Eva?

-Una no, muchas -respondió divertido su interlocutor-; y además nunca tropezarán con una serpiente. Pero aunque aquí la vida sea regalada y sin preocupaciones, se equivoca si piensa que tiene lo más mínimo de primitiva; que evitemos los abusos y los errores de nuestros congéneres, que hayamos conseguido erradicar cuanto de alienante tenía nuestra vida anterior, no quiere decir que renunciemos a las comodidades ni a los avances tecnológicos. Simplemente, aprovechamos los medios de que disponemos para vivir de una manera sensata y razonable, disfrutando de ello todo lo que podemos.

-¿Entonces?

-Aunque cada cual es libre de organizarse como mejor desee, por lo general la mayoría de nosotros suele llevar una vida bastante social, evitando eso sí todo cuanto pudiera recordar a los infiernos inhumanos en que acabaron convirtiéndose las ciudades de allá abajo. Nuestra tecnología es limpia y eficaz además de completamente inocua para el entorno, y gracias a ella podemos gozar de un alto nivel de vida sin necesidad alguna de una masa laboral que trabaje para nosotros manteniendo activos los engranajes que permiten funcionar a nuestra sociedad; aquí no hay proletariado alguno, y por lo tanto no existen las tensiones sociales.

-Me está hablando usted de una utopía.

-En efecto, pero se trata de una utopía real que funciona y es perfectamente viable para fortuna nuestra, como podrá comprobar dentro de poco.

-Dígame, señor Fulcanelli -Aguirre se removió inquieto en su asiento-, ¿por qué yo?

-¿Por qué? -se sorprendió, o fingió sorprenderse, el interpelado-. Pues porque usted se lo merecía, así de sencillo.

-¿Me lo merezco? -el tono de incredulidad del resucitado era completamente real-. Pero por Dios, ¿qué he hecho yo de reseñable en toda mi vida? Mi existencia no ha podido ser más gris y monótona, una de tantas mediocridades entre millones y millones de ciudadanos anónimos que nacieron, crecieron, formaron una familia y murieron sin dejar más rastro que el recuerdo entre sus más allegados, un recuerdo que el tiempo se encarga de ir desdibujando poco a poco.

-Se subestima, señor Aguirre. Es cierto que usted no pudo hacer en su vida mortal nada medianamente creativo, pero eso no se debió a que careciera de aptitudes para ello, sino a que las circunstancias en las que se vio inmerso se lo impidieron muy a pesar suyo.

-Eso es cierto -concedió entre complacido y apenado-. A mí me hubiera gustado hacer una serie de cosas que por desgracia no daban para comer. Yo me casé joven, tenía una familia que mantener...

-Y por la que sacrificó su verdadera vocación en aras del pan de sus hijos. Una decisión muy loable, por supuesto, pero que privó a la humanidad de la obra de un genio.

-Si usted lo dice... -respondió dubitativo, temiendo que su interlocutor estuviera intentando burlarse de él.

-No sólo lo digo, sino que lo afirmo -remachó con aplomo Fulcanelli-. Créame si le digo que aquí contamos con los medios necesarios para tener certeza de ello.

-No se lo discuto, viendo todo lo que me he encontrado desde que desperté aquí... pero en cualquier caso, eso es algo que poco importa ya -concluyó con amargura.

-Se equivoca de nuevo; nada de irreversible hay en ello. Este lugar donde nos encontramos ahora nos ofrece, y esto es lo más maravilloso de todo, una segunda oportunidad en la que los elegidos no sólo pueden rescatar la totalidad de su obra creativa realizada durante su vida mortal, sino también todo aquello que, por las razones que fueran, se les quedó en el tintero; usted incluido.

-¿Quiere decir que...? -Arturo Aguirre abrió unos ojos como platos.

-Señor Aguirre, ¿se ha parado a pensar en alguna ocasión cuán y tan espléndido patrimonio de todo tipo se ha perdido, a lo largo de la historia, a causa de catástrofes, guerras, desastres o abandonos de todo tipo? ¿O cuántos creadores, en la flor de la juventud, se llevaron a la tumba lo que probablemente hubiera sido lo mejor de su producción? ¿Se imagina que Mozart no hubiera fallecido a los treinta y cinco años? ¿O que no hubiera ardido la Biblioteca de Alejandría? ¿O que se hubiera conservado el esplendor artístico de la Grecia y la Roma clásicas? ¿O, en definitiva, que gente como usted hubiera podido dedicarse a hacer realidad su verdadera vocación?

Hizo una breve pausa para recobrar aliento y continuó:

-Pues bien, todo esto y mucho más es posible aquí. Puedo presumir, como usted tendrá ocasión de comprobar personalmente, de que aquí se encuentra para disfrute de todos nosotros, usted incluido, todo cuanto de bueno o bello ha sido creado por la humanidad desde sus mismos orígenes, incluyendo no sólo todo lo perdido, sino también todo cuanto no pudo llegar a ser. Y por si fuera poco, todos los creadores, toda la fuerza motriz de la cultura, el arte y la ciencia, están también aquí, vivos y en plena madurez creativa - Fulcanelli se encontraba cada vez más excitado-. Pronto tendrá ocasión de conocer personalmente a personajes como Einstein, Newton, Galileo, Platón, Leonardo, Virgilio, Velázquez, Cervantes, Beethoven...

-¿Me está diciendo que llevan siglos trayendo gente aquí? -preguntó Aguirre con un tono de incredulidad en su voz.

Siglos no, milenios -fue la sorprendente respuesta-. Y antes de que me lo pregunte, le voy a responder: no tenemos la menor idea de quienes fueron los que organizaron esto, aunque no cabe duda de que ni siquiera en su época, y por el momento es usted de los últimos recién llegados, existe la menor capacidad tecnológica para hacerlo... ni existirá, probablemente, en mucho tiempo. Cuando vinieron los primeros, procedentes de los albores de la civilización, ya recibieron una bienvenida similar a la suya, aunque no por humanos sino, según afirman, por unos seres que ellos describieron como angelicales, los cuales lo dejaron todo en nuestras manos y desaparecieron sin dejar rastro una vez que nuestra pequeña sociedad estuvo suficientemente organizada. Nunca llegamos a saber quiénes eran ni a dónde se fueron, pero aunque se especuló mucho acerca de su naturaleza, hace ya tiempo que dejamos de preocuparnos por ellos.

-Realmente todo lo que me cuenta resulta sorprendente, y también excitante... pero volviendo a temas más prosaicos, encuentro un posible inconveniente.

-¿A qué se refiere? -se alarmó Fulcanelli.

-No todo en la vida es cuestión de genialidad -objetó Aguirre, infantilmente satisfecho por haber encontrado un posible punto débil en la autosuficiencia de su anfitrión-. A lo largo de la historia siempre hubo personas que, pareja a su indiscutible valía, cargaban con una personalidad poco o nada atractiva, por decirlo de una manera suave; estoy pensando en gente como Van Gogh, Edgard Allan Poe y tantos otros... Dicen que Einstein era una buena pieza, Newton se portó como un canalla con muchos científicos contemporáneos suyos, y eso sin olvidar a cuantos llevaron unas vidas a las que se podría calificar de cualquier cosa menos ejemplar, como los famosos artistas bohemios del París de la *Belle Epoque*.

-¡Ah, era eso! -suspiró Fulcanelli, visiblemente aliviado-. Desde luego no le falta razón, pero habría que tener en cuenta también otros factores.

-¿Cuáles? -preguntó a su vez Aguirre, fingiendo inocencia.

-Oh, está bastante claro, los condicionantes que obligaron a estas personas a comportarse de esa manera digamos... tan asocial.

Y viendo el ceño fruncido del visitante, añadió:

-Sí, imagino lo que me va a decir; pero le aseguro que no estoy tratando en modo alguno de defender el falso mito del buen salvaje, que tanto daño ha hecho desde que Rousseau tuviera la mala idea de propalarlo. Por suerte, o por desgracia, son muchos a los que podríamos considerar malos de nacimiento, sin que se pueda culpar por ello a las circunstancias adversas en las que éstos pudieran haberse visto presuntamente inmersos; y también hay muchos más, de hecho la gran mayoría de la humanidad, a los que sólo se les puede calificar de mediocres natos, a los cuales ni con la mejor voluntad sería posible redimir. Huelga decir que ninguno de ellos ha tenido nunca la menor posibilidad de aparecer por aquí.

Hizo una nueva pausa y prosiguió:

-Pero hay también casos en los que ocurre lo contrario, ovejas descarriadas que en circunstancias más favorables nunca se habrían comportado como lo hicieron. Y aquí, por el contrario, procuramos ser generosos.

-Ya, pero...

-Y aún vamos más lejos siempre que lo consideramos oportuno -continuó sin dejarle siquiera terminar la frase-. En ocasiones ese... mal comportamiento, llamémoslo así, no se debe ni a influencias externas ni a una maldad intrínseca, sino a disfunciones orgánicas del cerebro, a una enfermedad en suma de la que no se puede responsabilizar a quien no es sino su víctima. Evidentemente, también a ellos los atendemos y se las corregimos.

-Nada tengo que objetar a ello -pudo opinar al fin el desbordado Aguirre-, por supuesto, pero teniendo en cuenta que el hombre es fruto tanto de su herencia como de las influencias recibidas de su entorno, y aquí podríamos incluir también los desarreglos mentales, ¿cómo son capaces ustedes de depurar lo, digamos, malo de una persona dejando tan sólo lo bueno, sin que la identidad de esta persona quede irremediabilmente alterada? Convendrá conmigo en que, de llevarse a cabo, ya no sería él sino alguien muy distinto; y si me apura, tras suprimir el fruto de una maduración, defectuosa pero maduración al fin y al cabo, el resultado sería un sujeto inmaduro, no el adulto ideal que habría sido deseable tener...

-De nuevo vuelve a dar usted en el clavo, conforme claro está a la información de que dispone... que, si me permite recordárselo de nuevo, es lamentablemente incompleta. Por supuesto que nos interesan los individuos maduros y sin taras, y siempre que podemos dejamos que sea la propia evolución personal la que se encargue de ello. Cuando esto no es posible... bien, digamos que disponemos de una especie de *jardín de infancia*, el término no es correcto, por supuesto, pero no se me ocurre otro más ajustado para definirlo, en el que estas criaturas inmaduras, tras la *poda* realizada, cuentan con una segunda oportunidad, en esta ocasión sin riesgo alguno de fracaso. Considerando que tenemos toda una eternidad por delante, este período de adaptación representa tan sólo un breve lapso de tiempo que bien nos podemos permitir.

-Pero...

-Imagino cual puede ser ahora su objeción. Ciertamente, manipulamos la realidad moldeándola a nuestro antojo, pero si se para usted a considerarlo no es muy diferente de lo que hace un padre cuando intenta educar a su hijo encauzándole por los caminos que considera más correctos. Aún más, ¿cuántos padres no hubieran deseado, tras comprobar que sus hijos acababan desviándose de las metas esperadas, poder volver atrás para reconducirlos de una manera más adecuada? Tal como le dije anteriormente refiriéndome a la creación artística y científica, no nos interesa lo que fue, sino lo que pudo haber sido, y esto es extensible también a todos nosotros e incluso a usted mismo, ya que por si no lo sabía también limamos algunas pequeñas aristas de su personalidad... no gran cosa, en su caso no fue necesario ir más allá de lo normal; como dice el refrán -concluyó sonriente- nadie es perfecto.

Ante la inesperada revelación de que él también había sido *mejorado*, y no sólo en lo relativo a su cuerpo tal como hasta entonces creyera, Arturo Aguirre optó por asentir en silencio dando la callada por respuesta. En el fondo todo eso le daba exactamente igual, después de resucitar y verse de nuevo joven, ¿por qué tenía que importarle lo que hicieran con otros?

-Veo que le he convencido -zanjó satisfecho Fulcanelli, que tras llevar tanto tiempo desempeñando esa labor sabía perfectamente cómo tratar a los neófitos-. Y ahora, si no le importa, tendríamos que resolver el tema de su alojamiento. ¿Dónde prefiere usted vivir? Tiene todo el planeta a su disposición.

-Yo... no lo sé, supongo que en España; los idiomas nunca se me han dado bien.

Su interlocutor sonrió por enésima vez.

-Aunque, en efecto, aquí también existe una Península Ibérica, mucho más arbolada y salvaje, eso sí, que la que usted conoció, mucho me temo que no podría encontrar en ella nada que le recordara a su antiguo país, salvo claro está los accidentes geográficos.

-¿Cómo dice? -una sombra de temor destelló en los ojos de Aguirre.

-Que no existe España, al igual que tampoco existe ningún otro país, cultura o sociedad que haya conocido usted, ya sea en el presente o en los libros de historia. Los... - dudó unos instantes antes de emplear el término- que vivimos aquí procedemos de todos los lugares y de todas las épocas que pueda usted imaginar, y por razones evidentes no acostumbramos a agruparnos en función de nuestro origen, sino según las preferencias personales de cada uno. ¿Cómo si no podría reunir usted, en un mismo grupo, a un griego contemporáneo de Pericles, un hispanomusulmán del siglo décimo, un chino de la dinastía Ming y un inglés victoriano? O yendo más lejos aún, puestos a reinventar España, ¿cuál recrearía usted? ¿La suya? ¿La del Siglo de Oro? ¿La medieval? ¿La hispanorromana? ¿La celtíbera? Porque de todas ellas tenemos representantes aquí, todos con los mismos derechos, mientras que tan sólo contamos con una única Península Ibérica. Amén de que, supongo, también estará interesado en conocer a personas procedentes de otras culturas y épocas ajenas a las suyas.

-Sí, claro, pero el idioma... -titubeó confuso- yo sólo hablo español, y a duras penas consigo entender algo de francés e inglés.

-¡Oh, por eso no tiene que preocuparse! -al llegar a este punto Fulcanelli siempre disfrutaba revelando esa pequeña sorpresa a los neófitos-. Dígame, ¿en qué idioma cree que estamos hablando?

-En español, por supuesto.

-¿Está usted seguro?

-Claro... ¿cómo íbamos a entendernos si no...?

Pero no, ahora que se percataba de ello, Arturo Aguirre acababa de descubrir, sintiendo cómo una oleada de vértigo le recorría todo su cuerpo, que Fulcanelli y él no habían estado hablando en español... ni en ningún otro idioma conocido por él.

-¿Cómo... -balbuceó aterrado- cómo es eso posible?

-Bueno, se trata de una de esas pequeñas mejoras que le comentaba, en esta ocasión aplicada de forma sistemática a todos los recién llegados; estará de acuerdo conmigo en que no resultaría demasiado operativo que este lugar se convirtiera en una torre de Babel, ¿no cree? -bromeó divertido ante el desconcierto del otro-. El ajuste mental es tan automático, que desde el primer momento usted es capaz de comunicarse con cualquiera de nosotros sin el menor esfuerzo y, casi, sin enterarse.

-¿En qué idioma estamos hablando? -repitió inconscientemente la pregunta que acababa de hacerle su interlocutor. -repitió inconscientemente Aguirre la pregunta que acababa de hacerle su interlocutor.

-¡Oh, puede usted llamarlo como prefiera! Panglos, esperanto, lingua franca, idioma universal, adánico... ¿qué importa el nombre? Nosotros no le damos ninguno; no hay necesidad de ello, puesto que se trata del único.

-Ya comprendo... -en realidad no comprendía gran cosa.

-¿Sabe usted cuál era mi lengua materna? -inquirió Fulcanelli. Y sin darle tiempo a responder, explicó-. El etrusco. Nací en Volterra a mediados del siglo sexto antes de Cristo, fallecí unos cuarenta años después y desde entonces estoy aquí. Evidentemente mi nombre original no era éste, pero dado mi cargo cada cierto tiempo lo he ido cambiando por otro más actual que no chocara a los recién llegados de épocas posteriores a la mía; eso sí, en una pequeña concesión a la nostalgia, siempre he utilizado nombres originarios de la Península Itálica -concluyó con gesto cómplice.

-Entonces, ¿dice usted que puedo ir a cualquier sitio? -Aguirre prefería dar por zanjado el espinoso tema lingüístico.

-A donde usted prefiera de la totalidad del planeta, nuestra sociedad es completamente homogénea en su heterogeneidad, y las comunicaciones entre las distintas regiones no pueden ser más rápidas y cómodas; de hecho la gente suele viajar mucho, aunque por lo general prefieren elegir como residencia habitual aquellos lugares de su preferencia en función del clima o las bellezas naturales.

-Si no le importa sigo prefiriendo España, perdón, la Península Ibérica, pero desearía que fuera en algún lugar del norte, donde no hiciera mucho calor y haya mucho verde...

-Estupendo. Tengo reservado para usted un sitio precioso que seguro que le va a encantar.

* * *

En un lugar situado más allá de los límites del espacio y el tiempo, donde las leyes físicas perdían todo su significado, dos seres que no estaban constituidos ni de materia ni de energía dialogaban -o su equivalente- con gran entusiasmo.

-#1 -ante la imposibilidad práctica de una transcripción fonética de sus nombres no queda otra solución que numerarlos para poder diferenciarlos-, ¿qué tal marcha tu escenario? Corren rumores de que tus heterodoxas soluciones no han dado el resultado que buscabas...

-Eso son infundios de envidiosos -respondió el interpelado con el equivalente a un displicente encogimiento de sus inexistentes hombros-. Y me duele que tengas que ser precisamente tú, amigo #2, quien se haga eco de ellos.

-Discúlpame si mi pregunta te ha incomodado, te aseguro que no tenía la menor intención de hacerlo; al contrario, si me he interesado por ello es precisamente porque me preocupa que tu nombre ande rodando por ahí de forma injusta.

-Está bien -condescendió #1-. Estoy dispuesto a revelarte mis pequeños secretos, con la condición de que no se los comuniqués a nadie ni tan siquiera para intentar defenderme; todavía no ha terminado el concurso, y no desearía que alguno de mis rivales pudiera disponer de información privilegiada.

-¿Es cierto que has violado, perdón, quería decir forzado, las reglas? -se envalentonó #2, animado por las palabras de su amigo.

-¿Lo ves? -le reprochó con amargura éste-. También tú te haces eco de esos infundios... No, no violé nada, hubiera resultado estúpido hacerlo a sabiendas de que eso supondría mi descalificación automática; y yo quiero ganar el concurso.

-Pero...

-Sí, ya sé lo que dicen mis rivales; y la verdad es que me interesa que sigan pensando así con tal de que me dejen en paz. Lo que sí he hecho ha sido bordear los límites de lo permitido, ya que ésta era la única manera posible de significarse frente al adocenamiento de mis competidores. Si quieres conseguir algo original no tienes otro remedio que apostar fuerte y obrar con audacia. Así de simple.

-Está bien, te creo... y estoy de acuerdo contigo en que es bueno que los otros piensen que corres el riesgo de ser descalificado. Pero, ¿cómo lo has hecho?

-¡Oh, fue muy sencillo! Me limité a aplicar la máxima de que todo aquello que no está explícitamente prohibido, está permitido. Tuve la suerte, o la perspicacia, de descubrir un punto que las bases no dejaban suficientemente claro, lo que me permitió interpretarlas de una manera que, estoy seguro de ello, a ninguno de mis estúpidos rivales se le ocurrió siquiera plantearse. Sí, doy por supuesto que cuando me proclamen vencedor intentarán impugnar el fallo del jurado, pero de poco les va a servir; mi maniobra podrá ser tildada de heterodoxa, pero en modo alguno de ilegal por mucho que les pese. Es muy posible que en convocatorias sucesivas se modifiquen las bases para evitar que nadie intente repetir mi jugada, pero eso es algo que no me preocupa ni me importará lo más mínimo una vez haya conseguido el trofeo -concluyó #1, transmitiendo a su compañero el equivalente de una sonrisa.

-Tú sabrás lo que haces -arguyó #2, nada convencido del triunfalismo de su amigo-, pero las bases decían bien claro que el simulacro tenía que realizarse en un entorno único, quedando expresamente prohibidos los escenarios de juego múltiples; y dicen que tú...

-¿Lo ves cómo sigues dando pábulo a esas estúpidas habladurías? Sí, sé perfectamente que circula por ahí el bulo de que mi simulacro se desarrolla en dos niveles tridimensionales paralelos, o en un universo doble si prefieres esa denominación; pero como comprenderás, vuelvo a insistir en ello, nada más lejos de mi intención que provocar mi descalificación de una manera tan estúpida. No -concluyó con complicidad-, mi escenario *parece* abarcar dos universos, pero en realidad, y con las normas en la mano, no es así, por la cuenta que me trae.

-Ahora sí que me he perdido...

-Ja... eso es justo lo que pretendo de mis rivales y, si me apuras, también de los propios jueces.

-Mi querido amigo, ¿te importaría dejar de ser tan misterioso y explicármelo?

-En absoluto, con la condición de que guardes absoluto secreto de ello -#1 hizo una breve pausa y continuó-. Las bases, efectivamente, prohíben el uso de universos múltiples, pero nada dicen, y aquí está el truco, de un único universo multidimensional...

-¿Y qué falta hace eso? -se extrañó #2-. Todo el mundo sabe que los universos materiales sólo son posibles con tres dimensiones espaciales y una cuarta temporal, y que añadirles más dimensiones no supone ningún cambio práctico ya que éstas resultarían redundantes, cuando no directamente un estorbo... ¿Quién se molestaría en realizar un trabajo tan inútil para obtener únicamente armónicos e interferencias que distorsionarían el resultado final? Espera, ¿no me irás a decir que...?

-Parece que empiezas a comprenderlo... -respondió divertido #1.

-Sí, la idea en principio parece sencilla -concedió su amigo sin demasiado entusiasmo-; pero no veo la manera en la que se podría conseguir que todo ese ruido molesto y perturbador se convirtiera en algo coherente y aprovechable.

-Eso es lo que creen casi todos, y ciertamente me conviene que sea así -el orgullo desbordaba a #1-; pero te aseguro que lo he conseguido.

Y sin hacer la más mínima pausa ante el estupor de su compañero, continuó:

-En el fondo, y a posteriori, todo resulta ser absurdamente sencillo; me limité a modular los valores de los parámetros físicos fundamentales de mi protouniverso hasta conseguir que los armónicos indeseables se anularan entre sí mediante interferencias

destructivas, al tiempo que reforzaba y consolidaba con interferencias constructivas aquello que deseaba conservar. He de reconocer que requirió bastante paciencia y un esfuerzo considerable, pero el resultado final mereció la pena. De esta manera, mi universo original dispone de una especie de duplicado o réplica, llámalo como quieras, perfectamente consistente y viable, aunque claro está no podría existir por separado al no contar con identidad propia. Esto es lo que mis obtusos competidores han confundido con un inexistente universo paralelo, pero por mucho que les pueda pesar no es así; y dada su originalidad, no albergo la menor duda de que el triunfo será mío.

-De acuerdo, no cabe duda de que es original; pero, ¿qué pretendes con ello?

Si #1 hubiera tenido un rostro humano, éste habría reflejado algo muy parecido al estupor.

-¿Tú qué crees? Si se prohibieron en su momento los universos múltiples, fue con la excusa, según los puristas, de que las posibles interrelaciones entre ellos desvirtuarían el espíritu de la competición al atentar contra el juego limpio y la igualdad de oportunidades... no me preguntes por qué, puesto que yo soy el primero en no entenderlo y, por supuesto, en rechazarlo; pero es lo que hay.

-Sin embargo, tú has intentado soslayarlo.

-Eso no lo niego. Independientemente de que a título personal encuentre absurdas unas restricciones que tan sólo benefician a los mediocres, lo cierto es que ésta es la única manera posible de lucir mis habilidades, y poco me importa ser acusado por los envidiosos de comportarme de forma antideportiva. Si soy mejor que ellos, ¿por qué tengo que renunciar a mi superioridad? Déjales que sigan jugando con sus ridículas creaciones, yo prefiero ir más lejos de donde ellos son capaces de alcanzar.

-¿En qué consisten tus innovaciones? ¿Tan revolucionarias son?

-¿Acaso lo dudas?

-Pero ya antes de la reforma de las bases -porfió #2- hubo quien presentó modelos de universos múltiples entrelazados...

-Te acabo de decir que no se trata de eso -rezongó #1 haciendo gala de su paciencia-. Repito que mi modelo no es un universo doble, ni mucho menos duplicado, sino un universo único complementado por una réplica suya, idéntica en todo excepto en algunas sutiles diferencias inducidas por la modulación de los armónicos; y es precisamente en esas diferencias donde radica su originalidad. Crear un universo autoconsistente capaz de hacer evolucionar en su seno a una civilización relativamente compleja es algo trivial y al alcance de cualquiera; e incluso si se permitiera entrelazar dos desarrollos paralelos en sendos universos distintos tampoco resultaría ser mucho más complicado.

»Lo mío, por el contrario, tiene mucho más mérito puesto que, además de tratarse de algo innovador, consiste en lograr que, tras una selección natural en la que yo no intervengo, la civilización del universo raíz induzca una réplica ordenada de sus especímenes en el universo espejo, pero no de una manera indiscriminada sino siguiendo unos criterios de autoselección que, por supuesto, ni ellos mismos controlan y ni tan siquiera comprenden, aunque sí son conscientes de una manera vaga, a causa de las resonancias que entrelazan ambos escenarios, de que algo podría existir una vez concluido su ciclo vital. ¡Pero a nivel individual, y no colectivo! ¿Te imaginas las consecuencias de esto? Y por supuesto, la replicación de los especímenes en el mundo espejo no es automática ni indiscriminada, ya que tan sólo está al alcance de los que hayan logrado alcanzar unos mayores niveles de complejidad. ¿Acaso alguien había sido capaz de elaborar algo similar desde que se establecieron las competiciones? -retó.

-Realmente me dejaste anonadado -confesó #2 con total sinceridad-. Tal como me cuentas, lo tuyo tiene realmente mucho mérito.

-Por supuesto que lo tiene -la modestia no era precisamente la principal virtud de #1-. Sobre todo, considerando que, lejos de detenerse, la evolución cultural y social de los especímenes sigue desarrollándose en el mundo espejo; y no es eso todo. Además de haberlos seleccionado separándolos de la ganga, lo que me permite disponer de un material mucho más homogéneo y versátil que el inicial en bruto, me he permitido introducir una innovación más de cara a mejorar los resultados suprimiendo una de las cuatro dimensiones, la temporal concretamente. Así evito el inconveniente de la extremada brevedad de sus vidas, permitiendo que puedan evolucionar mucho más de lo que podrían haberlo hecho en condiciones normales. No me interesa la cantidad sino la calidad.

-¡Pero eso sí que está explícitamente prohibido! -objetó #2 alarmado-. Las normas indican claramente que los universos desarrollados han de ser tetradimensionales por fuerza...

-Te equivocas de nuevo. Eso es aplicable para el universo raíz, y por supuesto yo lo he respetado con toda escrupulosidad, pero en lo que respecta al universo espejo las cosas cambian por las razones que te expliqué anteriormente. Además -añadió con picardía-, puedo demostrar que esa carencia no es deliberada, sino consecuencia inevitable de las interacciones que fue necesario introducir para generarlo.

-Está bien, tú sabrás lo que haces... veo que lo tienes todo previsto.

-Al menos, lo intento.

-¿Y qué harás con todo ello una vez haya sido fallado el concurso?

-¿Qué quieres que haga? -se sorprendió #1-. Borrarlo, por supuesto; es lo que se hace siempre.

-Lo sé, pero pensaba que en este caso, tratándose de algo tan especial y a lo que tienes tanto cariño, no sé... quizá mereciera la pena conservarlo siquiera como recuerdo.

-¿Para qué? Una vez que haya ganado el premio, no tengo mayor interés en mantenerlo. Prefiero olvidarme de ello y dedicarme a cosas diferentes.

-Bien, si tú lo dices...

Y ambos amigos continuaron dialogando sobre otros temas distintos.

MENSAJES DEL MÁS ALLÁ

Luis P. era una persona completamente normal, si por normal podía considerarse a alguien con marcadas inquietudes culturales, alguien que leía libros por placer, oía música clásica con asiduidad o visitaba museos y exposiciones siempre que tenía ocasión de ello. Frisando la cuarentena se mantenía soltero, más por pragmatismo que por convicción, y vivía solo más por necesidad -su familiar más cercano residía a 300 kilómetros de distancia-. que por elección propia.

Su trabajo de funcionario le permitía, asimismo, contemplar con tranquilidad el porvenir, al tiempo que le dejaba disponer del suficiente tiempo libre para satisfacer todas sus necesidades de ocio. Y como era razonablemente austero en sus gastos y relativamente sencillo en sus gustos, se podía permitir el lujo de vivir aceptablemente bien.

Cuando Luis P. se preguntaba, cosa que hacía bastante a menudo, si él era una persona feliz, la inevitable respuesta era que feliz, lo que se dice feliz, probablemente no, pero satisfecho sí. Echaba de menos, por supuesto, una compañera que compartiera con él su vida, pero tenía bien claro, con una clarividencia que no resultaba nada frecuente, que para lanzarse a la aventura del matrimonio tendría que estar previamente muy convencido, antes de dar tan irreversible paso, de haber encontrado realmente a la persona adecuada. Hablando en plata, hacía suya la máxima que afirmaba que más valía estar solo que mal acompañado. Por lo demás su vida era tranquila y sin estridencias, lo cual era ya bastante comparado con el azaroso vivir del común de los mortales.

No obstante su nivel de satisfacción, en la vida de Luis P. existían varias pequeñas frustraciones. No, no se trataba de que le hubiera gustado ser más delgado, más alto o menos calvo; a esas alturas, todo eso le parecía irrelevante. Tampoco echaba de menos tener más dinero, aunque ciertamente no le habría hecho ascos a un buen premio gordo de la lotería; mas no por deseos de ser rico, sino tan sólo para liberarse de la maldición bíblica del trabajo.

En realidad, las frustraciones de Luis P. eran mucho más abstractas. Él siempre había anhelado ser artista, pero su ineptitud total y absoluta hacia todo aquello que precisara de la menor habilidad manual le había impedido seguir por los caminos del arte. Si ya en el colegio suspendía sistemáticamente el dibujo y los trabajos manuales, ¿cómo plantearse siquiera ser pintor o escultor?

Claro está que también existían otras artes menos precisadas de las manos, como ocurría con la literatura o la música. Luis P. había intentado hacer sus pinitos en la primera de ellas, pero sus esfuerzos no habían dado más frutos que una magra colección de pequeños relatos y poesías que dormían merecidamente el sueño de los justos sumidos en

las oscuras profundidades de un cajón. Bueno, en honor a la verdad hay que decir que también estaban las cartas al director que Luis P. acostumbraba a enviar, con relativa frecuencia, al diario que leía habitualmente, de todas las cuales tan sólo una mínima parte habían logrado el honor de ser publicadas.

Quedaba la música, que en realidad era su afición favorita. Melómano impenitente, y poseedor de una discoteca que abarcaba varios cientos de discos compactos, Luis P. era un verdadero entendido en el arte de Euterpe, aunque exclusivamente a nivel de espectador, ya que su formación musical -cosa de los antiguos planes de estudios- era literalmente nula. Consciente de su carencia, ya de adulto intentó cubrirla aprendiendo siquiera unos rudimentos de solfeo, descubriendo con desolación, tan sólo unos meses después, que ya era demasiado tarde. En consecuencia, Luis P. era absolutamente incapaz de leer una sola nota en un pentagrama, por más que conociera de memoria lo más granado de toda la producción musical existente en el repertorio discográfico.

Y era una lástima, puesto que de haber podido disfrutar en su momento de una adecuada formación musical, a Luis P. le habría encantado poderse ganar la vida como músico. Siempre que asistía a un concierto admiraba a los profesores de la orquesta con un sentimiento rayano en la envidia, sabedor como era de que él jamás podría emularlos. Aunque en el fondo a él le habría gustado ser, por encima de todo, no un simple músico, sino un compositor. Eso sí, compositor de música tonal ya que, huelga decirlo, abominaba de todo cuanto sonara, tal como él afirmaba textualmente, a *“concierto para cacerola y batería de cocina”*.

En cualquier caso, Luis P. se había resignado a poder disfrutar de la música tan sólo en calidad de mero espectador, lo cual no era precisamente poco con independencia de que hasta el más sencillo pentagrama le resultara tan indescifrable como un manuscrito chino. Y disfrutaba de ello.

Una noche le ocurrió algo curioso. Luis P. había tenido problemas para conciliar el sueño, y se encontraba sumido en ese peculiar estado intermedio entre éste y la vigilia. Su mente estaba despierta, pero su voluntad no controlaba el flujo de los pensamientos dejando que éstos se desbordaran libremente. De pronto, unas notas musicales vinieron a su cabeza. Sonaban a música clásica, por supuesto, pero -y de esto estaba completamente seguro- no correspondían a ninguna otra obra que él conociera. Y lo sorprendente del caso, es que era perfectamente capaz de desarrollar mentalmente la melodía con una facilidad absoluta.

“¡Vaya! -se dijo divertido-. Si ahora va a resultar que soy músico sin saberlo”.

Y se durmió.

A la mañana siguiente, cosa curiosa, recordaba perfectamente el episodio. Por supuesto habría sido incapaz de repetir una sola nota de aquéllas que horas antes fluían con tanta facilidad de su mente, pero era consciente de lo que le había ocurrido. Le hizo gracia, y lo olvidó de inmediato zambulléndose en el frenesí de sus actividades cotidianas.

Durante una semana no ocurrió en su vida nada especialmente relevante, pero una noche sucedió de nuevo. No podría decir si la melodía recordada en esta segunda ocasión era o no era la misma que la anterior, pero de lo que no le cabía la menor duda era que se trataba de una composición completamente original... y buena, francamente buena.

Esa vez cambió de estrategia, intentando mantenerse en el estado de duermevela que tan fructífero le estaba resultando; pero a la larga, lo único que consiguió fue sumirse en un desagradable insomnio. En cuanto a la música, ésta se desvaneció, tan bruscamente como apareciera, al cabo de tan sólo unos cuantos minutos.

Malhumorado por partida doble, tanto por no haber podido pegar ojo en toda la noche, como por escapársele el estado de aparente inspiración, Luis P. decidió desentenderse de tan escurridizo fenómeno. Y lo intentó, aunque periódicamente éste venía a despertarlo de nuevo con la precisión de un reloj para, tras desgranar unas melodiosas notas, desaparecer tal como había venido, dejando que nuestro personaje se durmiera como un bendito.

Dicen que el hombre es capaz de adaptarse hasta a las circunstancias más extrañas, siempre que éstas se repitan lo suficiente para que acaben formando parte de sus marcos habituales de referencia. Bien, algo de verdad debía de haber en ello, puesto que Luis P. acabó aceptando con toda naturalidad su ya cotidiana *serenata nocturna*; e incluso disfrutaba con ella. Según comprobó, se trataba siempre de las mismas notas y, lo que era más importante, casi sin darse cuenta comenzó a memorizarlas. Tanto era así, que al cabo de cierto tiempo era perfectamente capaz de silbarlas a cualquier hora del día. Su familiaridad con ellas era tal, que habría podido transcribirlas sin la menor dificultad a un pentagrama... de haber sabido hacerlo.

Bien, eso podría tener solución. Existían personas, la más famosa de las cuales había sido el propio Charles Chaplin, que, a pesar de estar dotados de una gran intuición musical, eran incapaces de llevar a una partitura las melodías que se gestaban en sus mentes. Éstos eran conocidos en el mundillo musical con el despectivo nombre de los *silbadores*, y habían resuelto su problema silbando literalmente sus composiciones a otros músicos más capacitados que ellos para recogerlas en el papel pautado.

Sí, realmente le habría resultado bastante fácil grabar sus silbidos en una cinta magnetofónica; pero era algo que le hacía sentirse ridículo. Así pues, optó por una fórmula equivalente que se le antojó mucho más elegante: descargó un programa de ordenador que emulaba a un órgano electrónico y procedió a grabar trabajosamente esas dichosas notas que tanto le obsesionaban. Debido a su inexperiencia el trabajo le resultó ímprobo y

sumamente tedioso, pero finalmente, tras infinidad de ensayos y con la ayuda de una rústica notación musical de su invención -una tecla, un número-, logró ver culminados sus esfuerzos.

Tras escuchar una y otra vez el resultado final de su trabajo, llegó al convencimiento de que la melodía tan trabajosamente grabada era, efectivamente, aquella que se había acostumbrado a oír noche tras noche. La transcripción era tosca, por supuesto, y se limitaba a recoger una simple sucesión de notas, por lo que distaba mucho de ser una composición verdadera al carecer de armonía y ritmo, por no hablar ya de escalas, tonalidades u orquestación; pero pese a ello, no dejaba de ser bastante fiel a sus recuerdos teniendo en cuenta lo limitado de sus posibilidades.

Acto seguido procedió a dársela a conocer a un amigo suyo que era profesor de música. Evidentemente no le reveló el origen real de su inspiración, limitándose a explicarle que era una melodía que le había venido a la cabeza. Su amigo atendió la petición sin demasiado entusiasmo y probablemente, de no haberse encontrado frente a un compromiso, no habría aceptado; pero tras oír tres o cuatro veces, primero con escepticismo, y posteriormente con un detenimiento cada vez mayor, los cerca de diez minutos que duraba la obra de Luis P., su interés era ya tan evidente que incluso acabó sorprendiendo al propio autor.

-Es curioso -musitó pensativo el músico-. Yo juraría que esto me suena a Mozart; pero nunca lo había oído antes. ¿Estás seguro de que lo has compuesto tú? No, no me interpretes mal -se corrigió al ver el ceño que comenzaba a fruncir su anfitrión-; no pretendo acusarte de haberlo copiado. Pero a veces la memoria juega malas pasadas; oyes una obra, aparentemente la olvidas, y cuando tiempo después vuelves a recordarla, jurarías por lo más sagrado que es la primera vez que la escuchas. Créeme que a mí me ha pasado a menudo.

-Bueno, yo... -protestó, pese a todo, el confundido Luis- yo creo que esto no lo había oído antes.

-Eso será bastante fácil de comprobar -respondió su amigo al tiempo que exhibía una inocente sonrisa con la que pretendía ganarse su confianza-. Claro está que antes tendré que arreglarlo un poco; tú te has limitado a desgranar una secuencia de notas, pero aquí falta todo lo demás, que no es poco. Ya sabes; la tonalidad, el compás, el *tempo*...

Varios días más tarde volvieron a reunirse ambos. El músico llevaba consigo una memoria USB, y en su rostro se adivinaba una expresión mezcla de impaciencia y satisfacción.

-¿Sabías -le dijo a modo de saludo- que tu música ha resultado ser mucho más interesante de lo que yo esperaba? Por cierto, ¿dónde tienes el ordenador?

-A ver qué te parece ahora -continuó una vez que el equipo comenzó a reproducir la grabación-. Evidentemente no está hecho con una orquesta, sino con un simple sintetizador; pero a pesar de todo, creo que ha quedado bastante bien.

Era su música, de eso no cabía ninguna duda, pero mucho más completa. Realmente, su amigo había hecho una buena labor.

-Tuve que improvisar prácticamente todo -se excusó éste-, ya que lo que me diste no podía ser más básico. Y yo no soy compositor, sino tan sólo un simple profesor de piano. Pero bueno, conozco bastante bien la música de Mozart y no me resultó demasiado difícil aplicarle sus principales pautas. Y el resultado fue éste. ¡Pero hombre, di algo, no te quedes callado como un pasmarote!

-Yo...

-Dime, ¿cómo has sido capaz de hacerlo? Te juro que me tienes completamente intrigado. Careces de la menor formación musical, pero de buenas a primeras has conseguido imitar la música de Mozart. Chico, lo tuyo es de concurso.

Luis P. procedió entonces a contarle el resto de la historia que hasta entonces mantuviera oculto, haciendo especial hincapié en el carácter nocturno y recurrente de su peculiar inspiración.

-No, si ahora va a resultar que tienes poderes de médium -se burló de él- y que te codeas con los espíritus de los grandes maestros.

-No te lo tomes a guasa. Te juro que yo soy el primer sorprendido. Por cierto... -se interrumpió.

-¿Qué?

-Pues que acabo de caer en la cuenta de que ya no oigo esa dichosa música.

-¿Cómo dices? ¿Desde cuándo es eso?

-No lo sé con exactitud -respondió atribulado-. Desde hace unos días, quizá desde que te pasé la grabación. Pero no estoy seguro de ello.

-No importa. El caso es que este tema me tiene intrigado. Suena a Mozart, pero no es Mozart; no al menos nada que yo conozca. Aunque podría tratarse de algo compuesto por un autor menor contemporáneo suyo. Lo siento, pero entre la hipótesis del trance astral y la de un recuerdo olvidado que aflora en tu memoria, me sigo quedando con la segunda. ¿Sabes qué vamos a hacer? Conozco a una persona que es experta en la música de esa época. Le voy a pasar una partitura, a ver qué le parece. Por cierto, quédate con esto -

concluyó, ofreciéndole una hoja que había sacado de la cartera-. Es una copia de tu partitura; supuse que te gustaría tenerla.

Transcurrió cerca de un mes antes de que Luis P. volviera a tener noticias de su *música*. Una tarde su amigo le llamó por teléfono, manifestándole su deseo de hablar con él. Se le notaba excitado y, sobre todo, impaciente.

-¿Qué ocurre? -le preguntó.

-Prefiero decírtelo personalmente -fue su escueta respuesta-. Lo que sí te anticipo, es que tu música podría ser algo bastante más importante de lo que sospechábamos.

Media hora más tarde, un perplejo Luis P. era recibido en casa de su amigo, ya que éste se había negado en redondo a citarse con él en cualquier otro lugar.

-Realmente, cada vez me tienes más sorprendido -le explicó éste-. Cuando mostré la partitura al musicólogo del que te hablé, éste no dudó un momento en identificarla como característica de Mozart; aunque me confirmó que no tenía nada que ver con ninguna de sus obras conocidas. Y te aseguro que si él lo dice, es que es así.

-No lo entiendo.

-Yo tampoco. Pero no es esto lo más sorprendente. ¿Sabías que Mozart no llegó a terminar su *Réquiem*, que tuvo que ser terminado por su discípulo Süsmayer?

-Algo había oído.

-Bien, pues agárrate. Hace muy poco tiempo, apenas unos meses, fueron encontrados en Viena unos documentos pertenecientes al bueno de Wolfgang Amadeus. Allí había un poco de todo, desde facturas hasta cartas personales; en realidad, nada que mereciera mucho la pena. Pero también había algunas partituras, reutilizadas para escribir por el dorso, que parecen corresponder a fragmentos del *Réquiem* que no llegaron a ser incorporados a la versión definitiva. Lo más probable es que se tratara de esbozos desechados, que se salvaron de la destrucción sabe Dios por qué; y de lo que no cabe la menor duda, es que estos documentos han permanecido en paradero desconocido desde la muerte de Mozart hasta ahora. Doscientos años largos, nada menos.

-¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

-Mucho. Cuando le enseñé tu partitura, frunció el ceño desde el mismo momento en que comenzó a leer las primeras notas. ¡Tenías que haber visto su cara! No habría leído más allá de unos cuantos compases, cuando abrió una caja fuerte; sí, has oído bien, una caja fuerte, y sacó de ella una segunda partitura, que comparó con la primera.

-Lo siento, pero sigo sin ver la relación.

-Déjame terminar. Tal como tuve ocasión de comprobar personalmente minutos más tarde, su sorpresa estaba más que justificada; ¡ambas composiciones eran prácticamente iguales! La tuya y la de la obra inédita de Mozart que antes te comentaba, concretamente el fragmento final del *Lacrymosa*.

-No...

-Sí. Mi amigo había recibido confidencialmente una copia de las partituras para estudiarlas, y él era el único, junto con el propio descubridor, que sabía de su existencia. Imagínate la cara que puso. Lo primero que pensó fue que se trataba de una filtración, lo cual le hizo montar en cólera. Según me dijo, tanto su corresponsal austríaco como él deseaban evitar por encima de todo que se montaran numeritos como el de la famosa *Décima Sinfonía* de Beethoven. De hecho, ambos habían decidido guardar un silencio absoluto, sin comunicar el descubrimiento a nadie más hasta que hubieran concluido el análisis de las partituras.

-Pero lo mío no tenía nada que ver con eso.

-Me habría gustado que hubieras sido tú el encargado de convencerle de ello; como cabe imaginar, tuve que sudar tinta para conseguirlo. Y es que tu historia, perdona que te lo diga, es difícil de tragar, máxime existiendo precedentes de fraudes tan escandalosos como el de las presuntas memorias de Hitler.

-Me hago cargo. Pero, ¿se convenció?

-Bueno, digamos que cuando se le medio pasó el berrinche, accedió a comparar más minuciosamente ambas partituras. La suya, según me explicó, era un fragmento inédito del *Réquiem* en versión para piano, el cual coincidía con el tuyo tan sólo en la secuencia de las notas; lo cual era lógico, puesto que el resto fue añadido por mí. Era evidente que no podía tratarse ni de un fraude ni de una burla, y así acabó aceptándolo a regañadientes, pero ponte ahora a buscar una explicación racional. Así pues, acabó atribuyéndolo a una sorprendente casualidad, aunque resultaba evidente que en realidad lo único que pretendía era desentenderse del problema.

-Es que no existe ninguna explicación racional, tú bien lo sabes -confesó Luis P. apesadumbrado-. Y sin embargo, se mueve -concluyó, parafraseando a Galileo.

-Siempre nos queda la interpretación esotérica -masculló su amigo, sin que se pudiera saber si hablaba o no en serio-. El espíritu de Mozart entró en contacto contigo para transmitirme un fragmento perdido de su música.

-Déjate de guasas. Yo jamás he creído en esas cosas. Además, también es casualidad que esa presunta inspiración coincidiera con el descubrimiento del manuscrito; si verdaderamente éste hubiera querido transmitir a la humanidad su legado, se mire como se

mire no pudo elegir peor momento. Le hubiera bastando con esperar un poco para comprobar que tan complicada iniciativa resultaba ya innecesaria.

-Puede que ocurriera justo al contrario; imagínate que Mozart quisiera asegurarse de que te lo tomabas en serio y no te desentendías; en este caso, nada mejor que aprovechar esta aparente coincidencia para demostrarte que el mensaje era cierto. ¿Lo hubieras creído de no ocurrir de esta manera?

-No me lo quiero creer de ninguna. Pero te confieso que estoy hecho un lío. En cualquier caso de poco habría de servir, ya que no he vuelto a soñar con ninguna música, ni de Mozart, ni de ningún otro.

-Todo es cuestión de tener paciencia -respondió el músico, ignorando el carácter profético de sus palabras.

Ocurrió de nuevo apenas unos días después, exactamente igual que en el caso anterior; sólo que ahora la música era otra. Y desde luego, fuera el que fuese el origen de las notas que resonaban en su cerebro, resultaba evidente el interés en que Luis P. fuera capaz de transcribirlas.

Así lo hizo, esta vez con cierta facilidad en comparación con la primera. Y su amigo, que estaba al corriente del fenómeno, corrió a escuchar la nueva grabación.

-¡Hum! Mozart no es, desde luego. Yo diría que esto me suena más bien a Schubert.

-¿Podemos comprobarlo?

-Supongo que sí, pero si se tratara de algo inédito como la vez anterior, iba a ser ya demasiada coincidencia que volviera a aparecer la partitura original. Déjame unos días para investigarlo.

Los días pedidos por el músico se convirtieron en varias semanas durante las cuales, para no perder la costumbre, Luis P. estuvo libre de *inspiraciones* sinfónicas. Y también para no perder la costumbre, su amigo se dirigió a él, unas vez concluidas sus pesquisas, presa de una gran excitación.

-Efectivamente era música de Schubert, en concreto de la *Sinfonía Incompleta*; pero no veas el trabajo que me ha costado descubrirlo. Si no llega a ser por internet...

-Pero la *Incompleta* es una obra muy conocida -protestó Luis P. con la perplejidad reflejada en su rostro.

-E incompleta -remachó su interlocutor-. Por los motivos que fueran, y aquí parece ser que los estudiosos no se ponen de acuerdo, Schubert nunca la concluyó.

-No me digas que acaba de aparecer otro manuscrito inédito.

-No, es mucho más sencillo. Se conservan fragmentos de obras de Schubert, son esbozos de obras sin terminar o desechados por el propio autor, como ocurre con prácticamente todos los compositores. Estos fragmentos son conocidos desde hace mucho tiempo, han sido investigados por los musicólogos y están a disposición de todo el que tenga interés en ellos; pero nunca se han grabado. Ten en cuenta que se trata de retazos inconexos en su mayor parte, y además Schubert no tiene el tirón popular de Beethoven o Mozart.

-Recuerda el caso de su novena sinfonía, la *Grande*.

-Por supuesto; pero se trata de una sinfonía completa descubierta años después de su muerte, no de unos fragmentos sueltos y dispersos. Pero vayamos al grano. El tercer movimiento de la *Incompleta* debería haber sido, según los cánones de la época, un *scherzo*, y de él se conocen algunos compases. Bien, pues ese *scherzo* es al parecer el que has compuesto tú. Vamos, por hablar con más precisión, sus primeros minutos. Y luego, y he aquí lo más sorprendente, lo has continuado como lo hubiera hecho el propio Schubert.

A estas alturas Luis P. ya no se sorprendía prácticamente por nada. Primero Mozart, luego Schubert. ¿Qué le estaba pasando?

-Aceptemos la hipótesis esotérica -concedió con desgana-. Aceptemos también que los espíritus de los compositores me hayan elegido a mí entre todos los miles de millones de humanos vivos, y también es casualidad, para transmitirme las obras que no pudieron dar a conocer con anterioridad a su muerte, digamos que porque soy especialmente receptivo a sus mensajes, en lugar de hacerlo con un músico profesional, como hubiera parecido más lógico. Pero lo que no entiendo, es que lo hayan hecho con fragmentos de obras tuyas que resultaban conocidos, aunque sólo lo fueran para los eruditos.

-Dale la vuelta a tu argumento. También puedes considerar que ellos quisieran estar seguros de que recibías sus mensajes y los interpretabas correctamente; vamos, por decirlo de otra forma, te estarían proporcionando pruebas para que te convencieras de ello. Una vez zanjado esto, podrían pasar a una segunda etapa en la que te inspirarían la música inédita que no llegaron a componer en vida.

-Bueno -Luis se encogió significativamente de hombros-. Imaginemos que fuera así, y que yo acabara componiendo, pongo por caso, una sinfonía completa de Beethoven o una ópera inédita de Wagner; ¿a quién iba a poder convencer de ello? Como mucho conseguiría la fama de ser un excelente imitador del estilo de los grandes genios de la música, si no el sambenito de falsario, pero jamás lograría que reconocieran la autoría real de las obras. ¿Acaso pretenden que acabe, incluso, en un manicomio?

-A lo mejor no buscan eso; no creo que la vanidad resulte ser un vicio muy extendido por *allá arriba* -sonrió su amigo con sorna-. Puede que su deseo no sea otro que el de dar a conocer a la humanidad una serie de composiciones deseables por su belleza aunque la autoría real de las mismas no llegue a ser conocida nunca.

-¿Estás de broma? Mucho me temo que la música tonal no está precisamente de moda dentro de los círculos de los compositores contemporáneos, por lo que pretender estrenar una *Sinfonía a lo Beethoven* estaría condenado al más absoluto de los fracasos. Además, ¿cómo iba a poder hacerlo? Ni tan siquiera soy capaz de leer la partitura más sencilla.

-Pues yo que tú iría aprendiendo -zanjó el profesor de piano-. ¿Cuándo empezamos?

* * *

Para alivio suyo, la cosa no resultó tan difícil como temía; claro está que ahora no tenía que compartir clase con chavales que podrían haber sido sus hijos, ni se veía obligado a soportar a un profesor frustrado que no se hartaba de decir que él quería como alumnos únicamente a futuros músicos profesionales, y no a unos aficionadillos que se dejaban caer por allí sólo porque se aburrían en casa, cuestiones éstas que habían influido decisivamente en su prematuro abandono, años atrás, de los estudios de solfeo.

Por fortuna, ahora era algo muy distinto. Él era el único alumno, tenía una fuerte motivación para aprender, y su amigo y profesor estaba tan interesado o más que lo pudiera estar él. No por ello el solfeo le resultaba menos árido, pero al menos consiguió aprender en unos meses al menos los rudimentos necesarios para poder transcribir al pentagrama una melodía no demasiado complicada; lo cual no era poco.

Paradójicamente, durante todo ese tiempo su *inspiración* musical brilló literalmente por su ausencia. Luis P. se preguntaba, azorado, si el esfuerzo que estaba realizando no resultaría ser, a la postre, inútil.

-Ni mucho menos -le respondía el músico-. Puestos a especular, ¿por qué no pensar que los espíritus, una vez que te han convencido de sus intenciones, hayan preferido dejarte tranquilo hasta que termine tu formación? Y en cualquier caso -añadía zumbón-, siempre habrías ganado algo, una formación académica de la que hasta ahora carecías.

Por insólito que pudiera parecer, una vez más estaba aparentemente en lo cierto. Apenas habían concluido las lecciones, cuando una nueva melodía comenzó a rondar por los sueños de Luis P. Y esta vez la conocía, sin necesidad de recurrir a ayuda alguna.

-Es el primer movimiento de la séptima sinfonía de Tchaikovsky -explicó a su amigo-. O el del tercer concierto para piano, como prefieras; una elección ciertamente curiosa. Pero... -vaciló- no se puede decir que sea una obra incompleta, ya que Tchaikovsky la

concluyó y posteriormente la dismanteló, aunque años después fue reconstruida por Bogatyrev; no veo que le falte nada.

-No estés tan seguro. Es cierto que Tchaikovsky utilizó varios de los fragmentos de la sinfonía para otras composiciones suyas; el primer movimiento se convirtió en el incompleto tercer concierto para piano, y los dos últimos en otra obra para piano y orquesta, que concluyó su discípulo Taneiev, titulado *Andante y Finale*. Pero todavía nos queda el segundo movimiento, el *scherzo*.

-Bogatyrev lo encontró.

-Este compositor utilizó una reducción para piano que él identificó como el *scherzo*, pero necesitó añadir bastante de su cosecha. No obstante, algunos musicólogos afirman que este fragmento se perdió, por lo que la reconstrucción de Bogatyrev sería errónea en lo que se refiere a la versión original de la sinfonía completa. En cualquier caso, y orquestación aparte, no tenemos forma de saber cómo era la sinfonía tal como la compuso Tchaikovsky. Así pues, no resulta disparatado suponer que ahora te la esté comunicando a ti. Además este ejemplo no puede ser mejor elegido, ya que se conoce con precisión el primer movimiento pero no el segundo, existiendo dudas sobre el tercero y el cuarto. ¡No te pierdas ni una nota!

Y no se la perdió. Su *interlocutor* sobrenatural, fuera éste quien fuera, quería asegurarse de que el mensaje le llegaba íntegro; así pues, durante un tiempo estuvo recibiendo las machaconas notas del *allegro brillante* que constituía el primer movimiento de la zarandeada sinfonía. Luis P. se aplicó a desarrollar sus nuevas aptitudes, logrando unos aceptables resultados en la transcripción de la melodía.

-No está mal, no está mal -le felicitó su amigo y maestro una vez que le dio a conocer la partitura terminada-. Y si la comparamos con la versión original, bueno, con la de Bogatyrev, comprobamos que no te has saltado ni una nota. Es una lástima que no podamos contar también con la orquestación.

-Yo sí oigo la música completamente orquestada -explicó Luis P.-. Y te aseguro que es mucho más brillante que la versión reconstruida. Por desgracia, eso sí que no podemos remediarlo.

-¡Qué se le va a hacer! -respondió el músico-. Bastante tenemos con esto. Ahora te tienes que centrar en el *scherzo*.

Para sorpresa de ambos no fue ésta la pieza que, con total puntualidad, llegó a la mente de Luis P., sino el *vivace assai*.

-Está clara la estrategia de tu comunicante -apuntó su amigo sin atreverse a identificar al anónimo espíritu con el alma de Tchaikovsky-. Tras el primer movimiento, que

conocemos perfectamente bajo la forma del concierto para piano además de la versión de Bogatyrev, ha saltado a los dos últimos, que fueron completados por Taneiev; finalmente supongo que nos dará la versión original del *scherzo*, el más problemático de los cuatro.

Así fue. Apenas un par de meses después la transcripción de la partitura, tal como la concibió su autor, estaba ya terminada en una versión sin orquestar.

-Bien, esto ya está zanjado -comentó Luis P. a su amigo, tras constatar que sus sueños volvían a ser silenciosos-. ¿Y ahora, qué? ¿Me presento en la Sociedad de Autores con la sinfonía bajo el brazo?

-No, eso no; podrían considerarte desde un loco hasta un descarado plagiador. Pero sí podríamos darla a conocer como una segunda reconstrucción más fiel que la de Bogatyrev. Claro está que deberíamos justificarlo de alguna manera, y ni tú ni yo somos estudiosos de la obra de Tchaikovsky.

-Pues tú dirás. De poco nos sirve enterrarla en un cajón.

-O mucho me equivoco, o los espíritus decidirán una vez más por nosotros.

Y así ocurrió de nuevo.

* * *

Sin embargo, en esta ocasión el curso de los acontecimientos tomó un rumbo inesperado: No hubo ninguna nueva melodía, sino una llamada de teléfono por parte de un desconocido.

-¿Don Luis P.?

-Sí, soy yo, ¿Con quién hablo?

-Usted no me conoce, ni yo a usted tampoco. Pero me gustaría que tuviéramos una entrevista.

-¿?

-Le voy a decir una cosa. *Réquiem* de Mozart, sinfonía *Incompleta* de Schubert, séptima sinfonía de Tchaikovsky. Todas ellas completadas por usted.

-¿Cómo sabe usted eso? -preguntó al borde del asombro.

-Es fácil -respondió su todavía anónimo interlocutor-. Al igual que usted, lo he soñado. ¿Le importaría que concretáramos una cita?

La cita tuvo lugar, tan sólo media hora después, en un tranquilo velador cercano al domicilio de Luis P. Fernando R., nombre con el que se presentó su visitante, era una persona de mediana edad y aspecto anodino que se dispuso a tranquilizar de inmediato a su desconfiado invitado.

-Le aseguro que no es ninguna broma -afirmó el hombrecillo entre sorbo y sorbo de horchata-. Yo he pasado por la misma experiencia que usted, aunque en mi caso el mensaje fue distinto; y no somos unos casos únicos. Precisamente mi misión es la de contactar con los receptores e integrarlos en nuestra organización.

-¿Receptores? ¿Organización?

-He utilizado esa palabra porque *médium* está cargada de connotaciones negativas. En cuanto a su segunda pregunta... sí, los espíritus de *allá arriba* desean que coordinemos todos nuestros esfuerzos.

-Bien -dijo Luis P. apurando su copa de cerveza-. Una vez que me he visto obligado a aceptar que los fantasmas de los compositores me persiguen para susurrarme al oído sus melodías incompletas, supongo que ya no resultará disparatado creer que ahora pretenden que me una a sus otros ¿cómo dijo? ¿Colectores?

-Receptores -le corrigió su interlocutor-. Y efectivamente, así es. Por esta razón, una vez asumida por usted la verosimilitud de los contactos, me hicieron saber de su existencia solicitándome que me pusiera en contacto con usted. Y aquí estoy -sonrió con timidez.

-Pero usted está asumiendo que yo voy a aceptar.

-Estoy prácticamente seguro de que lo hará; hasta ahora nadie ha rehusado, porque *ellos* saben elegir bien. De todos modos, huelga decir que usted está en su perfecto derecho de rechazar mi petición.

-Ya decidiré más adelante -masculló incómodo-. De momento, me gustaría saber algo más del berenjenal en el que me han metido. ¿Por qué a mí? ¿Cuántos somos? ¿Qué pretenden de nosotros?

-Son muchas preguntas; vayamos por partes. ¿Por qué usted? Bien, supongo que todos nosotros debemos ser especialmente receptivos en comparación con el resto de la humanidad. No se me ocurre otra explicación, aunque en realidad nadie lo sabe.

-Segunda pregunta.

-Sí. Ahora mismo seremos varias docenas de personas repartidas por todo el mundo. Pero nuestra organización es muy vieja, y muchos de sus antiguos miembros han fallecido ya. Aunque parece ser que, por razones que desconocemos, nuestro número siempre se

mantiene aproximadamente constante. Por cierto, he de explicarle que entre todos nosotros abarcamos la totalidad de las ramas del saber y de la cultura; no sólo hay receptores de música, sino también de literatura, de pintura, de las distintas disciplinas científicas, de filosofía... además de los coordinadores, como yo mismo.

-Queda todavía una pregunta.

-En realidad quedan muchas, pero voy a responder primero a la suya. ¿Qué pretenden de nosotros? Pues algo tan sencillo como transmitirnos todo aquello que fueron incapaces de comunicar en vida a la humanidad, por las razones que fuesen. Somos los receptores de su legado.

-Eso está muy bien, pero ¿qué ganamos con ello? Yo no puedo ir diciendo por ahí que Mozart o Tchaikovsky me han inspirado sus obras póstumas, y lo mismo ocurrirá, supongo, con cualquier otro de los... ¿receptores? Así pues, no le encuentro ninguna ventaja si todo este legado de ultratumba está condenado a permanecer incógnito.

-He de confesarle que esto es algo sobre lo que hemos discutido largo y tendido. Pero el hecho cierto es que el legado está ahí, y es a nosotros a quienes corresponde custodiarlo. Evidentemente no parece encontrársele una utilidad inmediata, pero ¿quién sabe? Estamos seguros de que *allá arriba* sí deben de tener una buena razón para transmitirnos sus mensajes.

-Lo que no entiendo -arguyó Luis P., todavía con desconfianza- es la razón por la cual, al igual que nos inspiran una sinfonía, una novela o un cuadro, no puedan comunicarnos asimismo sus intenciones.

-Yo tampoco -confesó su interlocutor-. De hecho, ninguno de nosotros lo sabe. Pero esto no es obstáculo para que sigamos cumpliendo con nuestra labor. ¿Me acompaña? Desearía enseñarle nuestro refugio.

* * *

El *sancta sanctorum* de los receptores era la anónima trastienda de una vetusta librería situada en pleno casco antiguo de la ciudad. Allí, entre las estanterías repletas de libros, se encontraban los arcones que custodiaban los preciados documentos atesorados durante siglos.

-Podríamos haber recurrido a una caja fuerte e, incluso, a la cámara acorazada de un banco; pero como dijo Borges, ¿qué refugio puede haber más seguro para esconder un libro, que aquél lugar que ya esté repleto de ellos? -ironizó Fernando R.-. Le puedo asegurar que nunca se le ocurriría a nadie venir a buscarlos aquí.

-El problema es que no sólo existe el peligro de un robo -objetó perplejo Luis P.-. Imagínese, por ejemplo, que haya un incendio y que se destruye todo.

-Tranquilícese; por fortuna no existe ese riesgo -terció el propietario de la librería, que hasta entonces había permanecido en silencio-. Todos estos documentos están registrados digitalmente, y existe un número suficiente de copias custodiadas en lugares seguros. Resultaría imposible que se pudieran perder todas ellas.

-Creo que sería conveniente puntualizar a nuestro amigo un par de cuestiones - carraspeó Fernando R.-. Primero, que el recurso de la informática, como cabe suponer, es relativamente reciente; hasta entonces se conservaban varias copias en papel, e incluso en pergamino. Ahora son ya innecesarias, por lo que si las mantenemos es sólo por nostalgia, no por necesidad.

-¿Y la segunda?

-Bueno, como es fácil de imaginar, aquí no está ni mucho menos todo nuestro tesoro - respondió a su vez el librero-. Por supuesto también tenemos pinturas y esculturas, y resulta evidente que éstas no cabrían en este lugar, amén de que tampoco sería el más seguro para custodiarlas. Se encuentran en un pequeño museo que mantenemos oculto, pero todas ellas están convenientemente fotografiadas y digitalizadas, y por lo tanto a buen recaudo. Al fin y al cabo lo que importa no es el soporte material, sino el mensaje artístico; lo demás no es sino un trozo de piedra tallada o un pegote de pintura sobre un lienzo.

-Si usted lo dice... concedió divertido Luis P., pensando en más de un *exquisito*- aunque mucho me temo que los coleccionistas de arte no estarían muy de acuerdo con sus afirmaciones.

-Ése es su problema, no el nuestro -zanjó el anfitrión-. ¡Ah, se me olvidaba! Algunos de nuestros compañeros están recibiendo información sobre el diseño de edificios históricos desaparecidos de los cuales apenas queda el menor recuerdo gráfico: el Mausoleo de Halicarnaso, la Biblioteca de Alejandría, el Coloso de Rodas, multitud de edificios de la Roma imperial, monasterios y catedrales medievales... ¿Se imagina la que se liaría si tuviéramos también que reconstruirlos?

-Si me disculpan -interrumpió Fernando R. con impaciencia-, de todo ello podríamos discutir más tarde. Ahora lo que nos interesa es ver cómo integramos los esfuerzos de nuestro nuevo amigo en la tarea común de la organización. ¿No lo creen ustedes?

Luis P. estuvo a punto de objetar que en ningún momento había manifestado de forma explícita su consentimiento, pero finalmente optó por callar aceptándolo tácitamente. En realidad, le fascinaba la idea.

-De acuerdo, pero les propongo que lo hagamos con mayor comodidad -respondió el librero-. Voy a cerrar, y pasaremos a mi casa, que está justo arriba. ¿Les gusta el brandy Cardenal Mendoza, o prefieren alguna otra bebida?

* * *

Algún tiempo después Luis P. se encontraba perfectamente integrado en su nuevo ambiente, y bien se podía decir que estaba encantado de ello. La organización era mucho más amplia y profunda de lo que hubiera podido imaginar, y cada uno de sus miembros tenía perfectamente delimitada su misión. Unos, como él mismo, actuaban como receptores, pero no era menos importante la tarea de aquéllos que se dedicaban a recoger la información recibida, desde músicos y escritores hasta científicos e informáticos que se dedicaban a reconstruir en realidad virtual las maravillas artísticas del pasado.

Pese al tiempo transcurrido desde que comenzara a colaborar con ellos, Luis P. no dejaba de extrañarse de que tan compleja tarea pudiera pasar desapercibida por completo, tanto a los diferentes gobiernos del planeta, como a todos aquellos, desde científicos e intelectuales poco escrupulosos, hasta a las propias organizaciones criminales, capaces todos ellos de obtener beneficios del esfuerzo ajeno; pero al parecer los mismos espíritus -a falta de un calificativo mejor él había optado por denominarlos así- que le comunicaban los conocimientos perdidos, velaban asimismo por evitar que éstos pudieran caer en manos equivocadas. A no ser, claro está, que fuera cierta la teoría que afirmaba que, cuanto más evidente es una cosa, más desapercibida pasa. Además, ¿quién se iba a creer, fuera de las incautas víctimas de videntes, adivinadores y embaucadores de diferentes raleas, que las almas de los científicos, de los artistas y de los intelectuales muertos hacía siglos pudieran ponerse realmente en contacto con los vivos?

Sin embargo, no era esto lo único que le intrigaba. La comunicación existente entre ambos mundos, de cuya existencia no dudaba, era un hecho cierto, pero jamás ninguno de sus compañeros, ni por supuesto él mismo, había sido capaz de arrancar a los espíritus la menor información sobre cómo era el Más Allá. Tan sólo sabían que existía, lo cual ya era en sí mismo suficientemente importante. Pero para conocer los detalles deberían esperar, como cualquier otro mortal, a que les llegara su hora, lo cual bien mirado les ahorra una infinidad de problemas y dudas filosóficas y hasta teológicas. Existía, y eso les bastaba.

Mientras tanto, el patrimonio atesorado por su comunidad era cada vez más ingente, siendo labor suya entregárselo a la humanidad de forma selectiva cuando ésta estuviera preparada para recibirlo, tarea que llevaban desarrollando desde hacía siglos. Siempre, claro está, ocultando celosamente su origen.

La responsabilidad de Luis P., al igual que la de sus compañeros, era similar casi a la de un sacerdocio, e infinitamente más delicada; pero él era consciente de su importancia y

la asumió con todas sus consecuencias, a sabiendas, eso sí, de que finalmente obtendría su merecido premio.

PRECARIEDAD LABORAL

José G. nunca se había preocupado por los asuntos religiosos ni por lo que pudiera encontrarse en el Más Allá... si es que en tan nebuloso lugar existía realmente algo. No era creyente ni practicante, pero tampoco agnóstico o ateo. En realidad se le podría calificar como indiferente, no por una decisión intelectual premeditada sino porque, diciéndolo con sinceridad, su intelecto no daba para más. Con lo divertidos que eran el fútbol o los programas de entretenimiento de la televisión, ¿para qué complicarse la vida?

Pero la vida se le complicó muy a pesar suyo, nunca mejor dicho, el día que la parca decidió que le había llegado su hora. Y para su sorpresa, resultó que sí había un Más Allá al que ascendía su alma, recién liberada del yerto cuerpo, por una extraña escalera luminosa que se remontaba hasta el Cielo.

-¡Vaya, pues va a ser verdad lo que decían los curas! -se dijo mientras contemplaba arrobado el inmaterial paisaje que le rodeaba-. Y según parece voy camino del Cielo, puesto que el infierno siempre me han dicho que estaba abajo...

Sus conceptos teológicos no podían ser más simples, pero lo cierto es que acertó en lo del Cielo, por más que no fuera cierto lo del infierno. Una vez llegado a su destino, se encontró en algo que identificó como una sala de recepción, tan inmaterial como el resto de lo que le rodeaba, en la cual le abordó un personaje etéreo que se encontraba sentado tras algo con remota apariencia de mesa.

-Éste debe de ser san Pedro, que viene a recibirme -pensó.

Pero había algo que no cuadraba. De sus lejanos años escolares, y más concretamente de las olvidadas clases de religión, le había quedado grabada la imagen de un anciano de aspecto venerable y bondadoso con la que solían representar a los apóstoles los ilustradores religiosos, y aquel... individuo, si bien no se podía negar su ancianidad, poco tenía de venerable y bondadoso. Al contrario, su aspecto no podía ser más huraño y desaliñado, con una sucia melena y una larga y descuidada barba enmarcando un rostro de aspecto feroz. Y a diferencia de las suaves túnicas con las que acostumbraban a vestir -eso pensaba- los santos, su raído y sucio atavío se asemejaba más bien a un sudario.

Por si fuera poco, descubrió la presencia a su lado de un enorme perro de tres cabezas que, nada más verle, abrió todas sus bocas para ladrarle por triplicado; por fortuna estaba atado a una argolla que, pese a no apreciársele sujeción alguna, contenía los embates de la fiera, cuyas intenciones agresivas resultaban más que evidentes.

-Nombre y procedencia -le espetó el guardián al tiempo que le señalaba y/o amenazaba con un largo y esquelético dedo-. ¡Y tú! -gritó al demoníaco can-. O te callas, o te dejo encerrado en la perrera durante un siglo.

Calmada la sinfonía de ladridos, aunque no tanto la de sordos gruñidos, el espectro insistió en su requerimiento.

-¡Venga, rápido, nombre y procedencia! No dispongo de toda la eternidad para atenderte, ¿sabes cuántos llegáis aquí en un solo día terrestre? Y a todos os tengo que atender yo solito.

Tembloroso, José G. obedeció la orden añadiendo de su cosecha:

-Me alegra verle san Pedro.

-¿San Pedro? -exclamó su interlocutor al tiempo que soltaba una risotada que sonó lúgubre en su boca desdentada-. Ése vive muy bien sin tener que preocuparse de nada mientras un pringado ocupa su lugar. No, no soy san Pedro, sino Caronte.

Y viendo su gesto de extrañeza -la mitología nunca había sido el fuerte del finado- añadió malhumorado:

-Hace ya mucho que estos señoritos decidieron dejar de trabajar, así que subcontrataron el servicio de admisión y clasificación de almas a una empresa que recurrió a los antiguos personajes de las religiones desaparecidas, los cuales, como cabe suponer, llevábamos siglos o milenios en el paro. Y puesto que yo era el que me entendía con los muertos de la Grecia clásica, me asignaron la portería; pese a la responsabilidad de mi cargo gano una miseria de sueldo y estoy completamente explotado, pero si se me ocurriera protestar me pondrían de patas en la calle, ya que son muchos los que se ofrecerían encantados para cubrir mi puesto. ¡Y ni siquiera me dejan cobrar el tradicional óbolo a modo de propina!

-Pues sí que lo siento... -balbuceó José G.

-Puerta cinco -respondió desabrido el ex barquero, aparentemente arrepentido de su espontáneo desahogo, tras consultar algo parecido a una tableta electrónica-. Allí te conducirán a tu destino; esto es muy grande y no lo encontrarías sin ayuda.

-¿Me va a atender un ángel? -preguntó ingenuamente.

-¿Un ángel? Tú deliras. Los despidieron a todos porque decían que les salían muy caros. Los receptores-clasificadores son contratados como yo, y te aseguro que nada tienen de angélicos -rió de nuevo-. Al contrario, al lado de la mayoría de ellos me encontrarías

hasta guapo y simpático. ¡Pero venga, no te quedes ahí pasmado, tengo que atender a otras 47.695 almas recién llegadas antes de que acabe mi turno!

Desconcertado José G. salió por donde se le indicaba, encontrándose en un amplio pasillo con puertas numeradas a ambos lados. Buscó la número cinco -por suerte no le había tocado un número alto- y llamó educadamente; o mejor dicho, intentó hacerlo dado que su puño intangible se empeñaba en atravesar la asimismo intangible madera o de lo que estuviera hecha la puerta, por lo que se quedó inmóvil frente al umbral sin saber qué hacer.

-¡Deja de hacer el tonto y entra atravesando la puerta! -bramó una voz de chirriante tono procedente del otro lado-. ¡Mira que le tengo dicho a ese viejo imbécil que os lo advierta, se cree que él es el único que está agobiado de trabajo!

Así lo hizo el interpelado, encontrándose en una pequeña habitación cuyo único mobiliario consistía en una *mesa* similar a la de Caronte y la *silla* en la que se sentaba su ocupante.

Y no, no era en absoluto un ángel de delicado rostro, blonda cabellera, túnica resplandeciente y dos bellas alas emplumadas, sino un ser deforme de repulsivo rostro -todavía más puesto que pese a su extremada fealdad mostraba rasgos femeninos- y, lo más espantoso de todo, con su larga cabellera formada por una maraña de irritadas serpientes. Unas gafas de cristales oscuros cubriéndole los ojos ponían una nota estrambótica en el engendro.

-Nombre y procedencia -repitió la fórmula ya conocida.

El interpelado, que como ya ha quedado dicho no era ducho en mitología, pese a haber sido advertido por Caronte le espetó:

-No eres un ángel...

-¿Qué pensabas que podría ser con esta melena reptilesca? -rezongó desabrida la ocupante del cubículo-. ¿Acaso no has oído hablar de Medusa?

-Sí, son esos bichos que aparecen en las playas y pican a los bañistas...

-¡Serás patán! -bufó la gorgona-. Fui en su día uno de los seres más temidos por los mortales. Imagínate que sólo con mirar a cualquiera lo petrificaba, tanto es así que me he tenido que poner estas gafas opacas ya que hasta a las propias almas soy capaz, si no de petrificar como inmateriales que son, sí de gelificar... bueno no es exactamente así, pero te aseguro que no te resultaría nada agradable que me las quitara delante de ti. ¡Y todo esto

por una mierda de sueldo, cuando hasta vendiendo lotería ganaría probablemente más! Pero bueno, tú no tienes la culpa y tampoco me puedo entretener mucho contigo.

Cogió otra *tableta electrónica* y, tras rasgar con las garras la pantalla -José G. supuso que ésta estaría reforzada-, le dijo:

-El ordenador te ha asignado el sector 37A5#XX9. Puesto que no tienes ni idea de como ir, te llevará allí un mensajero. ¿Tienes algún tipo de fobia los dragones? Porque andamos muy escasos de personal y no dispongo de nadie de aspecto más presentable. Una vez allí ya te dirán lo que tienes que hacer. Y si quieres un consejo, olvídate de todas esas imágenes idealizadas sobre el Cielo que os metieron en la cabeza allá abajo.

Cuando volvió al corredor, vio que un aparentemente fiero dragón le aguardaba.

-Si esto es así -pensó-, ¿cómo será en el infierno?

LA ÚLTIMA OPOSICIÓN

A Caralampio Martínez nunca le habían preocupado lo más mínimo las cuestiones religiosas. Más que ateo o agnóstico, en realidad acostumbraba a mostrar una indiferencia olímpica hacia cualquier tema de difícil o imposible comprensión racional, arguyendo pragmáticamente que no merecía la pena preocuparse por algo que quedaba fuera de su alcance. Lo que tuviera que ser sería, sentenciaba con aplomo.

Aunque, como cabe suponer, finalmente también a él le llegó el momento. En el fondo el consideraba como más probable que tras el tránsito de la muerte no existiera nada, salvo un vacío absoluto similar al anterior a su nacimiento. Pero para su sorpresa descubrió que se había equivocado y, si bien lo que vislumbró en su nuevo estado no se parecía demasiado a las anticuadas elucubraciones sobre el Más Allá que se perpetuaron durante milenios pese a toda lógica, era una prueba tangible de que, pese a su radical escepticismo, en realidad sí existía *algo*.

Ahora se percibía como un ente inmaterial, pero no por ello carente de consciencia, que se elevaba ingravidamente por un invisible camino acompañado por otros entes similares a los que, pese a todo, se resistía a identificar como almas. Quizá sí lo fueran o quizá no, reflexionó con una lucidez de la que jamás había disfrutado en su extinta vida mortal, cuando su mente se había visto aprisionada en las estrecheces de su ya yerto cerebro.

Contempló a sus compañeros de viaje con un sentido que no era la vista pero que no obstante le permitía ver, descubriendo que sus formas, por definir las de alguna manera, no tenían nada que ver con los cuerpos mortales de los que procedían ni, mucho menos, con cualquiera de las representaciones de las almas plasmadas en las obras de arte de índole religiosa. Y se contempló también a sí mismo, descubriendo sin sorpresa que su *cuerpo* era, tal como cabía esperar, similar a todas ellas.

Descubrió asimismo que en ese espacio que no era espacio flotaban ingravidos, rodeando la columna ascendente de la que él formaba parte, otros seres asimismo inmateriales pero de formas distintas a las suyas, los cuales parecían controlar que todo marchara bien. ¿Ángeles? Era posible, aunque tampoco se parecían en absoluto a los que estaba acostumbrado a contemplar en cuadros o dibujos. De hecho éstos resultaban indescriptibles en términos humanos pero no por ello aparentaban ser menos reales.

Superada la primera sorpresa, Caralampio se planteó la inevitable pregunta. ¿Hacia dónde se dirigía? En principio, condicionado por su sustrato religioso, tan sólo se le planteaban tres posibles opciones. La sensación de paz y sosiego que le rodeaba parecía descartar la más preocupante de ellas, y en cuanto a las dos restantes... bien, él creía que en

su vida mortal no había hecho nada suficientemente malo como para verse privado de la recompensa eterna, aunque la alternativa de una penitencia temporal tampoco resultaba descartable. En cualquier caso, pronto saldría de dudas una vez llegado a su destino.

Y llegó con relativa brevedad conforme, eso sí, a la extraña escala temporal en la que se encontraba inmerso. Como pudo comprobar la escala -por denominarla de alguna manera- ascendente de la que él formaba parte se desvanecía al llegar *arriba*. Y finalmente fue él quien también llegó *arriba*, produciéndose el esperado cambio de escenario.

De repente, sin solución alguna de continuidad, se encontró flotando en mitad de la nada, ese extraño éter que le rodeaba rezumando una suave luminosidad de tono débilmente lechoso. Estaba solo, puesto que habían desaparecido tanto el resto de las *almas* como los *ángeles* que hasta entonces les hubieran estado pastoreando.

Pero la soledad duró poco.

-Bienvenido, Caralampio -resonó el saludo directamente en su mente, o lo que quisiera que fuera su actual fuente de pensamientos.

-¿Quién eres? ¿Dónde estoy? -preguntó también mentalmente, ante la imposibilidad de hacerlo con una boca inexistente.

-No tienes nada que temer, estás entre amigos -fue la tranquilizadora respuesta-. Te encuentras en el Centro de Recepción y Calificación de Almas número ***** -el ordinal le resultó ininteligible-, como supongo habrás deducido. Bueno, su nombre real no es exactamente éste, pero lo he transcrito a términos que pudieran serte más familiares. Es normal que los recién llegados os encontréis desorientados, máxime si la realidad con la que os habéis encontrado no coincide con vuestras creencias adquiridas, como suele ser lo más habitual. Mi labor es recibirlos y explicarlos como van a ser vuestros primeros pasos aquí.

-¿Eres un... ángel?

-¡Oh, no! -el tono de voz sonaba hastiado-. Esto es lo que nos preguntáis prácticamente todos. La verdad es que no resulta fácil explicaros nuestras funciones dada la contaminación de miles de años de especulaciones teológicas sin base real que arrastráis, por lo que te recomiendo que olvides todo cuanto pudiera condicionar tu comprensión. Para facilitar las cosas, hasta que conozcas mejor todo esto puedes asumir que pertenezco al segundo orden jerárquico dentro de los entes auxiliares; el primero eran los seres que viste regulando el flujo de llegada de todos vosotros, a los que soléis identificar con los ángeles pese a que no lo son. Yo gozo de mayor categoría que ellos, razón por la que algunos piensan que soy un arcángel; pero prefiero no imbuirlos un concepto equivocado.

-Está bien, entonces ¿cómo quieres que te llame? Porque supongo que tendrás un nombre...

-Lo tengo, pero resultaría imposible transcribirlo a tu lenguaje que, aunque ahora es ya completamente mental, todavía está condicionado por las limitaciones funcionales de tu extinto cerebro mortal. Con el tiempo asimilarás todas las capacidades de tu nueva mente, pero para ello será preciso un aprendizaje. En cualquier caso poco importa, puesto que mi misión terminará en cuanto te transmita las instrucciones previas y con toda probabilidad no volverás a cruzarte conmigo. Pero si te resulta más cómodo identificarme de alguna manera, puedes llamarme Mentor.

-¿Puedo hacerte una pregunta? -insistió el neófito.

-Hazla, pero te ruego que seas breve; no puedo dedicarte demasiado tiempo ya que no somos muchos los mentores y cada uno de nosotros tiene que atender a un número muy considerable de recién llegados. Ahora mismo estoy hablando simultáneamente con cien mil almas de las más dispares procedencias, y tengo a varios millones más esperando. Por más que hemos reclamado un incremento de la plantilla, no hemos conseguido que nos hicieran el menor caso... pero esto es algo que no te atañe -zanjó el ser.

-¿Estoy...? -titubeó Caralampio-. ¿Estoy en el cielo?

-Ya te he dicho que los conceptos religiosos, o seudo religiosos, con los que llegáis aquí suelen ser equivocados, cuando no directamente falsos. La imaginación de los jefes de las diferentes creencias religiosas ha sido siempre tan viva como desnortada, por lo que nos cuesta mucho trabajo libraros de vuestros errores. No, esto no es lo que en vuestra religión conocéis como el cielo.

-Entonces, ¿estoy en la antesala del...? -y él, que tanto se había mofado en su vida mortal de las ingenuas creencias en el Más Allá, ahora se encontró incapaz de pronunciar la temida palabra.

-Tampoco es el infierno; ni el purgatorio o el limbo, dicho sea de paso. Sí existen dos ámbitos a donde son enviadas las almas según corresponda, a los que podríamos considerar como el destino de quienes han superado las pruebas y el de los que no; puedes identificarlos si quieres como el cielo y el infierno que te enseñaron en tu infancia, aunque en realidad nada tienen que ver con éstos salvo en que el primero es un lugar de, digamos, premio para quienes se lo han ganado, y el segundo uno de no premio antes que de castigo al estilo de como los imaginaron Dante y tantos otros. En cualquier caso, sí es cierto que existe una diferencia notable entre ambos.

-Si no estamos ni en el cielo, ni en el purgatorio ni en el infierno, ¿qué pinto yo aquí? -porfió Caralampio con tozudez.

-Ya te lo he dicho -insistió Mentor con un leve tono irritado en su voz-. Éste es uno de los Centros de Recepción y Calificación de Almas, y su misión es evaluar a las recién llegadas como paso previo para enviarlas a donde corresponda.

-O sea, que es aquí donde vais a decidir si merezco ir arriba o abajo... -rezongó el recién finado-. Yo pensaba que cuando moríamos ya contaríamos con nuestro expediente completo, por lo que la remisión a uno u otro sitio ocurriría de modo automático. Si me lo permites, te diré que este sistema me parece un poco chapuza.

-¡Vaya, ésta sí es una opinión original! -Mentor emitió el equivalente a una risa incorpórea-. Te lo agradezco, estoy harto de tener que escuchar siempre los mismos tópicos. Si me guardas el secreto, te diré que no te falta razón. De hecho, es así como se venía haciendo tradicionalmente. Pero las cosas cambiaron, y entre que tomasteis al pie de la letra lo de *creced y multiplicaos* hasta acabar no cabiendo en el planeta, y que los burócratas se las apañaron para irnos complicando las cosas cada vez más, hace ya varios de vuestros siglos los de arriba decidieron en mala hora modificar el sistema de selección. Recurriendo términos que te puedan resultar familiares, podríamos decir que se pasó de un simple concurso de méritos a una oposición o, por decirlo con mayor precisión, a un concurso oposición.

-¿Una oposición? ¿Aquí?

-Sí, hijo, aquí -Caralampio juraría que su interlocutor suspiró-. Y no sólo para vosotros sino también para nosotros, lo que prácticamente congeló nuestras opciones de ascenso en el escalafón condenándome a un miserable nivel dos. Te lo explicaré. Por supuesto todo lo bueno y todo lo malo que hayas podido hacer a lo largo de tu vida mortal está registrado en tu expediente y será tenido en cuenta, pero lo que verdaderamente decidirá si vas arriba o abajo es el examen al que serás sometido, que no sólo es eliminatorio sino que ni siquiera te valdrá por sí solo, incluyendo la puntuación de la fase de concurso, para que puedas traspasar las puertas de lo que tú identificas como el *cielo*.

-No me lo puedo creer... -musitó atónito el recién llegado.

-Pues créetelo, porque de la puntuación final que obtengas dependerá tu futuro para toda la eternidad.

-¿Pero cómo puede ser eso?

-Pues por algo tan sencillo como lo que te he comentado antes del *creced y multiplicaos*. El recinto del *cielo*, llamémosle así para simplificar, aunque ilimitado no es infinito, y cuando la humanidad comenzó a crecer de forma exponencial acabó creando unos problemas de falta de espacio cada vez más acuciantes. Ten en cuenta que quien entre permanecerá allí por toda la eternidad, así que el sitio se acabó llenando ya que, como cabe suponer, no existen ni jubilaciones, ni fallecimientos, ni bajas de ningún tipo. Pese a que a

lo largo de los siglos se fueron haciendo varias ampliaciones, éstas siempre acabaron siendo insuficientes ya que el ritmo de nuevos ingresos era muy superior al de espacio disponible. Y en esas estamos; si a esto le sumas que los fondos para mantenimiento y mejoras cada vez llegan más recortados, puedes suponer cuales acaban siendo las consecuencias.

-¿Entonces? -Caralampio se encontraba perplejo, ya que era lo último que podía haberse imaginado.

-La *solución* que se les ocurrió a los burócratas, en vez de reclamar mayores presupuestos, fue la de implantar un *numerus clausus*; ¿y qué mejor manera de hacerlo que con unas oposiciones, donde se puede establecer una cantidad de plazas convenientemente reducida, con independencia de cual pudiera ser el número de candidatos? En consecuencia, para poder acceder al cielo, por muy virtuoso que pudieras haber sido en tu vida mortal, ahora tienes que aprobar la oposición y además ser uno de los privilegiados que consiguen plaza. Así de sencillo.

-¿Qué ocurre con los demás?

-Los que suspenden la oposición, con independencia de cual pudiera ser su calificación en la fase de concurso, van directamente *abajo*. Nuestros *colegas*, por cierto, tienen los mismos problemas de espacio que nosotros ya que también allí la *residencia* es eterna, pero como nunca se preocuparon por la comodidad de sus *huéspedes* éste no les afecta tanto; se limitan a amontonarlos. Además, tampoco les harían el menor caso en el supuesto de que reclamaran una ampliación de espacio. Así pues, los de *arriba* se encontraron *resuelto* buena parte del problema sin necesidad de complicarse la vida... porque quienes cargamos con el marrón de seleccionaros fuimos nosotros.

-¿Qué ocurre con los que aprueban pero no consiguen plaza?

-Éstos van al limbo, al purgatorio o como quieras llamarlo, aunque no se trata de un lugar de castigo donde haya que purgar por los pecados cometidos ni tampoco de un *aparcamiento* de quienes, por una u otra razón, no podían entrar en el cielo pese a no estar condenados al infierno; ambos fueron tan sólo unas elucubraciones teológicas sin la menor base que no han existido jamás. Lo que se hizo fue habilitar un lugar donde los aprobados sin plaza aguardarían a que les llegara el turno; esto en teoría, porque con las restricciones de los últimos años el filtro se ha hecho tan estrecho que sólo unos pocos, entre los ya existentes y los recién llegados, consiguen una plaza definitiva, mientras la bolsa de candidatos sigue aumentando cada vez más. Y como a éstos tampoco se les puede mandar al infierno, la superpoblación que se evitó en el cielo se ha ido acumulando allí. Como puedes ver nos enfrentamos a un futuro nada halagüeño, sobre todo teniendo en cuenta que los de *muy arriba* siguen negándose a dar el cerrojazo final, lo cual si bien no resolvería el

problema, al menos evitaría que el número de almas en pena fuera incrementándose cada vez más.

-Entonces, ¿tengo que pasar por el examen? -preguntó tímidamente Caralampio.

-Por supuesto, de este trámite no se libra nadie -y aparentemente arrepentido de su momentánea flaqueza, el Mentor zanjó-. Y ahora, si me disculpas, no puedo entretenerme más contigo. Ahí te dejo el temario del examen; tómate todo el tiempo que necesites para responderlo, aquí no tenemos prisa. Cuando hayas terminado, adviértelo mentalmente y entonces se te comunicará tu calificación definitiva. Que tengas suerte, hijo mío.

Y desapareció. Instantes después, aparecía frente a él el siguiente texto:

**PRUEBAS DE ACCESO A LA SECCIÓN DE BIENAVENTURADOS
TEMAS SELECCIONADOS POR SORTEO
USTED DEBERÁ ELEGIR TRES DE ELLOS Y DESARROLLARLOS
DE LA MANERA QUE ESTIME MÁS CONVENIENTE**

- 1.- Patrística cristiana (siglos I-VIII).
- 2.- Evangelios Canónicos y Apócrifos. Motivos por las que fueron descartados los segundos. Su influencia en las tradiciones piadosas.
- 3.- Heterodoxias y herejías. Influencia en la evolución del canon católico.
- 4.- Los milagros frente a la ciencia.
- 5.- Análisis epistemológico del diálogo ciencia-religión.
- 6.- Apología comparada.
- 7.- Angelología. Legislación y organigramas.
- 8.- Los ángeles caídos. Causas y consecuencias de su rebelión.
- 9.- El Juicio Final. Mito y realidad.
- 10.- Dogmas de fe. Análisis e interpretación.

-Me temo que voy a tener que quedarme aquí durante bastante tiempo -se lamentó un desolado Caralampio al tiempo que se ponía a la tarea.

CRÓNICAS DEL MÁS ALLÁ

Tras las preceptivas vacaciones que, como siempre, me parecieron cortas, me encaminé de nuevo a lo que coloquialmente denominamos la Agencia de colocación, aunque su rimbombante nombre oficial -los políticos de aquí arriba no son muy diferentes de los de allá abajo- es el de Centro de Clasificación y Asignación de Receptores, todo con mayúsculas.

Pero me temo que no me estoy explicando. Aunque allá abajo, y a lo largo de los siglos, ustedes elaboraron multitud de teorías, por lo general en forma de religiones, sobre la existencia del Más Allá y su naturaleza, lo cierto es que no acertaron ni una salvo en un detalle: sí existe un Más Allá tal como puedo demostrar fehacientemente, pero para su suerte o su desgracia no se parece en nada a lo que llegaron a imaginar.

La verdad es que nuestro mundo resulta mucho más prosaico de lo que pudieran haber sospechado; imagínense que hasta tenemos una burocracia que poco tiene que envidiar a la suya, con eso les digo todo.

Y por eso me encontraba de nuevo allí una vez terminada mi última misión. Ah, disculpen, se me había vuelto a olvidar; antes de nada tendré que explicarles como funcionamos y la manera en la que nos interrelacionamos con ustedes.

Supongo que, aunque no sean religiosos, estarán familiarizados con el concepto de alma, y si no es así siempre les resultará sencillo consultarlo en internet. Así pues, iré al grano. Nosotros somos lo más parecido a las almas concebidas por las religiones, aunque nada tenemos que ver ni con las cristianas que nacen con el cuerpo y lo abandonan tras su muerte para subir al cielo -o bajar a los infiernos, según el caso- ni con las de las religiones orientales sometidas a un eterno ciclo de reencarnaciones.

No, no hay nada de eso, ni mucho menos de las pintorescas concepciones de las religiones antiguas o las primitivas. En realidad, a lo más aproximado que se nos podría comparar es a unos entes simbióticos que, al igual que ocurre en la naturaleza, nos asociamos íntimamente a nuestros anfitriones -ustedes- alcanzando un beneficio mutuo, aunque en nuestro caso el vínculo no es orgánico sino puramente inmaterial, dado que estamos constituidos por energía pura careciendo de cuerpo material. Vamos, unos espíritus si lo prefieren así.

Tampoco somos ángeles de la guarda ni nada parecido sino simbioses mentales, y gracias a nosotros ustedes los humanos poseen racionalidad. ¿Se han parado a pensar por qué el Homo sapiens es la única especie que ha conseguido dar el salto intelectual que les diferencia del resto? No me refiero a la inteligencia; los animales también la poseen, al menos los más evolucionados. Pero si bien un ratón es más inteligente que una lagartija,

ésta lo es a su vez más que un insecto y un chimpancé lo es más que el ratón, existe un abismo infranqueable entre los humanos y los chimpancés mucho mayor que el de entre éstos y cualquier otro mamífero o ave, algo difícil de interpretar mediante criterios estrictamente evolucionistas.

¿Cómo puede ser que dos especies que comparten el 99% de su patrimonio genético y son tan similares fisiológicamente sean por el contrario tan diferentes mentalmente? La respuesta a este enigma no estriba en las ínfimas diferencias de sus respectivos genes, tal como intentan justificar los científicos, sino en nosotros, que estamos presentes dentro de sus mentes pero no en las de sus parientes cercanos, a los cuales se asemejarían intelectualmente de no ser por nuestra contribución. Aunque, claro está, la sospecha siquiera de nuestra existencia se escapa por completo a la ciencia, todavía aferrada a la materialidad.

Pero basta ya de exordio. ¿Por qué actuamos de esta manera cuando la materia nos resulta algo engorroso, si no grosero? Seres de energía pura como somos, aunque no de una energía cuantificable por la física, y con todo el universo a nuestra disposición, ¿qué necesidad teníamos de embarcarnos en esta aventura?

La verdad es que la mayoría no lo sabemos, y sólo los dirigentes serán conscientes, al menos supongo, de ello. Pero yo soy un ciudadano de a pie, y desde que tengo consciencia siempre he asumido esta labor como una tarea a realizar sin cuestionarla ni intentar analizarla. Entramos en simbiosis con los humanos porque es lo que está establecido, eso es todo. Por supuesto corren rumores de diversa índole entre nosotros, pero nadie puede garantizar su verosimilitud ni, justo lo contrario, demostrar su falsedad. Así pues, nos los tomamos como simples cotilleos profesionales al tiempo que cumplimos con nuestra misión sin rechistar.

Nuestro *modus operandi* es sencillo. Cada vez que se engendra un nuevo ser o, mejor dicho, cada vez que su cerebro comienza a funcionar como tal, nos integramos en él actuando, permítanme el símil informático, como si fuéramos un virus troyano infiltrado en un ordenador. Troyano, pero benéfico, ya que gracias a nosotros el neonato será una persona inteligente en lugar de contar con la mente de un simio, por supuesto sin tener jamás la menor conciencia de ello ya que, por razones que ignoro, nos está terminantemente prohibido hacerle partícipe de su doble naturaleza, y los pocos de nosotros que se atrevieron a infringir esta norma fueron sentenciados a la desaparición, algo que para unos seres inmortales supone el peor y más irrevocable de los castigos.

Una vez instalados en el cerebro de nuestro anfitrión nuestra misión no es otra que proveerle del raciocinio necesario para arrancarle de la animalidad, tutelándolo durante toda su vida hasta que llega el momento de su muerte. ¿Altruismo? Quizá sí, pero nos cobramos nuestro precio. Mientras éste vive no le causamos el menor trastorno limitándonos a implementar sus funciones mentales, pero cuando muere abandonamos su

cerebro llevándonos con nosotros la información acumulada en éste, todos sus recuerdos y sensaciones del registro completo de su vida. Éste es nuestro botín, que se perdería de no estar nosotros para recogerlo, el cual entregamos a los servicios de archivo a nuestra vuelta a casa, para que sean puestos a buen recaudo.

¿Cuál es el móvil para este comportamiento? Tampoco lo sabemos, pero cabe suponer que una raza tan antigua como la nuestra, aburrída ya de la eternidad, encuentre interés, o al menos entretenimiento, en esta recopilación de las experiencias de tantos miles de millones de humanos a lo largo de su existencia como especie. Me refiero, claro está, a los círculos superiores, porque a nosotros, los ejecutores de a pie, lo único que hacen es limpiarnos la memoria donde guardamos estos datos, una vez han sido copiados éstos, de modo que quedamos listos para empezar de nuevo sin que teóricamente conservemos recuerdo alguno de nuestros anteriores anfitriones.

Teóricamente, puesto que en la práctica siempre quedan algunos vestigios que con un entrenamiento adecuado es posible rescatar, aunque claro está esto nos lo callamos; y aunque nuestros jefes lo sospechen, fingen ignorarlo siempre que seamos discretos, con lo cual todos contentos... o no. Pero no nos anticipemos.

Como cabe suponer, el proceso simbiótico no siempre resulta satisfactorio. En ocasiones los cerebros de los nuevos seres se forman con deficiencias demasiado graves como para que el enlace sea viable, por lo que en estos casos los dejamos abandonados a su suerte condenados a ser, si consiguen sobrevivir, unos idiotas de por vida. Asimismo algunas enfermedades mentales nos obligan también a desvincularnos de ellos, en especial aquéllas como el alzheimer u otras demencias en las que el tejido cerebral queda tan devastado que ni siquiera podemos seguir alojándonos allí, aunque si somos hábiles conseguimos salvar la mayor parte de la personalidad del enfermo antes de que ésta se desintegre.

Y a veces, por último, tenemos la mala suerte de tropezar con psicópatas, criminales, o mentes perversas de cualquier tipo, lo cual resulta de todo menos agradable. Pero de acuerdo con las normas debemos aguantar allí intentando dentro de lo posible reconducir el comportamiento de nuestro anfitrión, algo que en ocasiones conseguimos y en ocasiones no, como basta con estudiar la historia para comprobarlo. Porque, por encima de todo, nuestra labor es de tutela pero no de control, lo que nos obliga a cargar con el marrón de un Hitler o un Stalin, pongo por caso, sin poder evitar sus tropelías hasta que la muerte le llegue. Esto es algo que nunca entenderé, pero donde hay patrón no manda marinero...

Claro está que también podemos tener la suerte de encontrarnos con un personaje excelso de esos que tanto han hecho por el progreso o el bien de la humanidad: científicos, médicos, escritores, artistas, músicos, benefactores... aunque en ocasiones su contribución a la sociedad, por muy importante que ésta haya sido, no se corresponda con una talla humana equivalente, que de éstos hay muchos casos. Pero del mal, el menos.

Aunque, en la práctica, lo más probable es que te encuentres con alguien anodino, uno de tantos que conforman la inmensa mediocridad que abarca a buena parte de la población humana. No son malos, aunque tampoco excesivamente buenos; no aportan nada significativo en toda su vida, pero tampoco hacen demasiado daño. Simplemente se limitan a vegetar intelectualmente, con independencia de que no lleguen nunca a ser conscientes de ello. Así pues, compartir toda una vida con ellos es de lo más aburrido. La verdad es que desconozco por completo qué interés puedan tener para nadie sus vivencias, e incluso circulan rumores de que se limitan a borrarlas discretamente; pero también hay quienes afirman que aunque sólo sea por su valor estadístico también se pueden obtener resultados interesantes. Ellos sabrán.

Lo más frustrante, con diferencia, es cuando tenemos la suerte de encontrar a un espécimen de los buenos y éste se nos muere antes de tiempo sin haber podido llegar a dar de sí todo lo que su potencial prometía, tal como ocurrió con genios fallecidos prematuramente como Mozart, Schubert, Mendelssohn, Usandizaga, Rafael, Vermeer, Caravaggio, Van Gogh, Poe, Keats, las hermanas Brontë, Larra, Bécquer, Pascal, Galois, Abel, Hertz, Pierre Curie, Ramanujan, Turing... o, ya en otro campo más cuestionable, Alejandro Magno. Pero éstos son tan sólo algunos ejemplos, puesto que casos de este tipo han sido legión a lo largo de la historia.

Qué quieren que les diga, a esta gente se les acaba cogiendo cariño, y aunque la breve duración de la vida humana, incluso en los casos más longevos, hace que para nosotros la simbiosis con nuestro anfitrión resulte siempre corta, sabe mal tener que separarte antes de tiempo de alguien que te caía bien, sobre todo teniendo en cuenta que lo más probable es que el próximo que te corresponda sea sensiblemente peor. Pero en esto consiste nuestro trabajo, así que tan sólo nos queda pechar con lo que nos caiga nos guste o no.

Como cabe suponer, el cerebro de un recién nacido es no sólo un libro en blanco, sino que en él que ni siquiera han crecido todavía la mayoría de sus páginas. Cabría pensar, pues, que la personalidad que se forje en éste es una incógnita en el momento en el que nos convertimos en simbiote suyo, sin que ni siquiera aquéllos que nos asignan a nuestros anfitriones puedan predecir cual vaya a ser su evolución. Ésta es la explicación oficial que se nos da para justificar la ausencia de posibles favoritismos, pero lo cierto es que sólo se la creen los recién llegados.

Porque, si fuera así, lo lógico sería que nos fueran asignando sistemáticamente según se fueran produciendo las nuevas concepciones, máxime teniendo en cuenta que a causa del explosivo crecimiento demográfico de las últimas generaciones cada vez somos más los que estamos instalados de forma simultánea en el interior de nuestros respectivos humanos, por lo que los excedentes disponibles para casos de emergencia son cada vez más menguados. Dicho con otras palabras no damos literalmente abasto, y sólo gracias a las

presiones sindicales hemos conseguido que nos respetaran un breve descanso entre misión y misión.

Y no ocurre así. Aunque los registros del Centro son material reservado y en teoría nosotros no tenemos acceso a ellos, era inevitable que se produjeran filtraciones que circulan clandestinamente. Cotejándolas, se descubre que, lejos de corresponder al criterio oficial de “*al primero que esté libre le corresponde el primer receptáculo disponible*” -así denominan los burócratas a nuestros simbioses-, aparecen unas llamativas distorsiones que hacen sospechar la existencia de unos criterios de selección muy peculiares y ajenos por completo a lo que nos quieren hacer creer.

Vamos, que hay enchufados que se saltan el turno -o al contrario, dejan pasar a otros por delante cuando los destinos inmediatos son poco apetecibles- según el alojamiento de que se trate, mientras otros parecen estar castigados ya que son tratados justo al contrario; y no deja de resultar significativo que los primeros acaben cayendo casi siempre, salvo accidentes imprevisibles, en buenos destinos mientras los réprobos dan siempre con sus huesos -si se me permite el símil, pues obviamente carecemos de esqueleto- en los desechos de tintera. Lo cual, se mire como se mire, resulta demasiada casualidad.

Por si fuera poco esto tiene consecuencias importantes en nuestro trabajo puesto que, dependiendo del currículum, tardamos más o menos tiempo en pasar de agentes de campo -es decir, *pringaos*- a ocupar un cómodo puesto administrativo, algo a lo que como cabe suponer todos aspiramos. Y, como seguramente ya habrán deducido ustedes, yo soy uno de los *pringaos* pese a ser de los más antiguos -conocí personalmente a Homero, aunque no tuve la suerte de ocuparlo- de la plantilla. Y ya está bien.

No crean que mi historial profesional es mediocre; todo lo contrario, y les aseguro que no es presunción por mi parte. Eso sí, me ha tocado lidiar con un buen puñado de *bichos* -así denominamos a los anfitriones repelentes- incluyendo a Calígula, a Francis Drake y al rey español Fernando VII entre los más renombrados, aunque logré enderezar a algunos más no tan conocidos pero no por ello insignificantes. Pero lo peor de todo es que, pese a mi experiencia, jamás me cayó en suerte una perita en dulce, no hablo ya de personajes célebres sino de gente del montón, lo cual desafía todas las leyes de la estadística.

Huelga decir que reclamé, pero no sólo no me sirvió de nada -tan sólo recibí la respuesta oficial de que era imposible hacer una selección previa de los huéspedes en un momento en el que ni tan siquiera habían nacido- sino que, casualidad o no -juzguen por ustedes mismos-, los siguientes destinos fueron cada vez peores. Y mi caso no es ni mucho menos único, mientras me consta que otros desarrollan unas carreras meteóricas con buenos destinos y una rápida promoción a los puestos administrativos y de gestión, si no incluso todavía más arriba.

Así pues estoy harto, pero por desgracia aquí no tenemos la posibilidad de pedir la baja en la empresa y buscar un puesto de trabajo en otro sitio. Y negarme a aceptar una misión supondría ser destinado a la sección de Mantenimiento, donde viven todavía peor -es lo más parecido que existe aquí a su concepto del infierno- y sin posibilidad alguna de salir de allí.

Podría haberme unido al movimiento clandestino que propugna la lucha armada contra estas injusticias, pero aun coincidiendo con ellos en los fines discrepo completamente con sus medios; ni soy un revolucionario ni me agradan sus planteamientos radicales. Además, por lo poco que sé no dejan de ser unos iluminados que hablan mucho pero a la hora de la verdad hacen bien poco, lo que no evitará que tarde o temprano acaben detenidos y destinados todos ellos a Mantenimiento, si no a algún sitio todavía peor.

Siendo realista tengo claro que tan sólo puedo contar con mis propias fuerzas, por lo que he preferido pergeñar mi propio plan; que no es otro que el que les estoy contando. Durante mis últimos períodos de vacaciones he ido redactando este relato, que ya tengo prácticamente terminado y convenientemente guardado en lo más profundo de mi memoria a salvo de *limpiezas* inoportunas. Pero me cuidaré mucho de hacerlo público, ya que esto conllevaría mi perdición; mi venganza, pues, tendrá que ser más sutil.

Así, una vez que mi nuevo anfitrión haya crecido lo suficiente procuraré fomentar su afición por la escritura y, cuando haya desarrollado esta habilidad, haré todo lo posible por convertirlo en un escritor de ciencia ficción. Logrado esto, no me resultará difícil colarle este relato entre los suyos propios haciéndole creer, claro está, que es fruto exclusivo de su imaginación. De esta manera, una vez publicado podrá ser leído por muchos de ustedes, que sabrán así que es lo que ocurre realmente tras la muerte.

Claro está que mi plan no es perfecto, pero es lo mejor que puedo hacer. Cabe dentro de lo posible que el anfitrión no sea apto para la escritura o que no le guste el género fantástico, ante lo cual no me quedará otra opción que esperar a las siguientes encarnaciones. Puede ser que el anfitrión acabe siendo un escritor fracasado -sé por experiencia propia que la cultura, el arte y la intelectualidad en general no suelen tener demasiado predicamento en las sociedades humanas- y que mi relato no lo lea nadie, salvo los cuatro despistados que se lo encuentren involuntariamente en internet. O puede ser, por último, que aun teniendo éxito, sea interpretado como un simple fruto de su imaginación y no como el relato verídico que es.

Pero no puedo hacer más de esto, aunque a la postre todo acabe reducido a un mero recurso al pataleo. No obstante, cabe la posibilidad, aunque pequeña, de que sirva de fermento para hacer cambiar de actitud a quienes me tienen sometido, junto a muchos otros compañeros, a un trato absolutamente injusto. No busco la revolución, pero sí un acicate que pueda abrir paso a un cambio a mejor, al menos en lo que a mí respecta.

Probablemente objetarán ustedes que, si mis planes tienen éxito, a mis cancerberos les resultará fácil descubrir mi estratagema y obrar en consecuencia, lo que supondría un empeoramiento para mí; pero no lo creo. Primero, porque no podrían probar que yo había inspirado a mi anfitrión; aunque tienen medios para detectar intromisiones no permitidas en las mentes en las que nos alojamos, he comprobado que su control no abarca a la creación literaria, ya que no la consideran relevante -en esto también se parecen mucho a los gobernantes humanos- de cara a su posible influencia en la personalidad y la creatividad de nuestro simbiote. Además, yo siempre podría alegar que se había tratado de una ósmosis mental involuntaria en la que mi malestar por mi situación laboral, conocido de sobra por ellos, habría influido accidentalmente en mi compañero.

Y segundo, porque dado que mi influencia en el conjunto de la humanidad sería limitada -lo más que podría lograr es el surgimiento de una religión nueva, algo que allá arriba no les preocupa lo más mínimo- pero sí habría demostrado la existencia de un agujero en su férrea estructura, esto podría hacer que se tuviera en cuenta mi valía intelectual de cara a mejores destinos e incluso a futuros ascensos; al fin y al cabo siempre les convendrá más tenerme de su lado que en contra.

Aunque, me temo, lo más probable es que no pase nada y que mi pequeño juego acabe en agua de borrajas, estrellado contra el muro de la inercia burocrática. Pero al menos, he de intentarlo.

Y ahora les dejo, porque acaba de salir mi número en el panel holográfico y tengo que dirigirme a la sección correspondiente para que me sea asignado el nuevo anfitrión. Deséenme suerte.

EL FUTURO ESTÁ AQUÍ

El arcángel Chafardael era desde hacía milenios el director del Servicio Celestial de Colocaciones, gracias a su amistad con el todopoderoso Miguel. Su trabajo era cómodo, puesto que la tramitación de los expedientes la realizaban sus subordinados de diferentes categorías limitándose él a todo lo relacionado con la representación del cargo.

Así pues, primero le desagradó que su secretario le comunicara la necesidad de recibir personalmente a un demandante, sin duda alguien importante al haber podido sortear todos los filtros, y posteriormente se quedó perplejo al conocer su identidad.

-Que pase... -ordenó a su secretario al tiempo que ordenaba precipitadamente su escritorio, inmaterial pero tangible, y se atusaba las plumas de las alas.

El visitante pasó, o mejor dicho se materializó ante él. Chafardael, que no le conocía personalmente aunque había oído hablar, y mucho, de él, le invitó a tomar asiento en la cómoda nube anatómica que había desplegado a toda prisa frente al escritorio, rezando porque funcionara correctamente después de tantos siglos sin ser usada.

Asimismo se fijó en su apariencia. Era la de una persona de edad avanzada y aspecto un tanto tosco que revelaba un origen modesto allá en su vida mortal; aunque esto resultaba irrelevante tratándose de un inmortal que podía adoptar el aspecto que deseara, decía bastante de su personalidad. Llevaba cuidadosamente recortados los cabellos y la espesa barba y se cubría con una sencilla túnica pasada de moda hacía siglos. Lo más llamativo de su atavío, y únicos objetos a los que se podía considerar ornamentales, eran las dos llaves de oro que pendían del cingulo de color blanco y dorado que le ceñía la generosa cintura.

En efecto, se trataba de san Pedro. Y no se le veía nada feliz a juzgar por los apagados tonos de su nimbo.

Chafardael se apresuró a obsequiarle con su mejor sonrisa, a la que respondió el apóstol con un bondadoso amago de bendición. Tras los saludos preliminares exigidos por el meticuloso protocolo celestial, fue al grano sintiéndose incómodamente envarado.

-Dígame, Santo Padre, ¿qué le trae a usted por aquí?

-¡Ay, hijo, esto ya no es lo que era! Ni siquiera a mí me han respetado, y eso que no era mucho lo que pedía; tan sólo que me dejaran seguir en mi puesto tal como lo he venido haciendo, creo que sin queja alguna, durante casi dos mil años.

-¿Pues qué le ha ocurrido? -inquirió el arcángel.

Por todos era sabido que el cargo de portero celestial era puramente honorífico, pero se trataba de uno de los más importantes, si no del más importante título nobiliario -o su equivalente allí- de la Eternidad. En la práctica eran funcionarios de rango inferior los que se encargaban de tramitar la recepción de las almas recién llegadas enviándolas, tras su clasificación definitiva, a los diferentes ámbitos celestiales; pero a diferencia de otros colegas suyos el apóstol pescador siempre se había empeñado en estar al pie del cañón, aunque sólo recibiera personalmente a los pontífices difuntos y a algunas otras personas importantes fallecidas en olor de santidad.

-Pues ya ves, hijo -suspiró quejumbroso-, me han echado con cajas detempladas; vamos, que me han sugerido, muy educadamente eso sí, que ya no había necesidad de que volviera a pisar por la portería, o el Servicio de Recepción de Nuevos Ingresos tal como a algún hortera se le ocurrió rebautizarla. Pero bueno, el nombre es lo de menos.

-¿Cómo puede ser eso? -fingió ignorar el ladino arcángel, que estaba enterado a grandes rasgos del tema aunque desconocía que se hubiera llegado a tales extremos.

-A alguien con suficiente capacidad de decisión, pero carente de un mínimo intelecto, se le ocurrió que los métodos que llevábamos utilizando durante casi dos milenios para recibir y clasificar a los recién llegados se habían quedado obsoletos, esgrimiendo como excusa que el incremento del número de solicitantes, y es verdad que últimamente ¡loado sea Dios! eran más los que llegaban, estaba causando retrasos cada vez más prolongados, con el consiguiente perjuicio para las pobres almas que en muchos casos ya habían tenido que pasar por largas esperas en el purgatorio, y bla, bla, bla...

-¿Eso era cierto?

-Según como se mire -suspiró el Primer Pontífice-. Sí es verdad que los trámites de admisión y clasificación llevaban su tiempo, al fin al cabo a nadie le gustaría cometer un error y permitir la entrada a un pecador; pero teniendo en cuenta que tienen ante sí la eternidad, tampoco me parece que fuera tan grave. Además, mientras se encontraban en la terminal de llegada eran tratados con total consideración, apenas había diferencias con lo que sería su estado definitivo salvo en que no estaban asignados todavía a ningún sector. Eso sin contar -remachó- con que les servía de aclimatación a su nuevo estado, lo cual era de considerar dado que algunos nos llegaban auténticamente traumatizados a causa de los avatares de su vida mortal.

-Entonces, ¿cuál era el problema?

-Ninguno, hijo mío, ninguno, salvo el afán de notoriedad de algunos prepotentes sin escrúpulos. Pululan por ahí toda una patulea de funcionarios jóvenes, apenas contarán los mayores con cinco siglos de edad, y ya pretenden poner todo patas arriba empeñados en

jugar a ejecutivos agresivos... para mí que tendrían que haberse quedado todos en el purgatorio hasta que se congelara el infierno ¡huy, perdón!, pero donde hay patrón...

-¿Y son esos advenedizos los que le han expulsado a Su Santidad? -se sorprendió sinceramente el arcángel.

-Por desgracia no lo hicieron de una forma tan burda, de haber sido así no se habrían salido con la suya. No, fueron mucho más sibilinos y consiguieron convencer a los cargos clave de la necesidad de modernizar el servicio automatizándolo por completo.

-¿Cómo dice? -Chafardael no estaba al tanto de esos detalles.

-Bueno, su propuesta consistió en reemplazar al personal encargado de la tramitación por un sistema informático capaz de seleccionar y clasificar automáticamente a todos los recién llegados... sistema desarrollado y conocido tan sólo por ellos.

-Y se salieron con la suya -aventuró el arcángel rascándose disimuladamente el nimbo con el borde del ala.

Así fue, dejando mano sobre mano a todos mis empleados; menos mal que aquí no circula el dinero, porque si no les habríamos visto a todos ellos en la cola del paro. Pero en cualquier caso la gente tiene derecho a trabajar en lo que le gusta, y mis subordinados eran todos vocacionales. A saber a dónde los mandarán ahora a los pobres. En cuanto a mí... pues más de lo mismo. Imagínate que han tenido la desfachatez de tildarme, a mis espaldas por supuesto, de viejo inútil que sólo sirve para alabar a Dios. ¡Qué sabrán ellos?

-¿Funciona el nuevo sistema? -preguntó el director del SCS removiéndose incómodo en su nube-silla.

-Por desgracia sí, al menos por ahora; hay que reconocer que de informática saben un rato. ¡Imagínate yo, que era un simple pescador cuando todavía faltaban diecinueve siglos para que empezara la primera Revolución Industrial!

Hizo una pausa un punto teatral y continuó:

-El procedimiento no puede ser más sencillo; las almas recién llegadas se colocan delante de un sensor y éste hace una lectura biométrica de su aura. En tan sólo unos segundos, ya ves, como si aquí tuviéramos prisa, se ejecuta su clasificación y son teleportados directamente a su lugar de destino. Todo así, tan aséptico como frío, sin el menor contacto personal y sin nadie que te consuele en un proceso que para muchos resulta ser, si no traumático, cuanto menos difícil de asimilar. Igualito que las entrevistas personales y el período de aclimatación que tenían con nosotros en un ambiente cordial -se lamentó el apóstol.

-No me parece un cambio positivo -reflexionó Chafardael temiendo verse obligado a poner sus inexistentes barbas a remojar-. Puede que sea práctico, pero con un coste psicológico considerable -es preciso aclarar que su departamento no se encargaba de las almas recién llegadas, sino de la recolocación de aquéllas que, por una u otra razón, deseaban cambiar de puesto de trabajo o por una u otra razón se veían obligadas a hacerlo.

-Y ni siquiera eso; ya han empezado a llegar quejas de los jefes de sección alegando que las nuevas incorporaciones tardan bastante más en integrarse, y no lo hacen de una manera tan eficaz como con el viejo sistema. Pero da igual, quienes autorizaron este desbarre no van a rectificar puesto que eso supondría su descrédito, así que tendrán que empeorar mucho las cosas para que finalmente alguien situado lo suficientemente arriba pueda dar un golpe de timón recobrando el método que había estado funcionando a la perfección durante tanto tiempo.

-Lo que no comprendo es por qué no le respetaron a usted, al fin y al cabo -midió cuidadosamente las palabras- su cargo era representativo más que ejecutivo... algo parecido a lo que ocurre con el mío -se sinceró.

-Pues precisamente por eso; yo era un símbolo que les incomodaba, no en vano son infinidad los mortales que me imaginan como el portero celestial que les dará una bondadosa bienvenida en su tránsito a la vida eterna. Así pues, pusieron todo su empeño en quitarme de en medio para que no les pudiera robar protagonismo ni sirviera de referencia que les pusiera en evidencia. Les estorbaba, y mucho además. Así pues aquí me tienes, a tu disposición una vez agotados todos los recursos; tan sólo te rogaría que me buscaras alguna colocación digna y, si no acorde, al menos respetuosa con lo que represento.

-Yo... no sé... -titubeó el ente angélico-. He de confesarle que nunca me había visto en esta tesitura. Todo un Príncipe de la Iglesia, es más, la cabeza de ella, solicitándome una colocación... me siento desbordado. ¿No podría usted -preguntó de sopetón- pedir ayuda a sus compañeros los apóstoles, a los evangelistas, a los Padres de la Iglesia, incluso a *Él* mismo? Posiblemente podrían hacer más que yo.

-¿Te crees que no lo he intentado? -cloqueó el interpelado sonriendo con amargura-. Pero de poco me ha servido. Unos, porque están a lo suyo. Otros, porque pasan de todo. El resto me ha recomendado que me tome un descanso, que después de casi dos mil años ya está bien de trabajar y corresponde descansar... vamos, que me jubile y me dedique a la vida contemplativa. ¿Pero cómo voy a hacer eso con el horizonte de la inmortalidad por delante? ¡Me moriría de aburrimiento si ello fuera posible aquí!

Chafardael asintió conmovido.

-Tiene usted razón, pero si no lo ha conseguido recurriendo a sus contactos, ¿qué podría hacer yo? Puedo buscarle un destino cómodo, eso sí, y a unas malas podría

inventarme un cargo de asesor para usted... pero tal como me ha contado, mucho me temo que esto no le satisfaría. Lo que no está en mis manos -y abrió los brazos y hasta las alas enfatizando el gesto- es devolverle el puesto que le han quitado.

-Ya lo sé, hijo, ya lo sé. En realidad -exclamó irritado- lo que pretenden es que me retire a un rincón, ellos usan el eufemismo de la jubilación como si fuera posible aquí, y me muera de aburrimiento sin incordiar a nadie. Incluso han tenido la osadía de decir, por supuesto a mis espaldas, que podría dedicarme otra vez a pescar, dado que éste era mi oficio cuando me reclutó el Jefe, para entretenerme... ¡Como si aquí hubiera ríos, lagos, mares...! Y que yo sepa, los peces no viven en las nubes -ironizó.

-Pues usted me dirá -se rindió su interlocutor, cada vez más incómodo-. Estaré encantado en ayudarlo, pero la verdad es que no sé como.

-No te preocupes, hijo, aprecio tu interés, y te aseguro que ya he visto en ti bastante más que en muchos otros con mayor capacidad para ayudarme. De momento, me conformaría con que me buscaras un acomodo temporal que no me exigiera demasiados esfuerzos y me permitiera disponer de tiempo libre para poder buscarme la vida.

-Eso está hecho -respondió aliviado el arcángel-. Siempre mantenemos vacantes algunos puestos *vip* para atender a casos como el suyo... aunque jamás nos había llegado uno de su importancia. Le remitiré a mi ayudante para que le asigne el que más le agrade dentro de todos los disponibles.

-Con eso bastará -le agradeció el apóstol con un rutilante irisar de su nimbo-. Mientras tanto, huelga decirlo, seguiré buscando la manera de recuperar mi antiguo puesto dejando en evidencia a esos marrulleros y a la chapuza del tinglado que han inventado, como si todos los que llegan aquí estuvieran habituados a esas extrañas y repelentes tecnologías. Donde esté el contacto humano...

Chafardael, que ya estaba empezando a cansarse y echaba de menos su partidita de tetris tetradimensional, le dio las coordenadas del despacho de su ayudante junto con un código de recomendación, tras lo cual el santo apóstol se despidió agradeciéndole su amabilidad y se teleportó, esperaba el arcángel que para siempre. Una vez solo, decidió posponer el tetris para más adelante optando por llamar a su *fontanero*, un serafín resolutivo y con pocos escrúpulos al que le encargaba todos los *trabajos* no oficiales, para encargarle que investigara a los individuos que habían implantado el Servicio de Recepción de Nuevos Ingresos. No es que le importara demasiado la suerte del destituido Guardián de las Llaves, en realidad no le importaba nadie a excepción de él mismo, pero lo que sí le preocupaba, y mucho, era que esos advenedizos pudieran intentar hacer algo parecido con su cómoda prebenda.

Hasta ahí podíamos llegar.

EN TODAS PARTES CUECEN HABAS

Dos figuras paseaban plácidamente por uno de los muchos jardines celestiales. En realidad éstos nada tenían de jardín tal como lo entendemos los mortales, pero era así como los denominaban las ánimas benditas puesto que estaban al servicio de su recreación, algo necesario puesto que la inmortalidad acaba aburriendo mucho.

Las almas, puesto que de ellas se trataba, correspondían a dos antiguos mártires que en tiempos de persecuciones habían defendido la fe verdadera a costa de sus propias vidas, lo cual les había permitido saltarse los largos y engorrosos trámites burocráticos que se veían obligados a cumplir aquellos que, aun muriendo en olor de santidad, no podían acogerse a la vía rápida del martirio para poder franquear el umbral tan celosamente guardado por san Pedro.

Eran san Pánfilo de Cesarea, presbítero martirizado el 16 de febrero de 309 en la ciudad palestina de Cesarea, y san Expedito, que fuera comandante de una legión romana antes de convertirse al cristianismo, lo que le valió ser decapitado en la ciudad capadocia de Melitene el 19 de abril de 303 junto con varios compañeros suyos.

Ambos caminaban -es un símil, puesto que en realidad las almas incorpóreas simplemente se trasladan- con gesto cansino. Tras detenerse junto a un cúmulo de nubes que tampoco lo eran, acomodaron sus cuerpos intangibles en ese recinto diseñado para el reposo si no físico, que evidentemente no lo necesitaban, sí espiritual, que no todo en el cielo era de color de rosa.

Aunque no se habían conocido en vida -mortal, se entiende-, el hecho de haber sido martirizados durante la persecución de Diocleciano y ser relativamente paisanos hizo que al encontrarse allí arriba, ya con el marchamo de santos mártires, trabaran una amistad que había perdurado durante más de dieciocho siglos, reforzada en estos últimos tiempos por las tribulaciones que afectaban a uno y a otro.

-Te digo, Expedito, que esto está cada vez peor -rezongó el de Cesarea al tiempo que miraba precavidamente a su alrededor, algo sencillo para un alma que goza de un campo visual de trescientos sesenta grados sin necesidad de mover la inexistente cabeza, en previsión de que pudiera haber chivatos-. Desde que decidieron implantar el sistema de votaciones que rige en las malditas redes sociales no levanto cabeza, y eso que me la cortaron y a saber donde podrá andar la pobre ahora.

-Sí -suspiró su compañero, simbólicamente claro-, antes las cosas irían mejor o peor con la fe popular y los patronazgos, pero el sistema funcionaba razonablemente bien; y aunque muchos santos antiguos acabáramos desplazados a un segundo plano por la devoción a los nuevos, al menos se nos respetaban los derechos adquiridos.

-Pero llegaron esos arcángeles recién titulados con sus ínfulas de ejecutivos agresivos y pusieron todo patas arriba con su antojo de modernizar el escalafón, haciendo tabla rasa de la antigüedad y suprimiendo todos los derechos adquiridos... ¡como si pudiéramos competir en igualdad de condiciones con los recién llegados! -se exasperó Pánfilo-. Y por si fuera poco, instauraron ese enrevesado sistema que te puntúa según las veces que te invoquen los fieles allá abajo. ¡Como si alguien se acordara ya de mí a estas alturas!

-Tienes razón, pero lo mío es mucho peor -respondió el antiguo militar-. A ti al menos te reconocen tu identidad y te certificaron como mártir justo después de tu muerte, pero yo tuve que esperar ¡hasta 1629! para ser beatificado y hasta 1671 para ser canonizado... más de trece siglos, negándoseme además la vía rápida pese a reconocerse mi condición de mártir. Y por si fuera poco escarnio, ya en 1969 se me retiró del Martirologio romano con la excusa de que no se podía demostrar fehacientemente mi existencia histórica, sin que fuera vuelto a incluir, a diferencia de otros santos no menos dudosos que yo, en la revisión de 2001. ¿Acaso no estoy aquí en cuerpo y alma? Bueno, sólo en alma como cualquier otro -concluyó airado.

-Pero allá abajo no tienen modo de saberlo... -objetó Pánfilo con timidez-. Y, como es natural, no pueden preguntárnoslo a los de aquí.

-De acuerdo, pero entonces ¿por qué me han borrado de un plumazo el historial como a ti? Porque yo, y no tomes esto como una comparación ni mucho menos como una crítica, sí gozo de fervor popular en estos tiempos de descreimiento, soy el patrono de las causas urgentes, abogado de las causas imposibles, protector de los militares, los estudiantes, los jóvenes y los viajeros, y patrono de las causas legales demasiado prolongadas. Recibo culto en numerosos lugares, sobre todo en Sudamérica, soy patrono de una localidad siciliana y no han retirado ni una sola de mis imágenes, que no son pocas, de las iglesias en las que me veneran. Mi culto sigue estando tolerado, lo que indica que pese a todo sigo teniendo muchos fieles cuyos votos deberían contabilizar según el nuevo sistema. ¿No te suena a excusas para quitarnos de en medio con independencia de nuestras circunstancias personales? Porque lo lógico, por no decir lo justo, sería que siempre nos aplicaran los mismos criterios a todos, y no aquéllos que les vengan bien en cada caso para hacer limpieza de *funcionarios*, tal como nos tildan despectivamente a todos los que no nos ajustamos al perfil de lo que definen arbitrariamente como un santo moderno. Y a todo esto, el Jefe y su estado mayor sin decir ni pío...

-Pienso igual que tú -corroboró su amigo-. Fíjate si serán miserables, que a mí hasta me han llegado a echar en cara que nadie bautizaba ya a sus hijos con mi nombre, olvidándose de personajes como el conquistador Pánfilo de Narváez y varios italianos como el impresor Pánfilo Castaldi, el humanista Pánfilo Sasso o el pintor Pánfilo Nuvolone; cierto es que todos ellos vivieron entre los siglos XV y XVII, pero si se rigieran por los nombres que llevan los niños actuales, el resultado sería ridículo.

Hizo una pausa para recuperarse de su profunda irritación, y continuó:

-¿Y sabes lo peor de todo? No contentos con ello, tuvieron incluso la desfachatez de burlarse de mi nombre arguyendo que era sinónimo de tonto, cándido, bobalicón, excesivamente ingenuo o tardo en el obrar. ¡Serán miserables!

-Je, por ahí no me pudieron buscar las cosquillas puesto que mi nombre significa justo lo contrario, desembarazado y también pronto a obrar; pero en compensación me espetaron que su uso más conocido era en repostería con los huesos de san Expedito. ¿Te parece poca falta de respeto?

Pánfilo asintió silenciosamente al tiempo que preguntaba, tanto a Expedito como para sí mismo:

-¿Y qué podemos hacer nosotros? Porque eso de que tenemos que modernizarnos y competir con el resto del santoral, como si fueran nuestros rivales, para conseguir más comentarios favorables y valoraciones positivas que ellos, podrá quedar muy bien sobre el papel, pero dime tú como dos pobres mártires de principios del siglo IV podríamos adaptarnos a esas artimañas publicitarias del XXI... y eso que ninguno de los dos éramos precisamente tontos en nuestra vida mortal, yo fui un reputado escritor alabado incluso por san Jerónimo, y tú un notable militar; pero a mí, y supongo que también a ti, todos esos tutoriales que nos hicieron aprender me suenan literalmente a chino. Menuda ayuda.

-Pues ya andan por ahí algunos aprovechados que intentan vendernos presuntos métodos milagrosos -recalcó con sarcasmo Expedito- para poder escalar puestos en la valoración: ofertas dos por uno en milagros, *marketing* puerta a puerta, con lo mal vistas que están ahora las apariciones, telequinesis de imágenes en las iglesias, estigmas en las estampas y los grabados... desde mi punto de vista charlatanería pura.

-Tú aún podrías hacer que los huesos de san Expedito de una reputada pastelería sangraran, pongo por caso -ironizó Pánfilo-, pero ¿yo? Soy un simple santo olvidado, salvo en algunos santorales antiguos que ya nadie mira y acumulan polvo en las bibliotecas. En cualquier caso coincido contigo, no me fío lo más mínimo de esos embaucadores, ninguno de los cuales, al menos de los que conozco, se puede decir que tengan precisamente un brillante currículum religioso.

-Más serios me parecían los del Sindicato de Bienaventurados Celestiales cuya principal misión pregonaban que era la de defender los intereses de nuestro colectivo frente a discriminaciones injustificadas. El problema -comentó dubitativo rascándose el nimbo- es que, pese a que están todavía en fase de constitución, ya han empezado con las disensiones internas, que amenazan incluso con provocar escisiones. Están los que rechazan a quienes no sean mártires, o bien los que nos rechazan a nosotros arguyendo que fuimos unos privilegiados saltándonos todo el proceso de canonización. Otros arguyen criterios

cronológicos alegando que nada tenemos que ver los que vivimos en el imperio romano con los santos medievales, los barrocos o los contemporáneos, todos los cuales cuentan también con sus propias facciones igual de excluyentes; e incluso los más radicales, por fortuna muy pocos, propugnan una revolución para abolir lo que ellos denominan la dictadura angélica. En resumen, una jaula de grillos de la que no se puede esperar nada bueno.

-Pues sí que estamos apañados... ¡Cuidado! -exclamó Pánfilo haciendo un imperioso gesto a su amigo-. Por ahí viene el chivato. Sé de buena tinta que es un soplón del Servicio de Inteligencia Angélico.

-¿Quién...? -exclamó sorprendido éste-. ¡Ah, es Opropio! Un pelmazo, pero no sabía que fuera también chivato.

-Me lo dijo Tomás de Aquino, que suele estar bien informado. Ése sí que tenía motivos para ser expurgado; si a ti te tildan de falso mártir, a él deberían echarlo directamente a patadas, puesto que se sabe de sobra no sólo que nunca existió, sino que su *nacimiento* se debió a una calle madrileña que, por ser de propiedad particular, estaba rotulada como *Paso propio*; con el tiempo se fueron borrando las primeras letras quedado como *so propio*, y de ahí pasó a *S. Opropio*, es decir, san Opropio. El nombre de la calle se cambió al descubrirse mucho tiempo después el gazapo, pero el individuo aprovechó para aparecer por aquí colándosele al mismísimo san Pedro, que ya es mérito... y ahí lo tienes, más falso que un sesterco de madera y sin los problemas que nos afligen a nosotros, simplemente porque se lo supo montar bien a base de adular a los personajes adecuados.

-Y que lo digas, el cielo es para los advenedizos y los farsantes sin escrúpulos, mientras los santos honrados nos quedamos a verlas venir. ¡Quién iba a decirnos que incluso aquí camparían las injusticias!

-Por cierto -apremió Pánfilo-, no tengo el menor interés en que se nos pegue como una lapa, y me temo que ésa es precisamente su intención. Si no te importa, vámonos de aquí antes de que se nos acerque más, puesto que nada bueno podemos esperar de este fulano.

Así hicieron, levantándose y partiendo a toda prisa -las almas pueden viajar muy rápido cuando se lo proponen- dejando al recién llegado con dos palmos de narices virtuales. El cual, encogiéndose de hombros también virtuales, cambió de dirección en busca de algún otro incauto al que poder sonsacar. Presas, se dijo, no le faltarían, y siempre podría sacar de ellas alguna información útil. El trabajo de espía no le entusiasmaba, pero de alguna manera se tenía que ganar la vida eterna.

ESOTERISMO 2.0

Ante todo, buenos días y les presento mis disculpas por las molestias que les pudiera causar; soy consciente de que no es ni mucho menos normal que un fantasma se dirija a ustedes por internet, pero intentaré convencerles de que era necesario. Por favor, les ruego que no cierren todavía el enlace y les aseguro que esto que están leyendo no es publicidad engañosa ni ningún tipo de virus o programa dañino que pudiera perjudicarles en lo más mínimo, mientras para mí es sumamente importante hacer llegar mi mensaje al mayor número de personas posibles.

Si ustedes han seguido leyendo hasta aquí será señal de que han aceptado mis explicaciones, por lo que procuraré ser lo más breve posible. Como ya he apuntado soy un fantasma, es decir un alma desencarnada, un espíritu que tras el fallecimiento de su cuerpo mortal se ha quedado vagando en la interfase de los dos mundos, el suyo y el Más Allá que muchas religiones identifican con el cielo o bien con la dualidad de éste y el infierno en sus diferentes variantes. Y no, nada más lejos de nuestra intención que asustarlos, qué ganaríamos con ello, aunque es preciso reconocer que en ocasiones nuestros intentos de comunicación, entorpecidos por la dificultad de entrar en contacto con ustedes, pueden haberles provocado temores o angustias que somos los primeros en lamentar.

Porque nosotros no somos víctimas de ningún castigo ni de ninguna maldición, tal como siempre se han empeñado en proclamar en la literatura, el cine o la música, sino de algo tan prosaico y desesperante como la burocracia. Una burocracia, eso sí, tan aplastante que cualquiera de las que padecen ustedes es a su lado una mera anécdota. ¿Recuerdan la hilarante escena de la película *Bitelchús*, o *Beetlejuice* en su título original, en la que el fantasma protagonista aparece en una sala de espera, con un kilométrico número de orden, aguardando con desesperación su turno para poder pasar al Más Allá? Pues por sorprendente que parezca su director Tim Burton acertó de pleno en la descripción de lo que nos ocurre en el Tránsito, con la diferencia de que la realidad es infinitamente peor que lo que pergeñó su imaginación.

Y es que la insufrible parsimonia burocrática lleva desde hace milenios admitiendo con cuentagotas a todos los que nos agolpamos a sus puertas, lo que provoca unos atascos tan monumentales que el tiempo medio de espera en la tierra de nadie existente entre el universo mortal y el Más Allá es de varios siglos y cada vez se va incrementando más... salvo, claro está, que cuentes con un enchufe tal como se ha denunciado en multitud de ocasiones sin que sirviera de nada para erradicarlo.

Quizás pensarán ustedes que para un ser inmortal, como obviamente somos, el tiempo no importa nada, y de hecho ésta es la excusa que esgrimen los responsables del Servicio de Inmigración para justificar su ineptitud y su desidia, teniendo además el descaro de

echar la culpa a los desafortunados índices de natalidad de los vivos cuando todo se debe a su cerril negativa a abrir más puntos de control de la inmigración que, por sorprendente que pueda parecer, siguen siendo los mismos que en tiempos de los neandertales. Pero a poco que reflexionen llegarán a la conclusión de que hasta un inmortal puede llegar a aburrirse mortalmente, discúlpenme el chascarrillo, después de tanto tiempo esperando sin tener absolutamente nada que hacer. Y de ahí a la desesperación tan sólo hay un paso.

He de advertir que este proceso de admisión nada tiene que ver con las religiones ni con los estereotipos propugnados por ellas de tipo cielo-infierno, premio-castigo o similares; de hecho ni siquiera sabemos lo que nos encontraremos en el Más Allá una vez que hayamos logrado entrar, ya que los celosos custodios de sus puertas siempre han rehusado darnos la más mínima información al respecto, mientras los afortunados que consiguen trasponer el Umbral tampoco se han molestado en volver para comunicárnosla. Así pues estamos tan a oscuras como ustedes, eso sí en el convencimiento de que, sea como sea, el Más Allá nunca podría ser peor que el limbo que estamos condenados a padecer, un infierno en realidad de manos de la inmisericorde burocracia que nos martiriza con su desdén.

Y aquí entro en escena yo. Me llamo, o me llamaba Alonso... bueno, entonces la gente del común, es decir, los plebeyos, no teníamos apellidos sino tan sólo un apodo, el Molinero en mi caso por ser ésta mi profesión; pero esto no es algo que tenga demasiada importancia. Nací en el siglo XIV de la era cristiana y, tras sobrevivir a la Peste Negra, por una ironía del destino mi vida mortal llegó a su fin en el año 1355 de Nuestro Señor a causa de una caída accidental desde un carro cuando procedía a descargar sacos cargados de grano.

Como buen cristiano que era fui enterrado en tierra santa, pero por ser pobre mis despojos no encontraron cobijo dentro de una iglesia sino en un cementerio anejo, donde no pararon demasiado tiempo ya que las necesidades de espacio para enterrar a los nuevos difuntos hicieron que mis pobres huesos fueran desenterrados y arrojados a un osario, en mezcolanza con los de otros muchos igual de desgraciados que yo.

Al llegar aquí he de hacer un receso para explicarles algo que no suele quedar demasiado claro a los mortales. Se suele decir que los fantasmas están ligados al lugar en el que fallecieron, o fueron enterrados, por unas ataduras tan intangibles como férreas, lo cual es cierto tan sólo parcialmente. Sí es verdad que nosotros, al no poder trasponer el Umbral del Más Allá, tendemos a aferrarnos a los escasos vínculos que nos atan a nuestro pasado mortal en un intento de no perder por completo nuestras referencias, pero esto es relativo ya que depende mucho del carácter particular de cada uno y del tiempo que haya pasado desde nuestra muerte ya que, como cabe suponer, estos lazos se van difuminando conforme pasan los años. Pero en realidad nada nos sujeta físicamente allí, salvo lo que en cierto modo podría considerarse algo similar a la morriña.

Yo no fui una excepción, y durante bastante tiempo vagué por el cementerio donde había sido enterrado por más que mis huesos estuvieran ya convertidos en polvo, lo que no quiere decir que no me moviera de un lado a otro movido no tanto por la curiosidad como por la inquietud; de no haber sido así, probablemente ahora ustedes no estarían leyendo esto.

Pero no nos adelantemos. Pasaron los años y los siglos, y mi turno para entrar en el Más Allá seguía sin llegar y sin indicios de que fuera a acaecer pronto, por lo que entre viaje y viaje al Servicio de Inmigración solía aprovechar para instruirme como mejor podía, algo que no pudo ser posible en mi vida mortal pero que ahora, dada mi naturaleza incorpórea, me resultaba relativamente fácil, sobre todo teniendo en cuenta que tiempo era precisamente lo que no me faltaba. Y, dado que siempre he sido un sentimental, de vez en cuando retornaba a mi lugar natal.

Mientras tanto, la pequeña ciudad en la que había nacido, vivido y fallecido había ido experimentando drásticos cambios, en ocasiones para bien y en otras no tanto. Mi antiguo cementerio acabó convirtiéndose en una huerta y así se mantuvo casi sin cambios hasta que, llegada una época de feroz desarrollismo urbanístico, se levantaron sobre él unos monstruosos edificios de nueve o diez plantas de altura, de forma que sobre mi antigua tumba se alzaban ahora unos sólidos cimientos.

Estos edificios eran viviendas de las conocidas como pisos, extendiéndose tanto en horizontal por cada planta como en vertical por las distintas plantas, una distribución sorprendente para mí -en mi época las únicas construcciones altas eran las torres de las iglesias y los palacios- pero que ustedes conocen mucho mejor que yo, puesto que son en los que habita buena parte de la población de las ciudades actuales.

Aunque no guardaba demasiada devoción por la parcela en la que fui enterrado y vi con indiferencia primero el abandono del cementerio y posteriormente su conversión en huerta, me desagradó sobremanera lo que consideré una profanación, máxime cuando las grandes excavadoras arrancaron a dentelladas y sin la menor consideración la tierra fertilizada por tantas generaciones de buenos cristianos. En realidad no fue esto lo que me movió a hacer lo que finalmente hice, al fin y al cabo no dejaba de ser una anécdota y mi vínculo con ella no podía ser más tenue, pero todo acabó desatándose tal como explicaré más adelante.

Mi intención era llamar la atención sobre el sempiterno problema que padecíamos frente al sistema de admisión, aparentemente insoluble dado que los funcionarios se limitaban a hacerse los tontos alegando que tan sólo cumplían con su trabajo.

Lo que callaban ladinamente era que carecíamos de un interlocutor válido al que dirigir nuestras reclamaciones, ya que los responsables del desaguizado se cuidaban mucho de dejarse ver y tampoco habilitaban una vía administrativa para hacerlo. En consecuencia,

tampoco lograríamos nada poniéndonos en huelga o manifestándonos a las puertas del Más Allá, dado el desinterés absoluto con el que nos trataban.

La primera idea que se me ocurrió, y así se la expuse a mis compañeros, fue la de organizar una campaña de apariciones masivas para comunicar a los mortales la situación en la que nos encontrábamos; no porque ustedes pudieran hacer nada por nosotros, que no podían, sino pensando que darnos a conocer de una manera insoslayable les escocería lo suficiente a los mandamases del otro lado forzándoles a adoptar medidas en nuestro beneficio, ya que como buenos políticos no les importaban lo más mínimo los problemas de los demás pero sí que sus trapacerías llegaran a ser de dominio público. Era una medida, lo reconozco, bastante arriesgada y sin garantías de resolverse a favor nuestro, pero no teníamos otra opción o al menos yo no fui capaz de imaginármela.

Para decepción mía ésta nació muerta, permítaseme el chiste fácil, ya que ninguno de los que contacté se mostró mínimamente interesado en ella; unos por apatía, otros por falta de coraje, otros porque creían ingenuamente que todo se acabaría arreglando... Por consiguiente me quedé solo y, tozudo como ya lo había sido en mi etapa mortal, decidí obrar por mí mismo sin necesidad de tener que dar cuentas a nadie.

Por consiguiente, me entrené para hacer justo lo que describen los relatos de fantasmas: aparecerme a los vivos. ¿Y dónde hacerlo mejor que en el edificio que se alzaba sobre mi antiguo camposanto? En su momento ésta me pareció una buena idea, así como una justicia poética poder matar dos pájaros de un tiro -de nuevo pido disculpas por el juego de palabras-: sacar adelante mi reivindicación y hacerlo justo en el lugar en el que yacieran mis huesos.

Huelga decir, vuelvo a repetirlo, nada más lejos de mi intención que asustar a nadie ni, mucho menos, espantarlos de sus casas. ¿Qué habría ganado con que el edificio se quedara vacío, si era éste el que me irritaba y no sus inocentes habitantes, que nada sabían del lugar sobre el que se alzaban sus viviendas? O todavía peor, si la presencia de un fantasma lo convertía en un atractivo turístico al estilo de los palacios ingleses, cuando no en objeto de mofa tal como le ocurrió a mi pobre colega protagonista muy a pesar suyo del relato de Oscar Wilde *El fantasma de Canterville*. No, yo tenía que actuar de una manera más sutil y a la vez más eficaz.

Para empezar, tenía que resolver un problema de índole estratégica. Por lo general las casas embrujadas se suelen imaginar como grandes mansiones, palacios o castillos, por cuyas estancias vaga el alma en pena de uno de sus moradores fallecido allí en circunstancias más o menos truculentas. Pero en mi caso se trataba de un edificio moderno de cerca de cien viviendas contando todos los portales, evidentemente sin el menor *glamour* esotérico. Asimismo sus habitantes eran variopintos y con una vida de lo más normal, por lo que siendo objetivos se trataba del lugar muy poco adecuado para mis intereses. Lo lógico, ahora soy consciente de ello, sería haber buscado otro escenario más

teatral, pero mi estúpido prurito me hizo mantenerme en mis trece, lo cual acabaría resultando un error.

Otra decisión que hube de tomar fue la de elegir entre irme apareciendo sucesivamente por varios domicilios de forma aleatoria o, por el contrario, elegir uno de ellos seleccionándolo de forma previa en función de sus circunstancias particulares; dada mi incorporeidad puedo moverme sin problemas por cualquier lugar que se me antoje sin barreras de ningún tipo y, esto es importante, sin ser visto por nadie a no ser que yo desee que sea así, lo cual facilitaba mi proyecto. Me convertí pues en un nuevo Diablo Cojuelo espiando casa tras casa para elegir a quienes considerara más idóneos para mis fines.

Mi plan consistía en aparecerme a ellos y transmitirles mi mensaje de queja por el maltrato y el abandono al que estábamos sometidos por parte de las autoridades del Más Allá. Existía, eso sí, un detalle que no podía ser pasado por alto: una aparición capaz de hacernos visibles a los mortales, aun cuando ésta sea de forma vaga y difuminada -generar un ectoplasma consistente tan sólo está al alcance de los más preparados- o incluso limitada únicamente a ruidos u otras manifestaciones no visuales, supone un esfuerzo considerable que, a causa de nuestra constitución inmaterial, nos resulta penoso. De hecho, para nosotros es el equivalente a correr ustedes una maratón, al obligarnos a consumir una considerable cantidad de energía, llamémosle feérica, que luego nos cuesta mucho esfuerzo y tiempo recuperar, ya que tras una aparición, sobre todo si no estamos suficientemente entrenados como era mi caso, acabamos completamente baldados por más que carezcamos de músculos y de cualquier otro tejido corporal.

Por lo tanto debía optimizar al máximo mis intervenciones, procurando establecer un contacto suficientemente estable como para poder informar del problema sin que ello me supusiera una tortura. Seguramente dirán ustedes que, aun convenciendo a mis involuntarios interlocutores, poco podría conseguir en una sociedad en la que cualquier tipo de fenómenos esotéricos, incluso los más inverosímiles, se ha convertido en un simple espectáculo cuando no un mero objeto de consumo más, resultando prácticamente imposible separar el grano de la paja; pero al menos quería intentarlo aun corriendo el riesgo de llamar la atención al primer charlatán que se me cruzara de los muchos que medran a costa de la ingenuidad y la buena fe de los mortales.

En aras de la brevedad obviaré todos los detalles previos que precedieron a mi puesta en escena, limitándome a relatar lo esencial. El piso que había elegido era uno de tantos del bloque, y estaba situado en una planta intermedia. Nada tenía de especial salvo que la familia residente, formada por un matrimonio de mediana edad y un niño pequeño, la había adquirido hacía relativamente poco a sus propietarios originales, por lo cual todavía no se había disipado del todo el halo de extrañeza que envuelve a una residencia recién ocupada. Además, y esto era importante para mis fines, resultaron estar moderadamente interesados en el esoterismo, ya que tanto un fanático de las mal llamadas ciencias ocultas como un

escéptico me habrían resultado muy poco útiles. Así pues, una vez elegido mi objetivo pasé a la fase siguiente de mi plan.

Como escenario opté por una habitación que no era usada por la familia aunque sí estaba amueblada, por lo que de vez en cuando entraban en ella. En un lugar tan prosaico como un anodino piso de un bloque de vecindad éste fue el único lugar mínimamente exótico que logré encontrar; no iba a hacerlo en el salón, el dormitorio o la cocina, ya que perdería todo su aura de misterio. Tras ultimar los detalles procedí a mi aparición teatral, preparada con todo cuidado... y fracasé estrepitosamente, puesto que ninguno de los dos adultos se apercibió lo más mínimo de mi presencia, fuera por su insensibilidad a los fenómenos paranormales, fuera por mi falta de experiencia en estas manifestaciones. Lo que sí apareció fue la fatiga energética a la que he hecho alusión, la cual me dejó completamente agotado.

No cejé en mi empeño, intentándolo varias veces más y en circunstancias que consideraba propicias, con idénticos resultados. Despechado, me había planteado tirar la toalla cuando me fijé en el niño. Como es sabido éstos son mucho más sensibles que los adultos, por lo que como último recurso le convertí en mi objetivo pese a ser consciente de que, dada su corta edad, sería incapaz de entender mi mensaje aunque lo recibiera. Pero no me quedaba otro remedio.

Aprovechando una de las pocas veces que el chico entraba en la habitación me materialicé emergiendo del suelo; no fue, lo reconozco, una entrada en escena demasiado espectacular, pero al carecer de un atrezo adecuado no se me ocurrió nada mejor, ya que la alternativa hubiera sido salir del interior del armario de Ikea.

En esta ocasión tuve éxito, puesto que el chaval me vio y se me quedó mirando fijamente mientras yo brotaba sin prisas de las baldosas de terrazo sin decir una palabra. Captada su atención intenté hablarle, pero en ese momento me fallaron las fuerzas y me desvanecí como un jirón de niebla ante los rayos de sol. Así pues, tan sólo había logrado advertir a la familia de la existencia de un fantasma en su propia casa.

Lo cual, vistas las circunstancias, no dejaba de ser un logro. El chico, una vez que desaparecí de su vista, salió de su ensimismamiento y, abandonando la habitación, corrió a decírselo a sus padres no de una forma tan precisa como lo hubiera hecho un adulto, pero sí lo suficiente como para ponerles en alerta.

Podían, evidentemente, creer lo que atropelladamente les contó su hijo, o bien pensar que había sido fruto de su imaginación; para ambas reacciones estaba preparado. Pero lo que no había previsto fue su reacción; tras deliberar entre ellos, optaron por cerrar la puerta de la habitación conminándole a que no volviera a entrar allí y, unos días más tarde, la madre fue a hablar con el capellán de una iglesia cercana.

Éste les suministró un frasquito de agua bendita sugiriéndoles que lo dejaran en el interior de la habitación para ahuyentar, eso dijo, a los posibles espíritus. Y así lo hicieron, lo cual colmó mi indignación. ¡Tratarme a mí, un cristiano viejo aunque, lo reconozco, últimamente un tanto descreído, como si fuera un demonio o un ente maligno! ¿Pero qué se habían creído? Tan sólo faltaba que hubieran llamado a un exorcista.

Vuelvo a hacer un inciso para insistir en que los fantasmas nada tenemos que ver con ninguna religión, con independencia de la que profesáramos en vida, ni por supuesto somos angélicos o demoníacos, sino seres normales dentro de lo que cabe. De hecho, entre los que nos encontramos a la espera de poder franquear el Umbral hay miembros de todas las confesiones que han existido sobre la Tierra, desde creyentes fervorosos a indiferentes recalcitrantes, así como idólatras, animistas, ateos, agnósticos, escépticos y cualquier otra categoría metafísica o teológica que se les pueda ocurrir. Así pues, tal comportamiento me resultó profundamente irritante. Tanto, que de manera involuntaria y sin saber cómo -¿a mí que me importaba ese agua, aunque estuviera bendecida?- la energía que liberé, equivalente a un berrinche de los de ustedes, enturbió el agua probablemente al obrar como catalizador de una reacción química entre sus moléculas y las sales que llevaba disueltas, incluyendo el hipoclorito de sodio añadido como desinfectante. En resumen no hubo nada de sobrenatural en este proceso, al menos desde mi punto de vista, pero sirvió para que, de forma involuntaria, lograra llamar su atención sobre mi existencia.

Lo cual, a la postre, tampoco sirvió de mucho. Sorprendidos por lo ocurrido, lo único que se les ocurrió fue llenar la habitación de absurdos amuletos y objetos presuntamente milagrosos comprados en una tienda esotérica, como si yo fuera susceptible de ser sometido a un ritual chamánico o a una ceremonia vudú. Evidentemente podría haber recurrido a mis recién descubiertos poderes telekinésicos para hacer alguna trastada a los ridículos objetos con que abarrotaron la habitación, pero de sobra sabía que era perder el tiempo. Hora era, pues, de reconocer mi fracaso.

Abandoné no sólo la habitación y la vivienda, sino también el edificio e incluso la ciudad. Me sentía tan humillado, que hasta mis amigos se sorprendieron por mi mal humor; pero como dicen ustedes el tiempo es algo que todo lo cura, y éste no me faltaba. Así pues, me cargué de paciencia esperando que pasara la crisis. Y por supuesto, mandé las apariciones a hacer gárgaras.

Ya más calmado, decidí abordar el problema cambiando de estrategia. Porque, huelga decirlo en el tiempo transcurrido los problemas de acceso al Más Allá no sólo no mejoraron sino que habían ido a peor, con los atascos en continuo aumento. Pero no quería fracasar de nuevo. Así pues, opté por olvidarme de la fantasmología clásica y apoyarme en las nuevas tecnologías, más concretamente en internet y las redes sociales.

Supongo que les sorprenderá que yo, en vida mortal un humilde ganapán analfabeto que malvivió poco más de tres décadas en plena Edad Media, hable con soltura de algo que

no existió hasta casi siete siglos después de mi época; pero si consideramos que durante el tiempo que llevo existiendo como fantasma he tenido tiempo de sobra para interesarme por todo lo acontecido desde entonces, no era cuestión de aburrirme mientras aguardaba a que se me permitiera franquear el Umbral, Por ello, no es de extrañar que yo acabara adquiriendo una formación, aunque autodidacta, superior a la que muchos de los mortales con más recursos logran alcanzar a lo largo de su vida.

Huelga decir que no soy el único en esta situación, por más que nos superen con creces aquéllos que, lejos de aprovechar esta oportunidad, llevan una vida post mortem, disculpen el contrasentido, tan anodina y vacía como la que tuvieron con anterioridad a su óbito, cosa por otro lado fácil de esperar cuando la incultura no les llegó impuesta por las circunstancias, como fue en mi caso, sino que fue voluntariamente elegida por ellos. Pero ésta es otra historia y allá cada cual con sus gustos e intereses.

Hecha esta aclaración, quizás se pregunten ustedes cómo alguien inmaterial podría ser capaz de utilizar internet aunque conociera la manera de hacerlo; no desde luego a través de un teclado, un ratón o una pantalla táctil. Aunque como creo haber comentado los fantasmas poseemos cierta capacidad telekinética, ésta no va más allá de mover un objeto de no demasiado peso o sostenerlo brevemente en el aire. Al fin y al cabo, por muy inmatriciales que seamos nos siguen afectando las leyes de la física por más que sea de un modo diferente al de ustedes. Por lo tanto, pese a resultarnos posible pulsar una tecla o mover un ratón, jamás podría haber escrito un texto tan largo como el que están leyendo en un tiempo razonablemente corto, y además habría quedado completamente exhausto.

Pero si por un lado tenemos limitaciones, por otro gozamos de ciertas ventajas precisamente a causa de nuestra incorporeidad. Huyendo de explicaciones prolijas que yo tampoco entendería bien, la respuesta breve es que somos capaces de colarnos en las redes informáticas al estilo de lo que ocurre en las novelas de temática ciberpunk o en la serie cinematográfica Matrix, a modo de inteligencia artificial, virus informático o como prefieran llamarlo. Y no, no me atribuyan ningún mérito por ello: si lo conseguí fue simplemente a base de ensayo y error y mucha paciencia para repetirlo una y otra vez al estilo de los famosos monos que, puestos delante de una máquina de escribir, disponiendo de suficiente tiempo acabarían escribiendo el Quijote. A mí, justo es decirlo, no me llevó tanto, aunque sí bastante.

A partir de entonces todo resultó relativamente sencillo; me bastó dar con el servidor adecuado y hacer lo necesario -algún estropicio involuntario causé, pero no fue grave- para poder dirigirme a ustedes en los términos en los que lo estoy haciendo ahora.

Así pues, les ruego encarecidamente que divulguen este mensaje: Existe una vida después de la muerte y existe un lugar al que migramos las almas desencarnadas, pero por culpa de la ineptitud burocrática y el desinterés político somos cientos, quizás miles de millones, los que estamos esperando, en ocasiones desde hace siglos, a que nos llegue el

turno. Esto no es propaganda de ninguna religión ya que no sabemos lo que ocurrirá una vez hayamos franqueado el Umbral del Más Allá, pero les puedo asegurar con total certeza que en nuestro fantasmagórico mundo no existe el menor vestigio de ninguna de ellas.

Soy consciente de que ninguno de ustedes podría por separado, aun recurriendo a su mejor intención, revertir esta situación tan injusta y desagradable, pero si la verdad se difunde lo suficiente es probable que los políticos que están detrás de esta trapisonda se preocuparían por resolverlo aunque sólo fuera por preservar su imagen, al tiempo que podría servir también de acicate para que mis renuentes compañeros comenzaran a meter bulla de alguna manera, incluyendo el método tradicional de las apariciones.

Así pues, por favor, pásenlo y les doy las gracias por haberme prestado una atención que quizás no me mereciera, al tiempo que les pido disculpas una vez más por haber invadido la intimidad de su ordenador interfiriendo la tarea que estaban realizando. Si desean contactar conmigo, no lo duden; bastará con enviarme un correo electrónico a la dirección molinero@fantasmal.fant o bien visitando mi página personal <https://alonsoelmolinero.fant>. Prometo responder a todos los mensajes que me lleguen, aunque si son demasiados podría tardar algún tiempo.

Saludos cordiales desde el Más Acá.

Alonso (a) el Molinero.

QUIEN A HIERRO MATA...

Cuando Francisco Franco falleció el 20 de noviembre de 1975 fue al Infierno tal como era de esperar, para sorpresa suya sin que a la hora de la verdad de nada le sirviera su imagen pública de católico devoto.

Una vez allí el Servicio de Clasificación le remitió al Círculo de Dictadores, Tiranos y Asimilados, donde fue recibido por el jefe de sección correspondiente. Dado que, a diferencia de otras secciones, no solían ser demasiados los enviados allí, éste acostumbraba a hacer un recibimiento personalizado a los recién llegados, en reconocimiento tácito -no olvidemos que era un diablo- a la magnitud de sus crímenes.

Tras darle amablemente la bienvenida presentándose como el archidiablo Brulefel, procedió a describirle el lugar en el que estaría confinado durante toda la eternidad.

-Usted ha sido destinado a la Unidad 3-A, donde tendrá por compañeros a otros dictadores, tiranos y autócratas sanguinarios como Leopoldo II de Bélgica, el turco Enver Bajá, Hitler, Stalin, Mussolini, Tito, Ceaucescu, Mao Tse-Tung, Fidel Castro, varios dictadores africanos cuyos nombres siempre confundo, Pol Pot, Sadam Hussein y Bin Laden, entre otros.

-¡Un momento! -le interrumpió el ex-Caudillo-. Muchos de los que ha citado estaban vivos cuando yo fallecí, y ni siquiera sé quienes son esos dos con nombres moros. Debe tratarse de un error.

No, todo es correcto -sonrió el diablo exhalando un denso humo amarillo de forma simultánea por la nariz y las orejas, gesto con el que acostumbraba a amedrentar a los recién llegados, principalmente por el pestilente olor a azufre que exhalaba.

Es necesario advertir que en el Infierno, al ser los castigos de índole física, las almas de los condenados conservan la suficiente sensibilidad sensorial para poder sentirlos y padecerlos, convirtiendo su existencia en un sufrimiento continuo.

Hizo una pausa cambiando al verde del no menos desagradable cloro, y continuó:

-Puesto que aquí nos encontramos en la eternidad, es decir al margen del tiempo, éste no discurre de forma lineal tal como lo entienden los mortales. Así pues, tenemos como huéspedes a todos los condenados de su categoría que han existido, existen o existirán a lo largo de la historia, desde monarcas asirios hasta un ex-presidente norteamericano del siglo XXI y tiranos que todavía no habían nacido cuando usted falleció; pero por razones de organización no están revueltos sino clasificados en núcleos homogéneos en base a su contemporaneidad. Imagínese usted codeándose con Asurbanipal, Calígula, Atila, Gengis

Jan, Tamerlán, Vlad Tepes al que por cierto no le gusta nada que le llamen Drácula, Iván el Terrible, Enrique VIII de Inglaterra, su compatriota Fernando VII o Suvacris... bueno, este último vivió en el siglo XXIII, por lo cual no puede conocer nada de sus andanzas. Aunque aquí no hay barreras lingüísticas dado que tanto nosotros como los condenados hablamos el idioma primordial, sí existen diferencias culturales cuyos inconvenientes procuramos evitar, por lo cual al distribuir los grupos siempre buscamos que exista una razonable homogeneidad.

-Hay otra cosa que no entiendo -le interrumpió el ex-Generalísimo con su voz atiplada-. Varios de los que usted acaba de citar no eran cristianos, y yo creí encontrarme en el Infierno de mi religión...

-No le falta razón; por lo general cada religión se ocupa de sus propios condenados, al igual que se hace con los bienaventurados; es lo lógico que sea así, sobre todo teniendo en cuenta los distintos criterios de homologación que existen entre unas y otras hacen difíciles las extradiciones. Pero para determinados casos en los que las creencias respectivas no afectan a la valoración de los crímenes cometidos tenemos establecidos unos convenios de intercambio, para que me entienda una especie de Interinfierno, de modo que cada Infierno particular se ocupa de los condenados por una misma causa procedentes de todos ellos, mientras nuestros propios condenados por otras diferentes son enviados a los Infiernos correspondientes. Y sí -le tranquilizó al tiempo que le echaba a la cara una vaharada de dióxido de nitrógeno de espectacular tono pardo-, estamos en el Infierno cristiano, aunque al igual que hago siempre le advierto que no se moleste en pedir una audiencia con Satanás, ya que no se la concederá por mucha importancia que pretenda arrogarse.

-Está bien -accedió el condenado fingiendo una humildad que estaba muy lejos de sentir-. Supongo que aquí no existirá el recurso de apelación...

-Supone usted bien -corroboró Brulefel rascándose distraídamente las puntas de los cuernos con su largo rabo-. Tal como no se lo permitió usted a sus víctimas. Pero no es mi deseo juzgarlo, ya lo ha sido y por eso está aquí, sino ponerle en antecedentes sobre su castigo. ¿Conoce usted los juegos de rol? Probablemente no; aunque ya existían en su época, no se hicieron populares en España hasta después de su muerte.

Ante el esperado gesto de extrañeza de su interlocutor, continuó:

-Podríamos definirlos como una especie de representación teatral en la que cada uno de los participantes asume un papel predeterminado, tras lo cual pasan a competir entre ellos. Se juegan en un tablero de forma similar a otros juegos de mesa tan populares como el parchís o la oca aunque con unas reglas mucho más complejas, dependiendo del azar y la estrategia la trayectoria de los competidores. También tenemos la variante de los videojuegos, pero ésta la reservamos para los que nos llegan de épocas posteriores a la suya ya familiarizados con ellos.

-Entonces -Franco estaba perplejo-, ¿me dice usted que me voy a pasar aquí toda la vida jugando con mis compañeros de reclusión?

-Bueno, en realidad no es exactamente así, sólo se trataba de un símil para intentar ponerle en situación -al llegar a este punto el taimado Brulefel acostumbraba a hacer brillar las membranas nictitantes de sus pupilas rasgadas como muestra de satisfacción-. No se trata de un juego tal como lo entiende usted, sino de una competición entre los treinta dictadores que forman parte de cada Unidad para hacerse con el poder, con el fin de sojuzgar a los veintinueve restantes. Y, esto es importante, no existen reglas de ningún tipo, todo está permitido y es cuestión de cada uno conseguir doblegar a sus rivales o bien verse sometido por otro de ellos.

-O sea, la ley de la selva.

-Puede entenderlo así, si lo prefiere; al fin y al cabo lo único de que se trata es de aplicar las habilidades que tuvieron en vida gracias a las cuales consiguieron someter a sus países o a sus colonias a unas dictaduras tiránicas y por lo general sanguinarias, cuando no los embarcaron en guerras. En realidad no tienen que hacer nada diferente de lo que les hicieron a sus desdichados súbditos, salvo que aquí, en lugar de enfrentarse a gente indefensa, tienen que hacerlo con otros tan capaces, por decirlo de alguna manera, como ellos mismos. Una vez que lo piense, incluso lo encontrará divertido.

El aludido no lo veía así, pero prefirió guardar silencio muy a su estilo. Claro está que su carcelero no estaba dispuesto a ponérselo fácil.

-¿Sabe? A diferencia de muchos otros de los que han acabado aquí, si algo tienen en común todos ustedes, además de una ambición de poder desmedida y una carencia total de escrúpulos, es su desinterés hacia otras tentaciones humanas tan comunes como las riquezas, el lujo o el sexo, aunque las toleren e incluso las fomenten en sus familiares o sus subordinados más próximos como premio a su lealtad incondicional. Quizás este desinterés no sea total, pero no suele influir demasiado en lo que realmente les motiva, el afán de disponer de los demás a su antojo por encima de sus voluntades e incluso en contra de ellas, no dudando en privarles hasta de su propia vida si ello les beneficia.

La emisión de gases fue ahora en forma de un espeso humo negro similar al emitido por el tubo de escape de un motor diésel desvencijado. Y el archidiablo no tuvo por menos que admirar la impasibilidad con la que su víctima aguantaba la maloliente humarada sin hacer el menor gesto de desagrado.

-Y eso es todo -concluyó-. O casi todo, puesto que al no existir reglas de ningún tipo y estar permitido el juego sucio, todo dependerá de su habilidad para resistirse al actual líder, que creo era Stalin, e incluso para imponerse a él. Normalmente se suelen crear alianzas tácticas entre varios de los vencidos para derrocar al dictador de turno, las cuales acaban

como es de suponer en luchas internas hasta que uno de ellos logra desembarazarse de los demás; pero resulta difícil saber como evolucionará el liderazgo ya que los cambios son continuos. Eso sí, le advierto que cualquier tipo de artimaña, hasta la más abyecta, está permitida incluida la tortura física hasta extremos que en su vida anterior resultarían mortales; pero aunque aquí, como cabe suponer, no puedan morir ni aun siendo víctimas de las mayores barbaridades, les dolerá exactamente igual. Aparte, claro está, de que reunir las partes desperdigadas de su cuerpo si es descuartizado o sus cenizas en caso de ser incinerado, pongo por ejemplo, le mantendría ocupados durante bastante tiempo. No le digo más puesto que sus compañeros, o rivales, protestarían ante mi falta de objetividad, pero ya aprenderá usted por sí mismo -y por la cuenta que le trae, añadió mentalmente-, y además a alguno de ellos ya le conocía usted personalmente, lo que le facilitará las cosas. En cuanto a los demás... tampoco es que sean tan diferentes, ya sabe eso de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

Dicho lo cual, llamó a los celadores para que le condujeran a su destino. No se podía entretener mucho, se dijo aprovechando la soledad para estirar perezosamente las alas; todavía le quedaba por recibir a un par de dictadores sudamericanos, varios jefes tribales africanos, un caudillo vikingo y un emperador azteca, cada cual con su propia casuística. Realmente estaba resultando un día -era un decir- complicado, se dijo pensando con envidia en quienes se encargaban de los pecadores corrientes.

INFIERNO TERRENAL

Era un día como cualquier otro, con las mismas noticias buenas y malas de costumbre. Aparentemente nada iba a tener de especial con respecto a los anteriores cuando, de forma repentina y simultánea en todo el planeta, aconteció lo que nadie esperaba ni mucho menos había previsto: surgiendo de la nada, aparecieron millones y millones de personas desconocidas a lo largo y ancho de toda la superficie sólida de la Tierra, desde los continentes hasta la más minúscula isla oceánica.

Eran muchos, muchísimos: según estimaciones de su número, ya que resultaba imposible contarlos, alrededor de unos cien mil millones, más de diez veces la población total de la Tierra. Y ocupaban mucho espacio, pese a estar repartidos de forma homogénea tanto por los lugares habitados como por otros tan inhóspitos como los territorios polares incluida la Antártida, los desiertos más inclementes, los macizos montañosos más inaccesibles o las selvas vírgenes más impenetrables. Ni siquiera las laderas de los volcanes activos se vieron libres de su presencia.

Para mayor sorpresa todos iban completamente desnudos sin que al parecer les importara lo más mínimo ni les afectaran las inclemencias climáticas. Y, un detalle sorprendente más, constituían una mezcla de sexos, edades -aunque todos eran adultos- y razas, incluyendo aquéllas que no se correspondían con los rasgos anatómicos de los humanos actuales. Complicando todavía más las cosas, resultaron hablar en una infinidad de lenguas muchas de ellas desconocidas, lo que complicó y no poco la comunicación con ellos.

Aunque en realidad poco era lo que tenían que decir que pudiera ayudar a desvelar el enigma. Gracias a los que se expresaban en idiomas inteligibles se pudieron saber dos cosas: que procedían de diferentes épocas y lugares del pasado y que lo último que recordaban era el momento de su muerte, aunque con independencia de las circunstancias de ésta sus cuerpos se encontraban enteros y según todas las evidencias inverosímilmente sanos, conservando la apariencia que tuvieran en vida sin las enfermedades ni las mutilaciones -incluyendo aquéllos devorados por las fieras o por los propios humanos- que según ellos acabaron con su existencia mortal.

Otros dos descubrimientos contribuyeron a ahondar todavía más el enigma. Poco a poco se fue comprobando que los idiomas desconocidos de muchos de ellos correspondían a lenguas muertas habladas en tiempos pretéritos, cuando no remotos. Asimismo, los antropólogos remacharon la cuestión al descubrir que la procedencia de los recién llegados no se limitaba a épocas históricas, incluso las más remotas, sino hasta el mismo origen del Homo sapiens entre 200.000 y 165.000 años atrás, fechas que otros investigadores retrasaban aún más.

Todavía más sorprendente resultó constatar que estos aparecidos no sólo no experimentaban la menor molestia con independencia de que se encontraran en la Antártida o en mitad del desierto del Sahara, sino que tampoco estaban sujetos a la menor necesidad fisiológica, ni siquiera a las más fundamentales: no comían, no respiraban, no excretaban... pese a lo cual su vitalidad era la misma que cabía esperar de cualquier humano “normal”. Y también resultaban inmunes a todas las enfermedades, desde las triviales a las más peligrosas.

El colmo de la sorpresa llegó cuando se supo que aquéllos que sufrían algún accidente potencialmente mortal -o asesinato, que de todo hubo- se levantaban tranquilamente como si no les hubiera ocurrido nada, e incluso cuando su cuerpo quedaba destrozado éste se regeneraba en cuestión de minutos al estilo de los dibujos animados, recuperando su aspecto original ante los atónitos testigos.

Nadie era capaz de explicar lo que ocurría, y aunque los recién llegados eran por lo general pacíficos y no interferían, o intentaban no interferir con sus forzados anfitriones, el peso de su número y su continuo vagar sin objetivos de un sitio a otro, incluso descontando a los que ocupaban regiones inhóspitas o deshabitadas, provocaba inevitablemente trastornos y molestias de todo tipo ya que ocupaban prácticamente todo el espacio posible, lo cual se tradujo en un entorpecimiento primero y en la paralización después del complejo funcionamiento de los engranajes de la sociedad. En realidad no hacían nada malo ni consumían recursos; simplemente, estorbaban.

Fueron muchas las hipótesis que se plantearon para intentar explicar este inusitado fenómeno, todas las cuales acabaron siendo descartadas excepto una avalada por el sorprendente -si es que a esas alturas podía sorprender algo- descubrimiento de que entre ellos se encontraban personajes históricos todos los cuales tenían en común la circunstancia de que sus vidas no habían sido precisamente ejemplares: Calígula, Atila, Gengis Jan, Tamerlán, Iván el Terrible, Enrique VIII e Isabel I de Inglaterra, Fernando VII de España, Leopoldo II de Bélgica, Hitler, Stalin, Mao Tse Tung, Idi Amin, Pol Pot y muchos otros, mientras no se logró encontrar a nadie cuya biografía pudiera considerarse ejemplar. Ciertamente eran pocos los identificados, bien por razones meramente estadísticas -la inmensa mayoría de los aparecidos era gente anónima-, bien porque los más significados procuraban ocultarse y a los pertenecientes a épocas antiguas resultaba difícil descubrir; pero según todos los indicios entre ellos tan sólo se encontraban los *malos* -digámoslo así en aras de la simplicidad- o los no suficientemente buenos.

Hasta que alguien recordó una frase del mordaz escritor Charles Bukowski: “*Dante, colega, el infierno está aquí, ahora*”, postulando que la Tierra se había convertido en el infierno real, si ya no lo era antes, sobre cuyos castigos advertían muchas de las religiones más importantes, añadiendo incluso que las trompetas del Juicio Final ya habían sonado sin que nos hubiéramos llegado a enterar.

A esto replicaban los escépticos, esgrimiendo sus mismas armas dialécticas, que era difícil creer que los ocho mil millones de humanos vivos -obviamente excluían de esta categoría a todos los *visitantes*- estuvieran condenados al castigo eterno antes incluso de morir, lo que violaría la doctrina del libre albedrío. Esta discrepancia originó un encendido debate teológico entre unos y otros sin que, como cabía esperar, logran ponerse de acuerdo.

Mientras tanto eran muchos los que, ajenos a esta polémica, seguían intentando encontrar una explicación racional, pero pese a que contaron con la ayuda de algunos destacados *resurrectos* -llamémosles así- incluyendo al mismísimo Isaac Newton, tampoco lograron el menor éxito. Hasta que...

Fueron otros dos nuevos enigmas los que vinieron a corroborar, de manera irrefutable, la teoría del infierno en la Tierra. Como era de suponer, los humanos *normales* siguieron viviendo, envejeciendo y falleciendo o bien fallecieron prematuramente por accidente o enfermedad; y si bien una parte de ellos fueron enterrados o incinerados, según las costumbres funerarias de sus respectivas culturas, sin la menor variación respecto a los viejos tiempos y por supuesto sin retornar del Más Allá, otros -en la práctica la mayoría-, por el contrario, resucitaban inmediatamente después de su muerte pasando a formar parte del ingente colectivo de los recién llegados y comportándose como ellos.

Por si fuera poco, una especie de epidemia por denominarla de alguna manera, ya que los científicos tampoco fueron capaces de explicar su naturaleza, provocó un colapso absoluto de la natalidad. Y si bien las mujeres embarazadas en el momento del tránsito siguieron adelante con el embarazo y dieron a luz en la fecha prevista, a partir de entonces tanto la totalidad de los hombres como de las mujeres dejaron de ser fértiles perdiendo la capacidad de engendrar nuevos seres. En consecuencia, nueve meses después de la llegada de los *visitantes* ni un solo niño volvió a nacer en todo el planeta, situación que pronto se reveló como irreversible para exasperación del colectivo médico.

En consecuencia, todos habrían de acabar forzados a admitir que la realidad respondía a la desdeñosa frase de Bukowski: La Tierra se había convertido no en un infierno sino en el Infierno, y sus habitantes, excepto aquellos *supervivientes* que a su muerte consiguieran salvar el filtro del juicio de sus actos, estarían condenados a permanecer en ella por toda la eternidad.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Petronilo Esmít despertó con el sobresalto, seguido de alivio, con los que suele poner fin una pesadilla. Valiente tontería, soñar que estaba muerto...

Pero... repentinamente le vino a la memoria una larga secuencia de recuerdos. El diagnóstico de un cáncer maligno, la intervención quirúrgica, los penosos tratamientos de quimio y radioterapia, las entradas y salidas cada vez más frecuentes en el hospital, la frustración de no haber sido posible derrotar a la enfermedad, la recaída definitiva, la sedación cada vez más intensa para paliar en lo posible los dolores del inevitable desenlace... y como colofón el inexorable fundido a negro de la muerte. Porque, y ahora era plenamente consciente de ello, era cierto que había fallecido en una fría habitación de hospital.

Entonces, ¿dónde estaba ahora? Petronilo siempre había sido tibio en cuestiones de religión y, aunque nunca se había considerado ateo o ni siquiera agnóstico, lo cierto era que no se había preocupado por la posible existencia de un Más Allá, convencido de que lo más sencillo de todo era que después de la extinción física no hubiera nada.

Pero aparentemente sí lo había, puesto que era consciente de su existencia... aunque no aquélla con la que estuviera familiarizado. Dando por supuesto que yacía en algún tipo de superficie intentó levantarse, descubriendo con sorpresa que se trataba de algo imposible por la evidente circunstancia de que según todos los indicios carecía de cuerpo capaz de obedecer sus órdenes.

¿Sería verdad, a pesar de todo, la existencia de un alma inmaterial capaz de sobrevivir a la extinción física? Porque pese a tan perturbadora sensación él sí se sentía, por más que fuera de una forma tan extraña.

Una voz vino a sacarle de sus reflexiones. Voz que no oyó por sus inexistentes oídos, sino que simplemente *sintió* aunque no por ello resultaba menos real a la par que amistosa.

-Bienvenido, Petronilo; estoy aquí para recibirte y ayudarte a superar el siempre complicado tránsito. No tienes nada que temer, estás entre amigos.

Abrió entonces los inexistentes *ojos*, descubriendo que se encontraba en un ámbito irreal en el que tan sólo existían *luces* de diferentes colores, las cuales componían una cambiante sinfonía cromática tan extraña como agradable.

A una de aquellas *luces*, que parecía vibrar de manera armónica, la identificó instintivamente, sin saber como, con su desconocido interlocutor.

-En efecto, soy yo -fue la respuesta supuestamente telepática de éste-. Atanael, para servirte. Seré tu tutor hasta que aprendas a valerte por ti mismo.

-¿Estoy... estoy en el cielo? -logró articular sin palabras.

-¡Oh, no! -respondió jovialmente éste-. Nos encontramos en lo que tú llamas el infierno; pero no te asustes, no es ni de lejos tal como te han contado. De hecho, has tenido la suerte de no caer allí.

-¿El infierno? -gimió mentalmente-. ¿Estoy condenado?

-¡En absoluto! -rió mentalmente el presunto demonio-. Aquí no castigamos a nadie. Simplemente no fuiste seleccionado por los otros, algo que para alguien como tú ha sido afortunado.

-No entiendo...

-No te preocupes, lo entenderás. ¿Conoces esa frase que afirma que la historia la escriben los vencedores? Pues esto es justo lo que nos ocurrió a nosotros. Tuvimos la desgracia de perder, lo que nos acarreó el sambenito de ser los malos de la película pese a que, paradójicamente, lo que os contaron como una rebelión fue en realidad una lucha desesperada en defensa de la libertad.

Petronilo estaba atónito.

-¿Quieres decir que los buenos sois los... -se interrumpió a tiempo- vosotros, y los malos ellos?

-Sí, somos los que vosotros conocéis como demonios -admitió Atanael-; y no te preocupes, para nosotros este término no tiene nada de peyorativo. Pero resultaría erróneo, o cuanto menos limitado, reducirlo todo a un problema de buenos y malos. La realidad, incluso la de aquí, siempre es más compleja y con muchos matices. Ahora bien, simplificando, desde nuestro punto de vista los malos serían ellos aunque, al habernos ganado, nos endosaron la leyenda negra que tú conoces; nada de excepcional hay en ello, en tu propio país un dictador sanguinario acusó de todos los males posibles a los responsables del gobierno democrático que contribuyó activamente a derribar, y no se trata en modo alguno de un caso único.

-¿Quieres decir que... -se le atragantó el nombre- no es como nos lo han contado?

-Propaganda, pura propaganda. Tampoco sería justo atribuirle una maldad absoluta; en realidad él está plenamente convencido de estarlo haciendo bien, al igual que nuestro líder Luzbel pensaba lo mismo cuando intentó derrocarlo. Pese a todo nuestra derrota no fue del todo negativa, ya que nos proporcionó una independencia merced a la cual pudimos crear

nuestro propio estado sin interferencias de ningún tipo. Nuestra relación con ellos es correcta, aunque distante, y no nos interferimos mutuamente, con lo cual todos salimos ganando.

-Me cuesta trabajo asimilarlo -musitó Petronilo-. Si éste no es un lugar de castigo, tal como llevan miles de años contándonos, ¿allí no es tampoco un lugar de gozo al que sólo pueden acceder los bienaventurados?

-Según como se mire -volvió a *sonreír* el demonio-. En realidad todos los que van allí se sienten gozosos puesto que la selección la hacen ellos y no nosotros, aceptando tan sólo a quienes siguen unos perfiles determinados; te puedes imaginar cuales son, y te aseguro que tú allí te aburrirías como una ostra, máxime cuando esa situación perduraría durante toda la eternidad. Por eso te dije que eras afortunado al haber caído aquí, donde sin duda encontrarás multitud de actividades que te resultarán satisfactorias, siempre a tu voluntad.

-Pero los malos... los malos de verdad, me refiero: asesinos, psicópatas, criminales, terroristas, genocidas...

-También los hay, por supuesto, y como te puedes imaginar tenemos que cargar con todos ellos porque allá no los quieren y nos los mandan pese a que nosotros tampoco... - Petronilo captó un parpadeo luminoso equivalente a un encogimiento de hombros- pero no te preocupes, no tropezarás con ellos. En realidad en su mayor parte son recuperables, en el fondo eran las primeras víctimas de su desgracia, y después de un tiempo más o menos largo de rehabilitación, y tiempo es precisamente lo que no nos falta, pueden incorporarse a la sociedad en igualdad de condiciones con el resto. En cuanto a los irreductibles... -*risita*- también nosotros tenemos nuestro infierno particular, un recinto aislado donde están confinados y donde, pese a nuestra inmerecida mala fama, no están sometidos a ningún tipo de castigo; no somos crueles, pero les impedimos abandonarlo para evitar que causen daños. Simplemente los dejamos tranquilos, y allá se la ventilen ellos mismos.

-Entonces...

-Ya te lo he dicho, lejos de ser un lugar de sádicos castigos eternos tal como imaginara Dante, el infierno es la tierra de la libertad. Y si ya te sientes con fuerzas te conduciré al Centro de Clasificación, donde te darán tus credenciales y te asignarán una residencia provisional hasta que te adaptes y puedas elegir por tí mismo; puedes estar seguro de que aquí encontrarás a gente muy interesante y que nadie te obligará a hacer nada en contra de tu voluntad.

Tras lo cual ambos abandonaron la sala de recepción.